



CERCA
DE TI

KATE PERRY

CERCA DE TI

Cuando Treat Byrnes entra a su café librería, Eve Alexander se lo quiere comer a mordidas. Los chicos malos no son su sabor favorito, pero por el sexy contratista ella estaría dispuesta a soltarse el pelo.

Treat conoce a Eve en medio de una misión de reconocimiento para su madre, que es dueña de un salón de té en el mismo barrio; pero él sigue acudiendo a Eve en busca de su dulce sonrisa, de sus zapatos descarados. Su historial está lleno de damiselas en peligro, pero Eve no necesita que la rescaten. Ni siquiera ahora que alguien está sabotando su café.

Pero cuando Treat descubre que la saboteadora es su propia madre, sabe que tiene qué hacer algo antes de que las cosas lleguen demasiado lejos.

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

THE DESTROYER OF KINGS

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

PARA SABER MÁS ACERCA DE KATE...

Visita las páginas:



CERCA DE TI

UNA NOVELA DE LAUREL HEIGHTS LIBRO 2

KATE PERRY

Traducción de
GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Epílogo](#)
[Volver a ti](#)

[El estante de Kate](#)

[Looking for a series to binge?](#)

[Something mystical to go with your romance?](#)

[Looking for something new?](#)

[About Kathia](#)

[Don't forget to sign up for the newsletter!](#)

© 2015 Kathia Zolfaghari

ISBN: 978-1-944560-33-1

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier similitud con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

www.kathiaherself.com

CERCA DE TI

CAPÍTULO UNO

COMO CADA MAÑANA durante los seis meses desde que había abierto el Café Sabio, Eve Alexander se asomó por la ventana de la cocina para ver su café librería.

Había una reluciente máquina de café exprés. Pilas de libros acomodados en un espacio que invitaba a la lectura. Gente que bebía y leía.

Su sueño se había hecho realidad.

Y, como cada mañana, tenía el mismo pensamiento: que estaba *loca*.

Meneando la cabeza, tomó una charola de panecillos calientes y la llevó enfrente, con cuidado para que los tacones no se le atoraran en las hendiduras del piso de madera.

Sus amigas se burlaban de que llevara aquellos tacones elegantes e imprácticos para andar en el café, pero una chica siempre debía lucir bien. Además, a ella le encantaban, y tenía unas chancas de respaldo en la cocina por si empezaban a dolerle los pies.

—Cuidado —le advirtió Eve a Allison, su barista.

La mujer, que era mayor, se hizo a un lado y respiró profundamente.

—Crema con naranja. Son una delicia. Si engordo y ya no me queda la ropa, tendrás que darme un aumento de sueldo.

—De todos modos mereces un aumento —Eve puso los panecillos a enfriar en un mostrador colocado estratégicamente, de tal suerte que los clientes pudieran ver y oler los postres—. No sé qué haría sin ti.

—La palabra *sufrir* se me viene a la mente.

—Es verdad —Eve todavía no podía cubrir el sueldo de otro empleado, pero Allison se había ofrecido a trabajar por casi nada; después de todo, se trataba de una mujer sola que quería hacer algo más que sólo ver la tele y trabajar en el jardín de su casa. Tener a Allison la había salvado de trabajar veinticuatro horas, siete días a la semana, pero lo mejor de todo es que ella le había ofrecido su amistad—. ¿Cómo va todo?

—Todo bien esta mañana. A la gente parece haberle interesado el club de lectura. Necesitaremos más volantes.

—Estupendo —dijo ella, animándose. Eve había iniciado el club de lectura dos meses atrás para atraer más clientes. El mes pasado había tenido dieciocho participantes; dieciocho personas que no sólo habían comprado el libro que estaban discutiendo: además habían consumido bebidas y postres. Este mes esperaba duplicar el número de asistentes.

—La idea que tuviste de hacer una noche de solteros también es excelente —dijo Allison—. Dios sabe lo duro que es conocer a alguien, a menos que te la pases en los bares.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Quizás sea una mujer felizmente casada, pero muchas de mis amigas se están divorciando

y tienen que empezar de nuevo. A veces hablan de más. No como tú.

—No tengo nada de qué hablar.

—He ahí el meollo del asunto —Su barista tenía una mirada calculadora—. Sé que la locura ahora son las citas por internet.

—Mi mejor amiga Freya hizo eso, y ni *se te ocurra* publicar mi perfil sin que yo lo sepa.

—Aguafiestas —exhaló Allison.

Su celular sonó y Eve metió la mano en el mandil para contestar la llamada. La luminosidad que le habían provocado los elogios de Allison desapareció cuando Eve vio que era Charles quien llamaba.

—Debo contestar —gimió.

La señora bajó la voz.

—Ve y habla en la cocina. Yo estoy bien aquí.

Asintió con pesar y esperó hasta llegar a la cocina para que Allison no pudiera escucharla.

—Hola, papá. ¿Qué pasa?

—Recibí tu cheque de la renta de este mes. Llegó tarde.

—Fue sólo un día.

—Tarde es tarde, Evangeline.

Se puso la mano en la sien. Su padre era insoportable cuando era su jefe, pero era diez veces peor como rentero.

—No llegué a tiempo a la oficina de correos y lo envié al día siguiente. Lo siento. La próxima vez te lo llevaré personalmente.

—No puedes jugar con el dinero de tus socios.

—Papá, yo no jugué con tu dinero, sólo...

—Sabía que este negocio era una mala idea —continuó, sin escucharla—. Trabajas siempre y estás hasta las orejas en deudas.

—No me va *tan* mal. —Era cierto, pero él no lo sabía. Él creía que ella había invertido todos sus ahorros en el negocio. Su hija no le había dicho que también había hipotecado el condominio. Y de ninguna manera le diría que en treinta dirías tendrías que declararse en bancarrota.

—Fue un error apoyarte para rentar esa propiedad. No debí dejar que me convencieras.

Ella no le había pedido que le rentara la propiedad: eso había sido idea de él. Pero no estaba segura de que ella, por sí sola, hubiera reunido los requisitos, así que le había seguido la corriente.

Error. Grave error.

—Es mejor que regreses a trabajar para mí —le dijo—. Te daré el puesto que tenías.

—Gracias, papá, pero...

—Incluso te aumentaré un poco el sueldo. Aunque tendrás el mismo cargo, directora de mercadotecnia.

—Acabo de abrir mi café, papá. No me educaste para que fuera una perdedora.

Él se enojó.

—No te eduqué para que hicieras locuras, y esto es una locura, Evangeline. ¿Una tienda de donas?

Ella apretó los dientes.

—Es un café, con repostería, no donas.

—¿Y entonces por qué los libros? No tiene sentido.

—Claro que tiene sentido —Apenas tenía unos diez libros, pero los cambiaba cada semana, a veces según el tema. A la gente le encantaba que le recomendara libros—. Estoy complaciendo a

mi clientela.

—Debiste escoger una zona menos cara para abrir ese lugar.

—Aquí vivo, papá —De hecho, justo en el edificio que estaba arriba del Café Sabio. Ella había querido tener ese local incluso antes de comprar el condominio. Cuando vio que estaba vacante, lo interpretó como una señal.

Y Laurel Heights era el barrio perfecto para su café. Un poco elegante, con muchos jubilados con dinero y mujeres que tenían el día libre mientras sus hijos iban a la escuela. Ella había diseñado la guarida perfecta para que esa gente pasara ahí el rato. Como siempre lo había soñado.

Ahora su sueño se había apoderado de *ella*.

—¿Hablaste con Claire? —le preguntó su padre de repente.

Eve se tensionó. Otra vez el mismo cuento, en el que él la comparaba con su hermana mayor, que era perfecta. La hermana que se había graduado de Stanford con los máximos honores, que se había casado con el mejor de los hombres, que tenía la hija más adorable y que administraba una fundación para beneficiar a los niños de África infectados con VIH.

Claire era una especie de Madre Teresa.

Y hubiera sido más fácil si Claire no fuera tan *buena gente*. Claire jamás había presumido su superioridad. De hecho, si Eve tenía un problema, sabía que contaba con el apoyo de su hermana.

Por eso estaba decidida a demostrar que sacaría adelante su negocio sin la ayuda de nadie.

—No, no he hablado con Claire en dos semanas. ¿Ya regresaron de Ruanda?

—Están en Túnez —Se escucharon ruidos, y luego él se molestó—. Maldita sea, tengo que hablar con esta persona.

—¿Otro director de mercadotecnia?

—Sí —refunfuñó.

—¿El que acababas de contratar ya renunció? ¿Qué no van tres?

—Si tú regresas, no tendré ese problema.

Tampoco lo tendría si dejara de gritarles.

—Después te llamo, papá. Te quiero mucho.

Él dijo “sí, yo también” entre dientes y colgó.

Eve guardó el teléfono en su mandil y fue a ver sus cuernitos de chocolate. Los sacó del horno e inmediatamente metió una charola con cuernitos de almendra. Luego dejó caer su cabeza entre las manos y respiró profundamente.

Estaba tratando de no dejarse llevar por su negatividad, pero las cosas andaban mal. Muy mal. En treinta días ya no tendría dinero, y estaba a punto de alcanzar su límite de crédito.

Estaba a un paso de perderlo todo: su negocio y su condominio.

En el peor de los casos, sabía que sus padres la aceptarían en su casa, pero prefería recibir una puñalada directa al corazón que volver al hogar, derrotada. Eve ya se imaginaba a su papá diciéndole una y otra vez qué tan mediocre era en comparación con su hermana mayor.

Necesitaba otros seis meses de efectivo. En seis meses podría estar en números negros. Pero los bancos no prestaban mucho dinero, especialmente cuando el solicitante era una pastelera sin un quinto en la bolsa.

A ella le hacía falta un milagro.

Tranquilízate. Recogió la charola de cuernitos, dibujó una sonrisa en su rostro y fue a la tienda. Cuando vio a Freya en el mostrador, jugando con su bebé vestida de rosa, la sonrisa falsa de Eve se transformó en genuina alegría.

—Oye, te levantaste muy temprano.

—La niña no quería dormir —Vio a su hijita y la arrulló—. Así es, Mae, te quiero mucho, aunque me hagas madrugar.

—Mi hijo más chico sólo dormía seis horas diarias —rio Allison—. Pero se les pasa pronto.

—¿Cuándo? —Freya preguntó incrédula.

—Cuando van a la universidad.

—Yo puedo remediarlo ahora —dijo Eve—. Siéntate y te llevaré un capuchino.

—Date prisa, porque me puedo quedar dormida si me acomodo. —Arrullando a Mae, se fue a sentar a un cómodo sillón que estaba junto a la ventana.

Eve tomó un pastelito para el capuchino, le pidió a Allison que se hiciera cargo del negocio y fue a reunirse con Freya.

—Un quequi —dijo su mejor amiga con reverencia, y se llevó de inmediato un pedazo del panecillo a la boca—. Yo sabía que me había sacrificado por ti por algo.

—¿Sacrificado?

Freya sacó un pedazo de papel de su bolsillo y se lo dio.

—¿Qué es esto? —Eve lo abrió y lo leyó. Ahí estaba el nombre y el número de una mujer escrito con la letra clara de Freya.

—Tú sabes que el novio de mi hermana es chef, ¿verdad? Bueno, pues Max conoce a alguien que conoce a alguien que conoce a Daniela Rossi.

—Amo a Daniela Rossi —dijo Eve. Daniela era la repostera de las estrellas y la inspiración de la repostería que preparaba—. Pronto publicará su primer libro de cocina.

—Sí, y está buscando un lugar para iniciar su gira de prensa —Freya fijó la mirada—. Y adivina cuál será ese lugar.

Eve dio un grito de asombro y arrugó el periódico sobre su pecho.

—*De veras* me quieres.

Su mejor amiga asintió con la cabeza.

—Cuando me enteré, supe que era justo lo que tú necesitas. Esto te daría muchísima proyección.

—Y tengo el lugar perfecto, en la mejor ciudad del mundo para presentar un recetario de repostería —Observó su acogedor negocio e inhaló la dulzura del pan y el café—. Me lo puedo imaginar. Llenaré este lugar y prepararé sus recetas. La prensa me dará mucha difusión y...

—Tranquila —Freya sonrió—. Mejor escribe un plan de mercadotecnia. De eso no entiendo nada. Pero si necesitas volantes o algún diseño, cuenta conmigo.

—Eres mi hada madrina —afirmó Eve y se acercó para abrazarla—. Gracias.

—Sacarás este café adelante, Eve.

—Sí. Sí lo haré. —Exhaló y guardó el papel en su bolsillo. Freya le acababa de entregar un milagro. Ahora sólo tenía que hacerlo realidad.

CAPÍTULO DOS

TREAT GUARDÓ la llave inglesa en su caja de herramientas y colocó todo debajo del fregadero, exactamente como estaba antes. Su madre era toda una generala.

Usualmente, Margaret Byrnes no se despegaba de su lado para asegurarse de que hiciera el trabajo correctamente. No tomaba en cuenta que él era constructor y, por lo tanto, sabía hacer todo tipo de reparaciones. Tampoco tomaba en cuenta que ella no tenía idea de cómo instalar un triturador de basura, entre otras cosas.

¿Esto era una molestia? Sí. Pero era su mamá, y él la quería, aunque a veces lo volvía loco.

Sin embargo, hoy no lo estaba rondando y hostigando. ¿Por qué?

Se lavó las manos, recogió sus cosas y fue a buscarla.

Encontró a su mamá en la parte de enfrente de la tienda, asomándose por el ventanal que daba a la calle Sacramento. Lucía como siempre: su pelo café encanecido acomodado en un chongo, su vestido sencillo pero elegante, su joyería discreta pero cara. Tal como él hubiera visualizado a la propietaria de un salón de té en Laurel Heights.

—Instalé el nuevo triturador de basura —le dijo mientras ponía la caja de herramientas junto a la puerta.

Margaret volteó.

—Gracias, mi amor.

Dos cosas le hicieron ver que algo sucedía. Una: ella no cuestionó su trabajo. Y dos: estaba jugando con su collar de perlas.

—¿Qué te pasa?

Con los labios apretados y los brazos cruzados, la mujer volvió a mirar por la ventana.

—Ese lugar.

Se paró a su lado y vio lo que ella observaba.

—¿La tienda de mascotas?

—No. El otro. —La mujer señaló acusadoramente hacia el nuevo café que estaba en la esquina, el Café Sabio.

La calle Sacramento estaba llena de todo tipo de negocios elegantes y, en su opinión, sin sentido. El barrio estaba a la altura del nombre de Laurel Heights. El salón de té de su madre, Bizcocho, encajaba como anillo al dedo.

Pero el Café Sabio era otra cosa. Parecía ser más agradable y cálido que los otros negocios, y aparentemente tenía clientes.

—Parece un lugar agradable.

Su madre endureció la mirada.

—No es un lugar agradable. Ella se está robando mis clientes. ¿Puedes creer el atrevimiento

de abrir un café del otro lado de la calle?

—Según yo vivimos en un país libre.

—Esto no es un país libre. Aquí es Laurel Heights.

—Dudo mucho que se esté robando tus clientes, mamá. Tienen horarios distintos, y tu negocio es diferente —dijo él buscando hacerla entrar en razón—. La gente que quiera tomar té en la tarde vendrá para acá. Ella no sirve té, ¿o sí?

—No lo sé.

—No sabes —repitió. Como dueño de su propio negocio, entendía lo valioso que era poner atención a la competencia. Incluso un constructor como él debía tener una actitud proactiva al respecto—. ¿Y por qué no lo investigas?

Su madre volteó a verlo como si le acabara de sugerir que corriera desnuda por la calle.

—Yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Ve y preséntate. Son vecinas. Y de paso puedes echarle un ojo a su negocio.

—Sabrá que la estoy espiando. —Margaret le dio vueltas a su collar.

—No tienes que revisar sus alacenas.

Ella frunció aún más el ceño. Pero luego carraspeó y lo sujetó del brazo.

—Ve tú.

—No —negó con la cabeza.

—Sí —dijo ella con firmeza—. Es lo ideal.

—No, no lo es. Lo único que podría decirte es qué marca de alacenas tiene. No sabría en qué más fijarme.

—Sólo dame un resumen. Pide una taza de café y una pieza de pan y dime qué opinas.

—No.

—Prueba...

—Quizás debas contratar a mi amigo Rick. Sabes que él es detective privado —Treat soltó un gruñido cuando vio que su mamá estaba considerando seriamente la propuesta—. Lo dije de broma, madre.

Ella le dio unos golpes suaves en el brazo para animarlo.

—Aún no contrataré a Rick. Primero quiero que le eches un ojo, por favor, mi amor.

—Estás usando ese tonito.

—¿Cuál tonito? —preguntó.

—Ese tonito dulce. Siempre me desconcierta —Él negó con la cabeza—. Está bien. Compraré un café, pero hasta ahí. Y sólo por esta vez.

—Gracias, hijito. ¿Qué haría yo sin ti? — Ella lo abrazó.

Él se estremeció de tan sólo pensarlo.

Pero claro que la iba a ayudar. Su papá había muerto hacía ocho años, y lo había dejado a él como único apoyo de su madre. Margaret no lo explotaba mucho, pero sabía que haría cualquier cosa por ella.

Era ese maldito complejo de caballero. Siempre sentía que debía salvar a las damiselas, desde aquella ocasión en que estaban jugando a “las traes” en el kínder; a Jennifer Markham le había tocado perseguir a los demás y todos se le escapaban.

Sólo que ya se había cansado de rescatar a damas en aprietos. Dos años de matrimonio lo habían curado. Y Phoebe no tenía la culpa de todo. La realidad de las cosas es que ellos no estaban enamorados. Era como construir un hogar sobre la arena. Sin el cimiento del amor, cualquier cosa podía desbaratar la estructura, sin importar lo sólida que pareciera.

—Te quiero, hijito —Margaret lo siguió hasta la puerta—. ¿Vendrás a decirme cómo te fue?

—Sí. Recuerda, sólo esta vez —Él la miró con severidad mientras se ponía el saco—. Es en serio.

—Lo sé —dijo ella mostrando estar de acuerdo.

Él la besó en la mejilla.

—Ordena un pastelito, ya que vas para allá —le dijo cuando salió del local.

Meneando la cabeza, guardó sus herramientas en la camioneta y fue a explorar el territorio enemigo.

En cuanto entró al Café Sabio, un olor dulce y cálido lo envolvió, distrayéndolo de su propósito. Había sillones cómodos con personas bien acurrucadas leyendo, y mesas para colocar laptops. Por todo el local había estantes de libros discretamente colocados; cada uno parecía incluir una recomendación personal y detallada.

Interesante giro. Eso podría llamarle la atención a ese tipo de consumidores.

Y entonces, él la vio, platicando con un grupo de hombres mayores en una mesa de enfrente.

Su pelo fue lo primero que le llamó la atención. La rubia cabellera que rozaba su barbilla enmarcaba su hermoso rostro como si fuera un halo. Llevaba un mandil, que él notó sólo porque cubría su atractiva figura. Pero sus pies estaban calzados con los tacones más incómodos que hubiera visto a la luz de día.

Los dedos de sus pies asomaban entre el frágil encaje. Observó semejante frivolidad rosada, fascinado. ¿Acaso hacían zapatos como éstos?

Ella trabajaba ahí, eso estaba claro; pero esos zapatos que parecían ropa íntima no tenían sentido.

Entonces ella levantó la mirada y le sonrió.

Su mundo dio un vuelco. Su corazón se detuvo y luego comenzó a latir con rapidez. Si ella era capaz de alterarlo tanto a cierta distancia, no podía imaginarse lo que podría provocarle de cerca.

No es que tuviera la intención de *buscarlo*.

Estaba ahí porque su mamá le había pedido que observara el lugar por dentro. Punto. Se dirigió tranquilamente al mostrador y vio los pastelillos.

Supo al momento que ella se estaba aproximando: el descarado taconeó la delató. Su cuerpo se tensionó con la anticipación.

—Buenos días —De nuevo le lanzó aquella sonrisa angelical—. ¿Qué te apetece?

Él sonrió para sí mismo, pensando en cómo reaccionaría si le dijera lo que *realmente* le apetecía. Pero no despegó la mirada de la vitrina.

—¿Esos son cuernitos de chocolate?

—Sí —Ella se acomodó el pelo detrás de la oreja—. Están deliciosos, debo admitirlo.

—¿Los hacen aquí?

—Sí —dijo señalándose a sí misma—. Yo los hago.

—¿Tú haces todos los pasteles?

—Y las galletas también, pero tendrás que volver más tarde porque ahorita no hay.

Por un momento pensó que ella le estaba coqueteando, que lo estaba invitando a regresar más tarde para darle algo más dulce que un postre. Tardó un momento en comprender que se refería literalmente a las galletas.

Era una niña buena, un ángel rubio que horneaba pastelillos.

A él no le gustaban las niñas buenas. Las chicas buenas usan vestiditos blancos y hampones y viven en casas con pintorescos cercos de madera. Las chicas buenas sueñan con el Príncipe Azul que algún día se las llevará para siempre.

Él no estaba dispuesto a soportar *todo eso* otra vez. Ni siquiera porque esta niña buena cubría sus pies con encaje.

Carraspeando, dijo impulsivamente:

— Quiero uno para llevar y otro para comer aquí.

—Te gusta el chocolate —Lo estudió—. Creo que te encantará mi café moca.

Sobre todo si pudiera lamerlo de su vientre.

—¿Tan bueno está?

—Sí —Sus mejillas se sonrojaron mientras movía la cabeza afirmativamente—. Pruébalo. Si no te gusta no te lo cobro.

—Trato hecho.

—¿También para comer aquí? —Se dio la vuelta para tomar una taza.

—Sí. —El mandil cubría la parte frontal de su cuerpo, pero no podía ocultar la parte posterior. Tenía un trasero que suplicaba que lo acariciaran sin cesar.

Desvió la mirada antes de empezar a babear sobre el mostrador y de nuevo revisó el local.

—¿Tú eres la dueña de este café?

—Sí —Ella hervía la leche mientras lo miraba por encima del hombro—. Lo abrí hace casi seis meses.

—¿Y te va bien?

—Cada día mejor.

A Margaret no le iba a gustar oír eso. Tomó un volante que estaba en el mostrador.

—¿Tienes un círculo de lectura?

—Y pronto haremos uno para solteros —De nuevo se sonrojó al mirarlo—. Pero no creo que te interese eso.

—Depende. —Quería preguntarle si ella iba a participar: no traía puesto ningún anillo; pero hay temas que más vale no tratar. Ella no era para él.

—Si quieres saber más, puedes registrarte para que recibas el boletín mensual. —Él asintió con la cabeza al ver una hoja de registro junto a la caja registradora.

—Okey.

En cuando escribió su nombre y su correo, Eve terminó de preparar la bebida. Cubrió la taza con crema batida y la puso en el mostrador.

—Aquí tienes.

—¿Cómo supiste que me encanta el dulce? —preguntó mientras le pagaba la cantidad indicada.

—Adiviné. —De nuevo se sonrojó.

Por impulso, él extendió su mano.

—Me dio mucho gusto conocerte...

Ella aceptó el saludo. Él esperaba una mano suave, pero Eve lo saludó con fuerza. Y calidez.

—Eva. Es decir, Eve Alexander —respondió—. ¿Cómo te llamas?

Por supuesto que tenía que llamarse como la mujer más tentadora de la historia.

—Treat.

Ella asintió con la cabeza y soltó su mano.

—Espero que vuelvas, Treat.

Él sonrió y se trasladó a una mesa. El primer sorbo de mocha lo sorprendió. Era intenso y cremoso, con un sabor amargo y dulce a la vez. Había esperado un café con sabor a sacarina.

El cuernito estaba aún mejor.

Mientras disfrutaba el panecillo, observó entrar y salir a la gente y la manera amable con la

que Eve los atendía. A veces les hablaba con entusiasmo sobre un libro, a veces daba consejos para preparar repostería. Una cosa era constante: hacía que la gente se sintiera como en casa; les daba ganas de quedarse y pasar el rato.

Esto no le iba a agradar a su madre.

Tomó el cuernito que le había comprado, se despidió de Eve y se retiró tratando de evitar el adorable y sonrojado rostro de la muchacha.

Ni siquiera tuvo que sacar sus llaves: Margaret le abrió la puerta antes de que tocara la perilla.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—La dueña se llama Eve Alexander, y su café es bonito aunque algo pequeño. Ella misma hace toda la repostería —Le entregó una bolsa blanca—. Su negocio es completamente distinto al tuyo. No creo que te afecte en nada.

—Claro que me afecta. Me está robando mis clientes —Su mamá arrugó el ceño y abrió la bolsa; olfateó suspicazmente—. ¿Ella lo hizo?

—Sí —De ser otra persona, le habría sugerido que comprara ahí sus galletas, pero su madre pensaría que eso era traición—. Tengo que ir a ver mi obra, mamá. Te veré después.

—Espera. Tengo más preguntas. —Lo sujetó del brazo.

—Mamá, mis trabajadores me están esperando.

—Pero...

—Ve para allá. Preséntate. Es una persona muy agradable.

—¿Agradable? —Ella lo fusiló con la mirada.

—Llámame si tienes problemas con el fregadero. —Le dio un beso en la mejilla.

—Treatment...

—No —le dijo, anticipándose a lo que iba a preguntarle.

—Pero...

—No. Adiós, mamá. —De nuevo la besó y salió rápidamente antes de que lo hiciera sentir culpable y que tuviera que volver al Café Sabio. A él le gustaba sucumbir ante las tentaciones, como buen hombre, pero no quería involucrarse con Eve Alexander. ¿Una chica buena que además era rival de su madre? No gracias, la verdad no valía la pena, aunque cocinara como un ángel y usara zapatos de pecadora.

CAPÍTULO TRES

EVE SE ASOMÓ por la ventana de su café y tomó el teléfono. Sacó el papel que le había dado Freya y marcó el número.

De nuevo le contestó el correo de voz, igual que las otras mañanas en que había llamado. Dejó otro mensaje breve y colgó.

No quería parecer acosadora, pero esto era importante. Había proyectado el ingreso que podría generar la presentación editorial de un autor conocido y sabía que sería suficiente para cubrir todos los gastos de un mes. Eso considerando que le fuera medianamente bien, y sin tomar en cuenta las ventas posteriores que ello generaría. Daniela era su salvavidas. Eve no estaba lista para rendirse.

Y a propósito de antiguos clientes...

Eve volvió a asomarse por la ventana y limpió el mostrador.

—¿A quién estás esperando? —preguntó Allison, que salía con una charola de panecillos desde atrás del mostrador.

—A nadie. ¿Por?

—Porque no dejas de asomarte por la ventana como si esperaras ver a alguien en la acera.

Sintió calor en sus mejillas. Quería negarlo, pero no sabía mentir bien. Allison la conocía demasiado bien como para no notarlo.

Allison sonrió, mientras ponía la charola en un estante para que se enfriara.

—Sí estás esperando a alguien, y esa persona no es Freya.

—¿Metiste las galletas al horno? Quizás deba echarles un ojo.

—Es un galán —Los ojos de la mujer se ensancharon—. ¿Quién es?

—Nadie. —Visualizó a Treat, con sus ojos color chocolate, amplios hombros y sonrisa espontánea, y se sonrojó de pies a cabeza.

—No es *nadie* —Allison insistió—. Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar —Eve negó con la cabeza—. Es un tipo que vino ayer y estaba guapo. Fin de la historia.

—Tan guapo que sigues pensando en él. ¿Sabes cómo se llama?

—Treat. —No le dijo que también tenía su correo electrónico. Ni siquiera pensaba usarlo para comunicarse con él; eso sería un error. Era tentador, pero sería un error.

—¿Se te antojó darle un mordisco? —rió su barista.

—Allison.

La mujer soltó la carcajada.

Sonó el teléfono. Eve se apresuró en tomar la llamada, ansiosa por ver quién era. —¿Hola?

—Con Eve Alexander, por favor.

—Ella habla.

—Hola, Eve, soy Carmen McKnight. Soy la publirrelacionista de Daniela Rossi.

Eve sintió mariposas en el estómago. La presión de tener a Daniela Rossi, la mejor repostera del país, en su café, nubló su percepción, y tuvo que respirar profundo para concentrarse. Le hizo una seña a Allison y se dirigió a la cocina para tener más privacidad.

La señora McKnight siguió explicando, con su marcado acento neoyorquino:

—Sé que estás interesada en ser la anfitriona de la presentación del libro *Los postres de Daniela en casa*.

Éste era el momento. Todo su futuro, y el de su café, dependían de que este evento sucediera.

—El lugar es apropiado. El Café Sabio está en San Francisco, que es la meca de los gastrónomos, y la atmósfera del café es muy adecuada para el estilo de Daniela.

—¿Conoces el libro?

—No, pero conozco el programa de televisión de Daniela. Soy su admiradora y hasta uso sus recetas para hacer bizcochos aquí en el café.

—Hmm.

¿Qué había querido decir con eso? Usando su firme tono de mercadóloga, Eve improvisó:

—El Café Sabio es un lugar singular porque no sólo preparamos nuestra repostería, también promovemos libros selectos. Me gustaría enviarte un folleto sobre el café, con varias fotografías. Para que veas cómo el ambiente hogareño de este lugar será perfecto para presentar el recetario de Daniela. Por supuesto, tendremos por aquí algunas de sus recetas una semana antes de la presentación, para que la gente esté al pendiente.

—Sabes que es el primer recetario de Daniela. Queremos que esto sea en grande.

—Te aseguro que tengo las relaciones y el conocimiento necesario para que este evento sea inolvidable. Fui la directora de mercadotecnia de Evolve Design aquí en la ciudad. ¿Conoces la empresa?

El tono de voz de la mujer pasó de gélido a moderadamente frío.

—Los que hicieron el lanzamiento de *Pantone Magazine*, ¿cierto?

—Yo llevé personalmente esa campaña.

—Hmm.

Esta vez el “hmm” de Carmen fue más considerado. Aunque Eve quería insistir, sabía que se vería más segura si dejaba que la otra mujer diera el siguiente paso.

Eve odiaba esperar.

—El recetario saldrá en un mes —dijo Carmen finalmente—. Si fijamos la fecha de la presentación para el día 15, ¿tendrás algún problema? ¿Es tiempo suficiente para que te encargues de todo?

—Definitivamente —dijo con una calma que no sentía.

—Todavía debo hablar con otras personas que se nos han acercado para el lanzamiento. Sin embargo, la decisión final es de Daniela.

—¿Qué te parece si te envío un paquete de medios del Café Sabio por email, junto con un resumen de mis ideas para el evento? ¿Crees que servirá?

—Sí —Carmen parecía estar sorprendida y un tanto satisfecha—. ¿Tienes mi correo electrónico?

—Dame un segundo —*Pluma, pluma, pluma...* buscó en un cajón y encontró una. Le dio la vuelta a una factura y dijo—: Lista.

La mujer le dictó el correo. Después de darle las gracias, Eve colgó.

Luego dio tremendos brincos. “¡Sí!”

Había dado un paso adelante. Lo único que debía hacer ahora era insistir y convencer a Daniela de que presentara su libro en el Café Sabio.

Eso daría a conocer su tienda.

No tendría que preocuparse más por el dinero.

Su papá la dejaría en paz.

Sin embargo, un mes no era mucho tiempo para planear. Debía enviarle a Carmen McKnight un paquete de medios cuanto antes, y luego preparar la cobertura de prensa. Definitivamente quería que se publicaran uno o dos artículos en la *Crónica*, y eso no se organizaba de un día para otro.

Mientras le daba vueltas a todo, Eve revisó las galletitas que tenía en el horno y las sacó. Llena de esperanza, cerró la puerta de la cocina con un caderazo.

—Cuidado, esta cosa está muy caliente —previno a Allison.

—Ésta también —le respondió y señaló hacia delante con el mentón.

Eve levantó la vista y se topó con la mirada de Treat, al otro lado de la vitrina. Estaba a punto de entrar al café. Su piel se estremeció desde el pecho hasta las mejillas.

Allison carraspeó y se inclinó en el mostrador para observarlo fijamente.

—Es él, ¿verdad? El *galanazo* que estabas esperando.

—Basta.

—¿Nada más dijiste que estaba *guapo*? —Su rostro se contrajo con esa palabra—. Ese hombre es un muñeco.

—Viene para acá.

—Lo sé, y más vale que acomodes esa charola de galletas antes de que la tires.

—*Shh* —pidió silencio mientras acomodaba con cuidado la charola en el estante.

La puerta de entrada rechinó un poco al abrirse, y luego ambas vieron entrar a Treat. La cara de Eve ardió al ver que se dirigía justo hacia ella y su estómago se estremeció de nervios.

A ella siempre le habían gustado los chicos malos, y él, con su cabello largo atado en una cola de caballo, y su tatuaje tribal pintado en un grueso bíceps, definitivamente parecía ser un muchacho travieso, según su definición.

Deseando que su sonrisa fuera amistosa en vez de seductora, lo saludó.

—Treat, regresaste.

—No pude resistir —Su voz era rasposa y lenta, como si acabara de despertarse. La imagen la hizo sonrojar más aún. Ignorando la atenta mirada de Allison, carraspeó:

—¿Te gustaría un mocha?

—Por favor.

Asintió y se dio la vuelta para poder preparar la bebida. Sintió la mirada de Treat en su espalda y dudó si el calor que sentía en la nuca sería producto de una alergia repentina.

Colocó la taza frente a él y le preguntó:

—¿Se te ofrece algo más?

Él dibujó una sonrisa chueca en su rostro.

—Depende de qué más me puedas ofrecer —Allison soltó una breve carcajada. Eve fusiló con la mirada a su supuesta amiga —. ¿Qué te parecería otro cuernito de chocolate? Estaba delicioso —dijo Treat, ahorrándole la respuesta.

Movió la cabeza afirmativamente, puso un cuernito en un plato y le entregó su cuenta.

Eve se sonrojó cuando sus manos se rozaron cuando él le dio un billete de diez dólares.

Recordó que era una mujer de treinta y dos años y no una colegiala enamorada por primera vez, y le entregó el cambio.

—Buen provecho.

—Gracias —Él le brindó otra sonrisa de sus sonrisas debilitantes y se llevó su desayuno a la mesa que ya había apartado, no sin antes tomar un periódico de pasada.

—¿*Buen provecho*? —cuestionó Allison incrédula.

—Shh. —Eve se asomó para ver si él la había escuchado.

—Tienes que ser más lista. Bájate el escote. Suéltate el pelo. Se supone que las rubias son más divertidas.

Sujetó su melena, que le llegaba justo al mentón.

—Mi pelo *está* suelto. Y sí me divierto.

—No, me refiero a *esa* clase de diversión. —Señaló al muchacho.

—Allison —Eve bajó la mano de la mujer.

—Al menos platica con él.

—No.

—¿Por qué no? —La mujer puso las manos en sus caderas—. No creo que haya una mujer viva en este planeta que no sienta interés por ese hombre.

Porque despedía sexo por los poros. Ella lo observó y se preguntó si había regresado al café para verla.

—Si yo fuera más joven me lanzaría. ¿Tú crees que le gusten las mujeres maduras como yo?

—Allison se ajustó su blusa blanca de campesina para acomodar mejor su escote.

—Basta —dijo Eve, muerta de risa.

—De todos modos, no creo que a Tom le agrade verme llegar a casa con otro hombre. Además no creo que Treat esté interesado —dijo Allison, aún jugando con su blusa—. Él sólo tiene ojos para ti.

Eve negó con la cabeza.

—Le gusta mi café mocha.

La mujer hizo un gesto con la mano para descartar esa idea.

—En cualquier lado puede conseguir un buen mocha. Tú le gustas.

—¿Cómo sabes?

—Porque no deja de verte. Probablemente se pregunta si sabes tan rico como tus cuernitos —agregó cerrándole un ojo.

—Allison.

—Tal vez soy vieja, pero entiendo lo que es la pasión. Tom y yo hemos estado juntos treinta años, y nunca nos hemos aburrido en ese departamento. La otra noche, Tom...

—No tengo por qué saberlo —Eve se tapó las orejas con las manos. Allison las apartó.

—Sólo sé que entiendo lo que es la pasión, y ese hombre te ve apasionadamente —Eve volteó a verlo. Él levantó la mirada al mismo tiempo y sonrió. Eve se sonrojó y se agachó de nuevo para fingir que limpiaba el mostrador—. ¿Viste? Te desea —Allison se acercó—. Te apuesto que está bien dotado y que no trae nada debajo de esos jeans.

—Allison —Lo observó con disimulo y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Tú no sabes si él usa ropa interior o no.

—No lo sé, pero creo que debes averiguarlo.

Eve se imaginó que desabrochaba sus jeans y deslizaba sus manos para tocar la piel desnuda. Sintió arder su rostro.

Allison soltó una leve carcajada.

Eve le puso las manos en las mejillas y la hizo negar con la cabeza.

—Yo pensé que eras una mujer muy dulce cuando te conocí, pero eres tremenda.

Con un guiño travieso, se quitó el mandil.

—Voy a tomar un receso. Tú quédate aquí y piensa en lo tremenda que podrías ser también tú.

Eve tomó una charola de panecillos que ya se habían enfriado y volvió a surtir su vitrina. Lo vio una vez más y suspiró. Debía canalizar toda su energía en una sola cosa: Daniela Rossi y la presentación del libro. No tenía tiempo para hacer travesuras, por más tentador que eso pareciera. Eve tenía un negocio que debía rescatar de la ruina. Fracasar no era una opción.

CAPÍTULO CUATRO

COMO CADA MAÑANA durante los últimos ocho años, Margaret tomó el mismo camino por el parque del Presidio. Como cada mañana, sostuvo su paso acelerado para tratar de ganarle a sus pensamientos.

A diferencia de otras ocasiones, hoy la estrategia no estaba funcionando. Ni siquiera pudo distraerla haberle dejado comida al vagabundo que vivía detrás de los arbustos, entre el estacionamiento y la calle. Su mente estaba dando vueltas. Sus ideas la persiguieron más allá del portón de su casa y hasta su salón de té, Bizcocho.

Tenía que recoger el correo del día anterior. Margaret se estremeció al pensar en todas las facturas que aún no pagaba. Al menos eso le daba la oportunidad de espiar el Café Sabio.

Conforme se acercaba al café, empezó a caminar más despacio y a estirar la mirada. Ahí había gente, disfrutando sus bebidas. Otros leían. Otros más conversaban.

Todos parecían estar pasando un buen rato.

¿Cuándo fue la última vez que ella había pasado un buen rato?

Cuando devoró el cuernito que Treat le había comprado, justo en ese lugar. Era el mejor pan dulce que había probado en años, aunque lo negaría si alguien le preguntara.

Frunció el ceño y cruzó la calle rumbo a su negocio.

Cuando metió la llave en la cerradura, vio su reflejo en la ventana de la puerta. Su expresión cambió. ¿En qué momento se había puesto tan ojerosa y desaliñada?

Limpió la ventana con la manga, como queriendo borrar las arrugas. Eso no tenía remedio; sus sesenta años estaban ahí, visibles para todos.

Pero no todos se fijaban en eso. Ella era Margaret Byrnes, viuda de Harry y madre de Treat. Podía apostar que, si le preguntaba a la mayoría de la gente que la conocía, nadie sabría decir de qué color eran sus ojos.

Azul trueno, solía decir Harry. Ahora sus ojos se veían apagados.

Toda ella se había marchitado, como si parte de su vida hubiera muerto ocho años atrás, junto con Harry.

Cerró la puerta, se dirigió al escritorio y recogió el paquete de cartas que había organizado el día anterior. Paseó la mirada por el interior de Bizcocho. Sí, tenía clientes, pero recientemente el negocio había empezado a bajar sus ventas.

Al principio, eso no le había importado. No es que lo fuera a admitir en público, pero en realidad no le encantaba el negocio. No entendía por qué la gente bebía té. Se suponía que era una bebida reconfortante, pero eso era mentira. A veces nada era reconfortante. Sin embargo, por alguna razón, a las mujeres les gustaba el té, y por eso su salón había sido un éxito.

Pero con la crisis, el negocio había perdido su ímpetu. Eso no habría mortificado a Margaret,

pero ya había perdido una buena parte de sus ahorros en el mercado accionario.

Y luego esa mujer que había abierto el café.

¿Qué tal que tuviera que cerrar Bizcocho? Margaret observó su negocio, con sus mantelitos y sus muebles victorianos y delicadas porcelanas.

Odiaba los manteles. Los manteles eran para las ancianas.

Pero eso era lo único que tenía. Su única fuente de ingreso, por más raquítica que pareciera. Si la perdía, ¿de qué iba a vivir? ¿Tendría que vender su casa? Era todo lo que le quedaba de Harry; él mismo se había encargado de la remodelación. No podía perderla.

Se acomodó el correo bajo el brazo, cerró el local y cruzó la calle hacia el Café Sabio. Salió un gran grupo de gente, rostros brillantes en aquella fresca mañana de San Francisco.

Sin poder controlarse, Margaret se dirigió a la puerta. Quería ver el lugar con sus propios ojos, porque las observaciones de Treat no le habían servido de mucho.

Detrás del mostrador, una mujer sonriente con bucles canosos preparaba bebidas con café, mientras otra de melena rubia le cobraba a los clientes y servía los postres. Margaret, inexpresiva, hizo fila y esperó.

Cuando llegó su turno, la rubia se dirigió a ella con una sonrisa amable que magnificó la amargura que Margaret sentía por dentro.

Ordenó un café y un cuernito de chocolate —sólo para efectos de su indagatoria, para ver qué tan consistente era la calidad— y se sentó en el mostrador. La rubia la atendió con la misma sonrisa cálida y atenta y luego se dirigió al siguiente cliente.

Margaret tomó un sorbo del café caliente con mucho cuidado. Hacía mucho tiempo que no tenía contacto con alguien; así había sido desde la muerte de Harry. Sentía que ya ni siquiera podía relacionarse con su hijo.

¿Por qué estaba pensando en todo esto justo ahora? Acarició su collar de perlas: era el último regalo que Harry le había dado. Pero no la reconfortaron tanto como solían hacerlo.

Porque tenía miedo. Temía que esta vida a medias que había creado sería todo lo que tendría. Temía envejecer más y más.

Temía quedarse sin nada.

Mordió el cuernito. Sabía a mantequilla y el hojaldre era perfecto, con la justa cantidad de chocolate. Era magnífico.

Margaret frunció el ceño.

—Estoy orgullosa de ti, Eve.

Margaret volteó a ver en el momento en que la barista abrazaba a la rubia.

Seguramente era la dueña. Treat le había dicho que se llamaba Eve Alexander.

—Traer a Daniela Rossi a presentar aquí su libro va a ser un gran empujón. —Eve sonrió, feliz. ¿Daniela Rossi iba a presentar ahí su libro? Margaret mordió automáticamente su cuernito, pero esta vez apenas lo saboreó—. O sea, no es definitivo, pero tengo un buen presentimiento —dijo Eve—. La publitirrelacionista de Daniela quiere ver unos cuantos lugares más. Pero nos escogerán a nosotros.

—Eso es justo lo que necesitamos —dijo la otra mujer y sus rizos rebotaban al asentir con la cabeza—. Eso garantizará que el Café Sabio sea un éxito.

—Sólo tengo que mantenerme solvente hasta entonces —dijo la dueña soltando un suspiro—. Pero nada más son unas semanas. Puedo resistir unas semanas siempre y cuando no suceda ninguna catástrofe.

Margaret sintió un dejo de compasión ante los problemas financieros de la joven. Ella estaba en el mismo barco. Igual que en su caso, un paso en falso podría hundirle el café. Sobre todo si

Daniela Rossi elegía otro lugar para hacer la presentación.

Un lugar como Bizcocho.

En ese caso, su salón de té saldría adelante.

Ella no podía perder Bizcocho. ¿Qué haría si perdiera sus ingresos? ¿Vivir entre los arbustos, como ese pobre indigente? ¿Vivir con Treat? Qué horror.

Asintiendo con la cabeza con determinación, Margaret hizo a un lado el café y se puso de pie. Tenía que hacer unas llamadas.

CAPÍTULO CINCO

TREAT SE DIJO A SÍ mismo que no volvería a buscar a Eve en el Café Sabio. Enumeró todas las razones por las cuales eso sería un error, desde Eve con sus zapatos pecaminosos, hasta su madre y su obsesión con la competencia.

—Y yo sigo aquí —murmuró, mientras estacionaba su camioneta en una calle lateral, en dirección opuesta a la casa de su madre y al local de Eve. No quería toparse con Margaret. No quería enfrentar el bombardeo de preguntas que le haría. Treat ni siquiera sabía las respuestas.

Meneó la cabeza. ¿Acaso era un adolescente?

La emoción incontrolable que sentía al caminar hacia el café lo hizo sentirse como tal. Trató de recordar la última vez que se había sentido así al acudir al encuentro de una mujer y no pudo. Nunca se había sentido así, ni siquiera con Phoebe.

Quizás Eve ni siquiera estaría ahí. Tal vez ya se había ido a su casa. Tal vez estaría la barista entrada en años.

Dobló la esquina, vio la rubia y brillante melena por la ventana y exhaló una tensión que no sabía que llevaba auestas. *Qué bien.*

La mitad de su cuerpo estaba cubierto con un mandil, pero sus piernas estaban bien enfundadas en unos pantalones negros y ajustados, y llevaba otro par de alocados zapatos de tacón alto. Esta vez eran rojos. Ella se sorprendió al verlo entrar, pero luego su sonrisa se reflejó en su mirada.

—Sabía que no resistirías mi mocha —le dijo.

Su mocha no era lo que él buscaba.

—No sabía si todavía estabas aquí.

—Es mi negocio, me quedo hasta que cierro, a las siete —Señaló un banco y se colocó atrás del mostrador—. Siéntate. Tengo algo que te va a gustar.

Ella tenía muchas cosas que a él le gustaban. Se quitó su chamarra de piel y se sentó donde Eve le había indicado.

La vista era excelente. Él no estaba ciego y le encantaba cómo le quedaban los pantalones, pero también le gustaba verla moverse. Eve se movía poco, pero con mucha gracia. Era eficiente pero sugestiva.

Antes de pensar en cómo esas manos eficientes se sentirían en su cuerpo, le dijo:

—Se dice que uno es dueño de un negocio, pero la realidad es que el negocio es el dueño de uno.

—¿Tú también tienes uno? —Lo vio por encima del hombro.

—Soy contratista. Tengo varias obras al mismo tiempo.

—Eso ha de ser una pesadilla logística —Ella regresó con una taza y un plato—. Te preparé

un macchiato porque acompaña muy bien a este budino. Dime qué te parece.

Él sorbió el café y mordió el pastel redondo y chocolatoso. Se derritió en su boca como una explosión rica y oscura. Era sedoso, terrenal y apenas dulce, justo como se imaginaba el sabor de Eve.

—Acabas de encontrar mi talón de Aquiles.

—Sólo te estoy preparando para que, cuando quiera expandir mi local, me des un buen precio —sonrió ampliamente.

A excepción del trabajo que había hecho para su mamá, él sólo tomaba grandes obras comerciales. Pero preguntó con disimulo:

—¿Piensas expandirte pronto?

—Ojalá —Se recargó en el mostrador y arrugó la nariz—. Tengo un espacio de jardín que me gustaría aprovechar. Sé que hay mucha neblina en Laurel Heights, pero creo que con algo que bloquee el viento, y poniendo calentadores, podría ser un espacio agradable.

—Pero...

—No tengo dinero, claro —suspiró—. Renovar el local fue más caro de lo que pensé, y tuve que cancelar el proyecto del jardín para aprovechar mis recursos.

—Puedo verlo —dijo él sin poder contenerse. ¿En qué estaba pensando? Ya no se dedicaba a proteger mujeres. ¿Acaso no había aprendido la lección?

—¿Lo quieres ver?

¿Pero cómo resistir esa sonrisa?

—Si quieres ahora mismo.

—Cierro en quince minutos —Vio el reloj—. ¿Me esperas? En las tardes me quedo sola.

Él no iba a rechazar la oportunidad de estar con ella.

—Claro que sí.

—¿Vives en la ciudad? —le preguntó mientras limpiaba el mostrador.

—En la marina.

Ella se detuvo y lo analizó con sospecha.

—No te ves como los que viven en la marina.

—¿Cómo son los que viven en la marina?

—Son hombres intelectuales que visten pantalones caqui —Sus mejillas se sonrojaron encantadoramente—. Creo que tienes el pelo demasiado largo para que te dejen vivir ahí.

—¿Tú dónde vives?

—Aquí —Apuntó al techo—. Arriba.

—Tu trayecto al trabajo es muy corto.

—Insuperable.

—Nada más te falta el collar de perlas para parecer una típica residente de Laurel Heights. Digo eso porque mi madre vive a unas cuadras de aquí —Se inclinó hacia adelante—. Ella también cree que tengo el pelo demasiado largo.

Sus labios temblaron de risa.

—Yo sólo dije que está demasiado largo para que te acepten en la marina. No dije que no me gustara.

—¿Te gusta?

Ella se sonrojó desde el cuello hasta la punta de la cabeza, pero antes de poder responder, alguien se acercó a la caja registradora. Se disculpó y fue a atender a la persona.

Treat estudió el café y a sus comensales mientras ella se hacía cargo de las últimas actividades antes de cerrar; ventas de libros de última hora y postres para llevar. De vez en

cuando, Eve lo miraba y le sonreía.

Entonces él supo que era inevitable: tenía que besar esa boca.

Meneó la cabeza. Había sido inevitable desde el momento en que la vio por primera vez por la ventana, al ir al café, a petición de su madre. Pero él no había querido admitirlo. Trató de racionalizarlo, trató de resistir. ¿Pero a quién quería engañar?

Sólo era cuestión de tiempo.

Después de colocar el letrero de *Cerrado* en la ventana, ella se acercó quitándose el mandil.

—¿Listo para ver mi patio?

—Sí.

—Es por aquí. —Caminó enfrente, segura de sí misma, a pesar de los zapatos. Lo llevó más allá del baño hacia una puerta corrediza al final del pasillo. Prendió la luz y le hizo la señal de que saliera.

El espacio era grande. El piso estaba completamente cubierto con cemento, excepto por un lugar donde estaba un gran árbol, y había un arbusto crecido al lado izquierdo del cerco. En una esquina había algunas cubetas y pilas de escombros.

—Bonito árbol —dijo él finalmente.

—Eso se llama prudencia —rio Eve—. Está horrible acá atrás, pero creo que puede quedar muy bien.

Él asintió con la cabeza, visualizándolo.

—Necesitas un jardinero. Cuando estés lista, te recomendaré uno. Es una chica muy profesional y da buenos precios. Pero tendrás que reforzar el cerco. Si subes la barda te protegerás muy bien del viento que pega fuerte por aquí.

—Lo supuse.

—El verdadero problema está aquí —Se arrodilló junto a la puerta corrediza y apuntó—. El cemento está parejo y no hay desnivel. Si se inunda el patio, por equis razón, se meterá el agua.

—El inquilino que estaba antes tuvo ese problema una vez —Ella se acomodó el pelo detrás de la oreja—. Espero que continúe la sequía.

—Si puedes controlar el clima, por favor avísame —le dijo sonriendo mientras se ponía de pie.

—¿Crees que debo arreglarlo? —le preguntó ella, viéndolo con sus grandes ojos azules.

—Es una de esas cosas que no da problemas hasta que de pronto se vuelve un caos, y cambiar el piso de madera que tienes adentro porque lo dañó el agua es muy caro —Detectó una mirada de preocupación en su rostro y no resistió el impulso de tranquilizarla—. Déjame hablar con uno de mis trabajadores y veremos si podemos arreglarlo sin que te cueste demasiado.

—No es necesario —dijo ella suavemente.

—Quiero hacerlo. —Sin poder contenerse, acomodó el pelo de Eve atrás de su oreja. Con los dedos rozó su piel, tan suave como la seda.

Sus ojos se abrieron pero ella no se movió. En vez de ello, parecía que Eve esperaba algo más.

Siguiendo el contorno de su cara con la mano, él levantó su mentón. Treat se acercó a ella, inhalando vainilla. Era el aroma de una buena chica; el aroma del hogar y del afecto.

Los labios de Eve se entreabrieron.

Consentimiento silencioso. Él conocía demasiado bien a las mujeres para no darse cuenta de que ella estaba dispuesta.

Pero a pesar de que quería darle lo que claramente estaba pidiendo, no podía hacerlo. Simplemente no podía poner a una mujer como Eve contra la pared y poseerla. Ella era el tipo de

mujer que merecía velas y rosas, y todo lo que implicaba el romance.

—Debo irme.

—Buena idea —dijo ella sin estar muy convencida.

Luchando contra su deseo de tomarla, acarició el labio inferior de Eve con su pulgar.

—Volveré.

—Sí —asintió con la cabeza.

Él también asintió. Una vez más absorbió su aroma antes de retirarse, sabiendo que iba a añorar ese dulce olor hasta la próxima vez que la viera.

CAPÍTULO SEIS

PARA NO OBSESIONARSE CON TREAT, que esa mañana había llegado al café en camino su trabajo, y con Carmen McKnight, que aún no había respondido a la propuesta que le había hecho llegar por correo electrónico, Eve decidió ponerse a limpiar.

De hecho, Allison se escabulló de las labores de limpieza cuando Eve accidentalmente hizo un mocha en vez de un capuchino... por tercera ocasión.

Odiaba limpiar, pero no había otra cosa qué hacer. Así podía fingir que no pensaba en nada.

No no era buena para fingir *ni* para no obsesionarse.

Pero no podía evitarlo. Treat era distinto a todos los hombres con los que había salido. Ella solía tratar a hombres de negocios que vestían caquis y camisas abotonadas, no muchachos atrevidos de pelo largo con manos hábiles que construían cosas.

Lo más probable es que él no tuviera un solo pantalón caqui.

El ruido de los tacones obligó a Eve dejar la mesa que estaba limpiando y levantar la mirada.

Su amiga Olivia caminó hacia ella, con sus piernas largas, muy a la moda, con su pelo oscuro y liso peinado hacia atrás para que lucieran sus rayos rubios y anchos. Le mostró un pedazo de papel.

—¿Ya viste esto, Eve?

—¿Qué es? —Ella tomó el papel y lo revisó rápidamente—. Sí, es un volante del salón de té que está enfrente.

—Ese no es el punto.

Olivia lucía dramática, con su forma de vestir y su belleza exótica. El hecho de ser la dueña de una tienda de ropa mística que quedaba en esa misma calle, contribuía a darle ese aire misterioso. Pero desde que Eve abriera el Café Sabio, había logrado entender que Olivia en sí era una mujer práctica y con los pies en la tierra; esta reacción no era normal.

—¿Cuál es el punto?

—Dónde estaban repartiendo los volantes —Olivia arqueó una ceja perfecta y oscura—. Frente a tu café.

—Repartir volantes no es delito.

—Debería serlo, si se los dan a cada cliente que entra a tu negocio.

—¿Qué? —Ella volvió a mirarlos. Ofrecía té para dos personas por el precio de una, al igual que la opción para llevar.

—El niño estaba al lado de tu puerta entregando volantes a todos tus clientes. Eso no es ser un buen vecino. Además, la calle Sacramento es muy larga. Hay mucho lugar en la banqueta para hacer eso —Olivia meneó la cabeza—. Así que hablé con él sobre esto.

Eve no pudo evitarlo, sus labios temblaron.

—No lo dudo ni tantito.

—¿Acaso esperabas que no ayudara a una amiga? Aparentemente le pidieron que los entregara a todos tus clientes —Casi perforó el volante con el dedo—. Margaret está tratando de robarte a tu clientela.

—Creo que Margaret es la dueña de Bizcocho.

—Sí. —Olivia hizo cara de disgusto.

—Y a ti no te cae bien. —Eve se rio.

—No es muy amable que digamos, pero empecé a odiarla cuando ese niño me dio un volante en la entrada.

—Hablaré con ella. Estoy segura de que es un malentendido.

—Ajá —No parecía muy convencida—. Le dije al niño que repartiera el resto en la esquina.

—Gracias —Enredó su brazo con el de Olivia—. Ven. Te prepararé lo de siempre.

—Soy predecible, ¿verdad? —Antes de que Eve pudiera decir algo, ella siguió—: Aunque prefiero decir que soy admirablemente confiable. Es tu culpa, los lattes con Nutella son una maravilla.

Mientras Eve hacía el latte, Olivia siguió hablando con Allison. Eve le entregó la bebida y una bolsa con postres.

Olivia la tomó y la sacudió levemente.

—¿Qué es?

—Algo que te va a gustar.

Olivia se asomó y sonrió.

—Sé que siempre dices la verdad, pero pude haber muerto de curiosidad. Sabes que si sigo viniendo tendré que hacer mucho más ejercicio en el gimnasio. Pero prefiero eso que abstenerme de comer tus cuernitos.

Mientras acompañaba a su amiga a la puerta de enfrente, Olivia dijo:

—Ve a la tienda cuando tengas tiempo, tengo un sostén que te quedará muy bien.

—Tengo un cajón lleno de lencería que no uso.

—Úsala entonces.

—Me ves como si eso fuera lógico, pero horneo todo el día.

Olivia se encogió de hombros.

—Entonces hornea con ropa de encaje negro. Piensa en lo bien que te verías con esos tacones imprácticos que usas.

—No son imprácticos —dijo ella mirando los zapatos marca Kate Spade que llevaba puestos—. Son bonitos.

—También el sostén que tengo para ti es bonito. Ve más tarde.

—No necesito ropa íntima sensual —dijo torciendo los ojos.

Pero luego se imaginó la mirada de Treat, admirándola. La otra noche casi la había besado. Él no había intentado nada más desde entonces, pero es que siempre el café estaba lleno de gente.

Olivia jaló su manga.

—Estás soñando despierta y hasta puedo creer que *sí necesitas* este tipo de ropa interior. Cuéntame.

Dos mujeres pasaron a su lado y entraron al café.

—Salvada —dijo Olivia—. Pero ni creas que te saldrás con la tuya tan fácilmente. Después me cuentas quién es.

—Okey —rio Eve.

—También me cuentas cómo te fue con Margaret. —La abrazó fuerte y salió rápido del café. Eve la observó hasta que llegó a la esquina. Luego recogió el trapo y volvió a limpiar el mostrador.

—Un día, cuando sea grande, quizás Olivia me enseñe a caminar así.

—Esa muchacha no camina. Serpentea —Allison meneó la cabeza, admirándola—. He visto a los hombres chocar con letreros al verla caminar por la calle.

—Y ninguno la ha hecho suya.

Allison se encogió de hombros.

—Las historias siempre tienen mar de fondo.

—A propósito —Se quitó el mandil y lo dobló—, ¿está bien si te dejo sola unos minutos? Tengo que hacer un mandado.

—Ve. Estaré bien.

Eve no fue muy lejos. Bizcocho estaba enfrente de su café, un poco más cerca de la esquina opuesta. Vio el letrero de *Cerrado* antes de llegar a la puerta, pero de todos modos tocó.

Su oportunidad llegó cuando una mujer con figura de estatua abrió la puerta. Lucía sofisticada, pero con el aspecto típico de Laurel Heights, con un chongo y un collar de perlas en el cuello.

Su gesto no era nada amigable, y su tono era aún más frío.

—¿Sí?

Eve se esforzó con su mejor sonrisa.

—Me llamo Eve. Soy la dueña del Café Sabio, que queda enfrente.

Hizo una pausa, esperando una reacción. Al ver que nada sucedía, se encogió de hombros mentalmente y continuó:

—Le pediste a alguien que repartiera volantes frente a mi café. Supongo que fue un malentendido.

—Que yo sepa no hay reglas que digan que no puedo repartir volantes en la calle.

Eve parpadeó al escuchar el tono gélido de su voz.

—No, pero...

—Y no eres dueña de la acera, ¿verdad? —La mujer arqueó pronunciadamente una ceja.

—No. —La ira se apoderó de ella.

—Entonces —inclinó su cabeza, con un gesto condescendiente—, ¿eso era todo?

—No, eso no era todo, pero no quería alterar a su vecina. Tenía que haber una forma de ablandar a Margaret. Probablemente era una buena mujer, muy en el fondo—. Entonces adiós. —Y cerró la puerta en su cara, sin hacer ruido, pero con firmeza.

—No estés tan segura —murmuró Eve. Le hizo un gesto despectivo al salón de té y volvió a su café, sintiéndose mejor en cuanto entró. El ambiente tibio y acogedor la envolvió, acabando con la frialdad que Margaret le había producido.

CAPÍTULO SIETE

MARGARET EMPEZÓ A CAMINAR por necesidad tras la muerte de Harry. Lo hizo para no enloquecer.

Siguió haciéndolo, no porque le gustara. No le interesaban los beneficios del ejercicio. Si no caminaba, no habría sabido qué hacer consigo mismo cada mañana.

La verdad es que odiaba caminar. San Francisco era frío y neblinoso casi todo el año, especialmente en el Presidio, y el olor a árboles de eucalipto la hacía estornudar.

Hoy estaba especialmente ansiosa por llegar a casa. Su día estaba planeado: bañarse, vestirse, trabajar. Pensó en el cúmulo de recibos que la esperaban y sintió que se le revolvía el estómago. Pero más tarde tenía una cita por teléfono con Carmen McKnight, la publicista de Daniela Rossi.

Después de hacer un poco de investigación y unas cuantas llamadas, finalmente había conseguido el número de la señora McKnight. La mujer había vacilado mucho para atenderla ese día, pero Margaret sabía insistir.

Ella también quería presentar el libro en su establecimiento.

Por primera vez desde que abrió Bizcocho, se sentía motivada, pero esta vez la motivación era el miedo. Cuando sintió que el Café Sabio podía acabar con su negocio, experimentó un pánico que le apretaba la garganta. Comenzó a mover los brazos y las piernas más aprisa.

¿Y por qué sus clientes terminaban en el Café Sabio? Porque ahí todo estaba bien: la atmósfera, el personal y los postres. Simplemente deliciosos. Por más que ella odiara aquel café, seguía pensando en volver todas las mañanas. Odiaba la idea de darle a esa mujer el dinero que se ganaba con el sudor de su frente, pero qué tal ese pan dulce...

Ella no podía competir con eso.

Y esa chica, Eve, definitivamente estaba decidida a hacer las cosas bien. Margaret la hubiera admirado en otras circunstancias.

En la oscuridad de la noche, Margaret había pensado en dejar morir a Bizcocho. Pero luego había desesperado y no logró imaginarse sin su negocio. Ella se moriría y se convertiría en el fantasma que ya parecía ser.

Decidida, aceleró el paso sin detenerse, aun cuando llegó a la cima del cerro. Sobando su costado derecho, caminó por el estacionamiento del campo de golf de Presidio, donde acampaba el vagabundo. Como cada mañana, le dejó comida sin molestar su sueño callejero y siguió caminando. Salió por el Portón Argüello, luego giró a la derecha, cuatro cuadras, y entonces estaría de vuelta en casa.

Frente a ella rebotó una pelota de golf que la sacó de su ensimismamiento. Se detuvo y la vio botar dos veces más antes de que la pelotita se metiera debajo de un auto.

—Lo siento.

Miró a su izquierda y se topó con un hombre sonriente que corría hacia ella. La saludó con una mano en alto pidiendo así disculpas; en la otra mano sostenía un palo de golf. Como si el hecho de estar en un campo de golf no lo delatara, vestía un pantalón anaranjado de cuadritos que le perturbó la vista a Margaret.

En vez de buscar su pelotita, se paró justo frente a ella, cerrándole el paso. Cuando sonreía se veía igualito a George Clooney, aunque mayor.

—Debo confesarte algo —le dijo.

—No soy un cura.

—Gracias a Dios no. Estoy viejo, pero creo que todavía distingo entre un sacerdote y una mujer hermosa —dijo con una suave risa, y el sonido que emitió fue tan cálido como si hubiera surgido de la parte más noble de su alma.

Esa risa podría derretir a cualquier mujer.

Sorprendida por ese pensamiento, acarició sus perlas. No le importaba lo que él podía hacer o no. Se hizo a un lado y siguió caminando.

Él le siguió el paso.

—Ése debió ser el mejor tiro de mi vida, aunque perderé el juego. Te aventé la pelota para que te detuvieras. No puedo creer que funcionara, y que no te pegué.

Lo que ella realmente quería lograr con esa forma de caminar era evitar que este loco la siguiera hasta su casa. Apresuró el paso. En el peor de los casos, correría hasta llegar al club y ahí le pediría a alguien que llamara a la policía.

—Mira, yo juego golf aquí tres veces a la semana con mi amigo Don, y cada mañana te veo justo cuando llegamos a ese hoyo —señaló el campo a la izquierda—. Don estaba harto de los poemas que yo te inventaba al verte subir por aquí, y me dijo que dejaría de jugar conmigo si no me atrevía a hablarte.

Esa parte femenina que había muerto junto con Harry se sintió viva otra vez. Pero sobre todo se sentía molesta.

—Y ahora estás platicando conmigo para poder jugar con Don.

—¿Eres casada? —preguntó de repente. Eso la dejó fría.

—¿Qué?

Sus ojos claros se cerraron.

—Sólo tienes que responder con un sí o un no.

Ella tragó saliva, sujetando su collar.

—No.

Su cuerpo visiblemente produjo tensión.

—Qué bien. Te invito a cenar.

—No. —Comenzó a caminar de nuevo.

—Espera. —Él agarró su mano.

El apretón la sorprendió y ella carraspeó. Nadie había tomado su mano en ocho años.

Su mano irradiaba calor y fuerza. Los callos que había en su palma rasparon su piel de una manera peculiar. Él la retuvo con fuerza, pero le daba espacio suficiente para que se soltara si así lo deseaba.

De pronto ella no sabía si quería zafarse. Margaret lo vio a los ojos.

—He sido muy torpe. Déjame empezar de nuevo. Me llamo Grant, y me encantaría invitarte a cenar. O a tomar algo, si así te sientes más cómoda. —Él la vio de una forma que la hizo sentir que la penetraba con la mirada.

—No. —Con pánico, liberó su mano. Si él la veía con atención, se daría cuenta de que por

dentro se estaba muriendo. La posibilidad de que él notara lo mal que se sentía la perturbó aún más. Apresuró el paso.

—Al menos dime cómo te llamas —gritó.

—No. —Caminó más rápido, sintiendo que él la seguía con la mirada.

Reanudó el paso y casi corría, incluso a sabiendas de que ya estaba fuera de su vista. Cuando llegó a casa, cerró la puerta y se apoyó en la pared, sofocada. Por su frente comenzaba a correr el sudor.

Ella nunca sudaba.

Se quitó la transpiración con la mano, tratando de controlar su respiración. Él había alterado su equilibrio, la había sacado de su zona de confort. Debía encontrar su centro de nuevo. Un baño le caería bien.

En el fondo de su mente, sabía que estaba descontrolada.

—No —dijo en voz alta. Su voz creó un eco perturbador al fondo del amplio vestíbulo. Nada había cambiado. Un extraño con un nombre aún más extraño la había acosado; eso era todo. No significaba nada.

Jugando con su collar de perlas, se dirigió al baño. Margaret debía prepararse para su cita.

CAPÍTULO OCHO

EL RELOJ del horno y el celular de Eve timbraron al mismo tiempo.

La única persona que solía llamarle tan temprano era su padre. Suspiró y tomó un agarra ollas con una mano y el celular con la otra.

Al abrir el horno para sacar unos rollos de canela, vio que el número era de Nueva York. Eve contestó antes de que entrara el buzón de voz.

—¿Hola?

—Con Eve Alexander, por favor.

Reconoció la voz apresurada y cortante y su corazón comenzó a latir rápidamente.

—Habla Eve.

—Eve, soy Carmen McKnight.

Ésa era la noticia que esperaba. La presentación del libro de cocina de Daniela Rossi sería en su café. Brincó un par de veces con los pies descalzos pero logró mantener el mismo tono mesurado.

—¿En qué te puedo ayudar, Carmen?

—Recibí tu propuesta. Está muy bien. El local es encantador y la población va de acuerdo con el perfil que buscamos. Pero hay algo que nos preocupa.

—Cualquier pendiente, estoy segura de que podremos arreglarlo —dijo confiada.

—Buscamos reseñas en Yelp acerca de tu café. Las reseñas pasadas eran impresionantes, pero las últimas me preocupan.

Su estómago dio un vuelco. Con la mano temblorosa dejó la charola en el mostrador.

—¿Cuáles reseñas?

—La más reciente. Normalmente nosotros consideramos que son excepciones, pero estas reseñas se refieren a tu repostería.

—¿Qué? —La indignación se filtró en su tono de voz—. ¿Alguien se quejó de mis postres?

—Sí. Escribieron —se oyó moverse un pedazo de papel—: *el panecillo que probé me supo como si fuera una piedra y me quedé con esa sensación todo el día.*

Eve se molestó. Sus panecillos eran *perfectos*: esponjosos, ligeros y llenos de sabor. Nadie se había quejado de sus postres. Al contrario, siempre recibía halagos.

Fue sólo una reseña, se dijo a sí misma. Con Carmen en la línea, decidió reírse.

—Nunca he recibido quejas sobre mis panecillos, pero supongo que siempre hay alguien que me dará una lección de humildad.

—Nosotros encontramos más de una reseña. —El uso del *nosotros* empezaba a sacarla de quicio.

—¿Más de una?

—Varias. Alguien dijo que tus cuernitos estaban muy grasosos, otro dijo que *sabían a papel*. ¿Papel? Eve carraspeó. Se dirigió a su laptop, que estaba en la orilla del mostrador, para leer las reseñas con sus propios ojos.

Pero luego se detuvo. No era el momento de perder el juicio. Tenía que lidiar con Carmen para no perder la oportunidad de presentar el libro de Daniela. Carraspeó de nuevo y añadió con tono placentero:

—Carmen, te aseguro que siempre he recibido los mejores comentarios por mi repostería.

—Sí, pero...

—Si estas reseñas fueron publicadas en los últimos días —la interrumpió Eve, pensando rápido—, algo debe de estar pasando. Supongo que estás buscando otros lugares para presentar el libro de Daniela en San Francisco.

—Sí.

—Vaya. —Eve soltó al aire la duda, sin querer acusar a nadie de nada, pero dando pelea. Francamente, no se imaginaba que alguien pudiera deliberadamente llenar Yelp con reseñas ponzoñosas para arruinar su posibilidad de presentar a Daniela Rossi, pero estaba dispuesta a sembrar la duda en Carmen.

La publicista mordió el anzuelo:

—Hemos visto que la gente hace de más por tener a Daniela en su café —Eve torció la mirada, pero no dijo nada—. Okey, no tomaremos en cuenta esto. Nosotros lo comprobaremos cuando visitemos tu café.

—¿Vendrás al Café Sabio? —preguntó, emocionada de nuevo.

—A Daniela le gusta conocer cada lugar antes de tomar la decisión final.

—¿Y cuándo será esto?

—Te avisaremos. Mientras tanto, sugiero que pongas atención a esas reseñas de Yelp.

¡Como si hubiera algo que ella pudiera hacer! Pero sólo dijo:

—Claro, gracias por llamar, Carmen.

En cuanto concluyó la llamada, corrió a su laptop al extremo opuesto del mostrador. De pie, buscó las reseñas. Claro, ahí estaban, tal como Carmen le había informado.

Qué raro. Todos los comentarios se habían publicado en los últimos tres días. Luego revisó los veinte anteriores, todos eran maravillosamente positivos.

La puerta de la cocina rechinó al abrirse.

—¿Eve?

Alzó la mirada para encontrarse con Treat, que se estaba asomando. Al instante sus mejillas se sonrojaron, pero en vez de saludarlo, sólo pudo soltar su frustración.

—Estoy tan enojada.

Él entró con el ceño fruncido.

—A ver, cuéntame.

Eve alzó su laptop.

—Alguien publicó comentarios negativos sobre mi repostería.

—Qué locura —Él se inclinó para leer las reseñas sobre de su hombro. Luego meneó la cabeza—. Parece que los escribió la misma persona. Mira las palabras que usa. Todas son muy similares.

—¿Tú crees? —Eve las leyó de nuevo.

—Definitivamente. Además, Eve, tu repostería es deliciosa.

Volteó a ver a Treat, que tenía su cara muy cerca de ella. Él *estaba ahí*. De pronto percibió el olor de su saco de piel encima del aroma del jabón. Un mechón de pelo se le había soltado de la

cola de caballo, y sintió el impulso de acomodárselo. En vez de ello, para mantener sus manos ocupadas, acomodó su propio pelo.

Él trató de leer su rostro.

—Lo que tú haces aquí mágico y lo sabes. Un par de reseñas no significan nada.

—A menos que Daniela Rossi crea lo que dicen y presente su libro en otro lado.

—No te conozco bien, pero presiento que no permitirás que eso suceda.

Su voz le provocó escalofríos.

—Claro que no.

—Eso pensé. ¿Dónde están tus zapatos?

El cambio repentino de conversación la hizo parpadear.

—¿Qué?

—Tus zapatos. —Él asintió con la cabeza al ver sus chanclas.

—Allá están. —Señaló hacia el rincón donde los había dejado.

—¿Son negros?

—Con rosa. ¿Por?

—Me vas a matar —le dijo misteriosamente. Luego sonrió y le acarició el pelo, que de nuevo se le había venido encima.

—He intentado con pasadores.

—¿Qué?

—Para que el pelo no me tape los ojos, pero me veo como de cinco años.

Él sonrió.

—No me pareces de cinco años.

—¿Cómo me ves?

—Como una mujer inteligente y sexy. —Él la tomó de la cintura y la acercó a su cuerpo.

Sus labios se abrieron. Él la iba a besar. Su corazón latía fuerte, y se sujetó del mostrador que estaba a sus espaldas.

Él frotó su nariz en su mejilla.

—Hueles a Navidad.

Ella tardó un momento en comprender el comentario.

—Hice rollos de canela.

—Qué delicia —murmuró él.

Sintió su respiración sobre su cuello. Esperó a que sus labios la besaran ahí mismo; había pasado tanto tiempo desde que alguien le había besado el cuello, pero él se mantuvo a una distancia que le parecía frustrante.

Él apretó su cintura.

—Quizás se me antoje uno.

—Yo te lo puedo dar.

—¿Sí?

—Pídemelo —susurró Eve.

Él dejó correr sus dedos entre su pelo y le empujó la cabeza hacia atrás.

—Pronto te lo pediré. Mañana no porque los dos tenemos compromisos, pero pronto.

Ella lo vio a los ojos.

—Te lo daré.

La sujetó más fuerte y de pronto algo ardiente y posesivo incendió su mirada.

—Bueno —dijo mientras luchaba por soltarla.

Ella lo tomó de la mano antes de dejarlo partir.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza y devolvió el apretón. Eve comprendió que él sabía exactamente lo que había querido decirle, y eso la llenó por dentro y le iluminó el corazón.

CAPÍTULO NUEVE

GRANT LA ESTABA ESPERANDO en el estacionamiento, recargado en la defensa de su auto.

El paso de Margaret se hizo lento y tomó su tiempo para bajar el cerro. Desde aquel día en que él la había acosado, justo en ese lugar, había decidido caminar más temprano o más tarde para evitar toparse con él. Parecía ser el tipo de hombre que no aceptaba una negativa, pero no iba a aceptar tomar un trago con él; mucho menos otra cosa.

¿Por qué quería convivir con ella? Cada vez que reflexionaba frente al espejo, la persona que la observaba ahí estaba muerta por dentro. ¿Por qué él habría de interesarse en *ella*? Esa pregunta la hacía sospechar.

Definitivamente, él estaba interesado. Lo notó cuando se le acercaba. No le quitaba los ojos de encima, y una leve expresión de gusto le iluminaba el rostro.

Su cara era bonita. Tenía más canas que pelo color café, hoyitos en las mejillas, una nariz que parecía fracturada. No alcanzaba a verlos ahora, pero sus ojos eran tan grises como una mañana neblinosa de San Francisco.

Margaret frunció el ceño mientras llevaba su mano al collar de perlas. No importaba cómo fueran sus ojos. Ella ya no sentía nada, ya se dirigía a su tumba.

No sabía qué le daba más miedo, morir o quedarse sin dinero y sin hogar.

Esperaba que él se pusiera de pie y se dirigiera con ella, pero el hombre ni siquiera se movió cuando vio que se acercaba. Se quedó donde estaba, con los brazos cruzados, viéndola acercarse. Era alto, más que ella, y eso que Margaret era una mujer alta. A diferencia de muchos hombres de su edad, no tenía la barriga abultada. Lucía muy bien con su suéter y su pantalón de vestir.

Ella tuvo el impulso de caminar hacia el otro lado del estacionamiento, pero no quería que él pensara que le huía, aunque fuera verdad. No estaba dispuesta a cederle el control, así que se plantó frente a él y habló primero.

—La respuesta sigue siendo no.

—Lo sé, pero eso no significa que dejaré de intentar hacerte cambiar de opinión —Él ladeó la cabeza—. Te ves cansada.

—Decirle a una mujer que luce cansada no es la manera de conquistarla.

—¿Entonces crees que quiero conquistarte?

Ella no sabía si todavía era conquistable.

—Si es lo que buscas, te desilusionarás.

—Correré el riesgo.

Ella apretó su collar de perlas y se puso la otra mano en la cintura.

—¿Eres uno de esos hombres al que le gustan los retos?

—A todos los hombres nos gustan los retos. Algunos se rinden antes —sonrió, mostrando los

hoyuelos en sus mejillas—. Yo nunca me rindo.

—Pierdes tu tiempo.

—Pero estás hablando conmigo, ¿no? —dijo él sin el menor rastro de suficiencia. Aun así, ella refunfuñó:

—Pero no por mucho tiempo.

Endurecida, continuó su caminata, pero de pronto él se había puesto frente a ella. La cercanía la frenó en seco. Hacía mucho tiempo que no había estado tan cerca de un hombre. Ella lo miró, sorprendida, inmóvil.

Él no la tocó, simplemente la observó de pies a cabeza.

Quiso retirarse, correr antes de que él advirtiera lo vacía que estaba por dentro. Pero, ¿por qué no habría de verlo? ¿Acaso había una mejor manera de alejarlo que mostrarle cómo era por dentro?

Alzando el mentón, silenciosamente lo retó a que viera su interior: el cascarón seco y envejecido que él tanto quería penetrar.

Pudo sentir cómo él la tomaba, por dentro y por fuera, y la ponía en su interior.

—No creas que me vas a espantar. —Tomó la mano de Margaret y se la llevó a los labios para besarla.

Ella frunció el ceño, confundida por el hálito de esperanza que sintió por dentro, después de tanto tiempo. Respiró profundo, tratando de calmarse, pero inhaló su aroma y eso la confundió aún más.

Ella solía inhalar a Harry, y le fascinaba su olor. Nunca había tratado de definirlo: simplemente, él olía perfecto. Cuando murió, ella no quiso cambiar las sábanas de la casa durante varias semanas, hasta que su aroma desapareció, junto con él.

Desde entonces no había notado el aroma de otro hombre, pero era comprensible, dado que sólo había dejado que Treat se le acercara.

Trató de recordar a qué olía su hijo, pero no lo logró.

Grant olía a especias. Foráneo. Un poco peligroso.

Se llevó la mano al collar.

Él la interceptó y la entrelazó con la suya.

—Tómame un trago conmigo.

Su mente se llenó de ideas confusas. Quería preguntarle por qué. ¿Por qué estaba tan interesado? ¿Por qué quería convivir con ella, cuando obviamente ella era una pesadilla?

Pero si se lo preguntaba, él le iba a explicar por qué, y la posible respuesta la atemorizaba. Entonces meneó la cabeza.

—No.

Él asintió y soltó su mano.

—Okey.

Ella frunció el ceño, sorprendida por su poca insistencia. “Qué mujer tan tonta soy”, pensó. Se lo había buscado. Asintió con la cabeza secamente y empezó a retirarse.

—Bien.

Su carcajada la detuvo. Dándose la vuelta, afiló la mirada.

—¿Qué?

—Eso no significa que ya me rendí —sonrió con amabilidad—. Eso nunca, querida.

La frustración y algo que se parecía sospechosamente a las ganas la encendieron de adentro hacia afuera.

—Pero acabo de decirte...

—Tú nada más me has dicho que no quieres tomar algo conmigo todavía. Te entiendo. No me conoces —Se encogió de hombros—. Una mujer tiene que cuidarse en estos tiempos. Pero yo te demostraré que puedes confiar en mí.

Ella abrió su boca y luego la cerró de nuevo, sin saber qué responder.

—No debí suponer que saldrías conmigo cuando ni siquiera me habías dado tu nombre, pero tenía que intentarlo. —Se encogió de hombros.

—Margaret —le dijo sin pensarlo.

—Margaret —repitió con un suspiro lleno de satisfacción—. Te veré pronto, Margaret.

Ella continuó su camino, confundida e insegura. Anduvo en automático, directo al Café Sabio.

Se detuvo en la puerta, pero algo la motivaba a continuar, como cuando Treat le llevaba ese cuernito cada mañana.

Como todos los días, el olor a harina y mantequilla le dio la bienvenida. Respiró profundamente, como si fuera una droga que le hacía mucha falta.

Esa mañana, la mujer mayor estaba en el mostrador. Margaret buscó a Eve Alexander, pero la dueña no estaba a la vista. Una rara sensación de desilusión y alivio la invadió.

—¿Lo mismo de siempre? —le sonrió la barista.

Sorprendida, asintió sin decir nada. La mujer la había reconocido y sabía lo que siempre pedía. Se acomodó en la barra donde se sentaba cada mañana y, con el temor de que otras personas también la reconocerían, tomó un periódico que alguien había dejado por ahí, lo levantó y fingió leer.

Tenía que dejar de ir ahí. Si la gente empezaba a decir que la dueña de Bizcocho prefería ir al Café Sabio, su negocio seguramente se hundiría.

Sintió que la mera idea de no volver a comer otro cuernito era peor que quebrar su negocio. No sabía qué pensar.

—Aquí tiene.

Bajó el periódico cuando la mujer dejó una taza de café y un cuernito a su lado.

—Gracias.

—Que lo disfrute —le sonrió la mujer amablemente.

Ése era el problema: ella lo disfrutaba. Demasiado. Mordió el cuernito con hambre y luchó por no soltar un gemido, de lo rico que estaba. ¿Acaso algo le había provocado antes semejante reacción?

Cuando Grant la había tocado.

Casi se atragantó cuando al darse cuenta.

Sintió que la rabia subía como una marea negra en su garganta. Rabia hacia Eve Alexander y sus malditos cuernitos. Rabia hacia Grant y sus hoyuelos.

Rabia hacía sí misma y el sentimiento intenso de que estaba perdiendo el control de todo lo que había a su alrededor.

Hizo a un lado el resto del pan. Casi tumbando su banco, salió atropelladamente del café y se fue a casa. Necesitaba aire. Necesitaba...

No sabía lo que necesitaba.

Abrió la puerta y fue directo al baño a darse un duchazo.

Al quitarse la ropa, se vio en el espejo. Y gruñó. Arrojó sus pantalones contra el espejo. Estaba harta de verse así.

Buscó su celular entre la ropa, y cuando lo encontró, buscó su directorio para localizar un número que no había marcado en mucho tiempo.

—Salón de belleza Elegancia. Deja tu mensaje con tu nombre y número y te llamaremos lo antes posible—instruyó el correo de voz.

—Me gustaría hacer una cita para un corte de pelo —Margaret se vio de nuevo en el espejo. Qué importaba el dinero. Haría las cosas bien, aunque tuviera que comer atún por un mes—. Y tinte. Entre más pronto mejor.

CAPÍTULO DIEZ

SU MAMÁ ABRIÓ la puerta antes de que Treat pudiera tocar.

—Pasa —dijo; lo tomó del brazo y lo jaló al interior de su salón de té.

Él la vio revisar ambos lados de la calle antes de cerrar la puerta con llave. Qué raro.

—¿Nos están vigilando?

—No digas tonterías.

—Espera —Treat la miró de arriba abajo, observando el atuendo de yoga. Lucía más joven y relajada, no como solía verse su madre. Si no fuera por el collar de perlas que siempre llevaba, se hubiera preocupado—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi madre?

Ella le lanzó una mirada afilada.

—Sabes que camino todas las mañanas.

—Sí, luego vuelves a casa y de inmediato te vistes —Él frunció el ceño—. En serio, mamá. ¿Te pasa algo?

—Claro que no. —Su mirada perdida no lo tranquilizó. Pero si no quería confiar en él, ¿qué podía hacer?

—¿Por qué querías verme esta mañana? ¿Tienes problemas con el fregadero?

—Quiero pedirte que me ayudes a hacer espacio para un evento.

—¿Qué clase de evento?

Acarició su collar.

—Alguien me pidió organizar un evento aquí en el salón.

—¿Para cuántas personas?

—Entre más mejor —Le hizo una señal para que la siguiera—. Quiero poner un podio enfrente, y me gustaría tener unas mesas, pero tal vez necesitaré tumbar esta pared.

Él vio el muro que separaba la parte trasera del frente.

—Eso te costará bastante. La alteración en sí no será mucha, pero tendrás que cerrar unos días. ¿El evento vale tanto la pena?

—Sí —dijo sin vacilar.

—Volveré más tarde para tomar las medidas. Tal vez pueda pensar en algo que no sea tan drástico.

—Gracias, Treat —respiró profundamente—. Ahora necesito que vayas al Café Sabio.

La petición lo tomó por sorpresa. Él la encaró, suspicaz.

—¿Para qué?

—Quiero que veas cómo les está yendo y...

—No —Se cruzó de brazos y negó con la cabeza—. No seré tu espía.

—No quiero que seas mi espía. —Se endureció, indignada.

—¿Entonces de qué se trata?

—Quiero que investigues.

—Tendrás que investigar tú misma —Lo único que él quería investigar en el Café Sabio era a su guapa propietaria, y no pretendía reportarle sus hallazgos a su madre. Le dio un beso en la mejilla—. Después del trabajo regresaré a tomar las medidas.

—Treat...

—Te quiero, mamá.

La frase la enmudeció y la hizo fruncir el ceño.

—Quieres distraerme —le dijo entonces.

—¿Funcionó?

Ella lo miró como lo había hecho durante treinta y cuatro años; con eso le quería decir que era gracioso, pero no *tanto*.

—Nos vemos, mamá —sonrió.

Le dio otro beso, salió del negocio y se dirigió a su camioneta. Se había estacionado a la vuelta del Café Sabio. Plan con mañana. Nada más esperaba que su mamá no lo viera entrar al café.

Era una locura estarse escondiendo. Se reprendió a sí mismo. No quería que Margaret pensara que le estaba haciendo el trabajo sucio, y tampoco quería responder preguntas. Aún no. No hasta que tuviera en claro lo que había entre él y Eve.

Porque definitivamente había algo.

Buscó a Eve por la ventana. En ese momento, ella levantó la mirada, y la sonrisa iluminó su rostro lleno de *deseo*. Él la deseaba, sus labios, su cuerpo desnudo y tembloroso bajo el suyo.

Empujó la puerta, entró y caminó hacia ella.

Eve se recargó en el mostrador, con la barbilla apoyada en sus manos.

—Debemos dejar de vernos así.

—¿Cómo deberíamos vernos? —Alzó la ceja.

La mujer mayor que trabajaba como barista rio alegremente, y tras lanzarle a Eve una mirada de sabelotodo, se escabulló de ahí.

Eve carraspeó y volvió a dirigirse a él.

—¿Quieres un mocha? ¿Un cuernito?

—Tú sabes que no vengo por eso —respondió en voz baja.

—No me has pedido otra cosa. —Ella se sonrojó y se vio hermosa.

—Es hora de corregir eso. ¿Tienes tiempo?

Ella asintió. Se quitó el mandil, le hizo una seña a su barista y salió del mostrador.

—Ven conmigo —Treat la siguió a la cocina. Eve se echó los brazos a la espalda, se sujetó de las muñecas y lo encaró—. Dime qué es lo que quieres.

Su cuerpo respondió al instante, pero él controló su deseo de tomarla. Luchando por detenerse, caminó hacia ella, colocó sus manos en su cintura y la subió al mostrador.

—Primero, quiero esto.

Antes de que pudiera decir algo, él dejó que sus dedos corrieran por su pelo, hizo su cabeza hacia atrás y puso su boca en sus labios.

La besó lentamente. Profundamente. Tal como se lo había imaginado desde el primer día que la vio. Sus labios eran cálidos y suaves, y se abrían justo para dejarlo entrar. Ella sabía a café y dulzura, y él sabía que era un sabor del que jamás se cansaría.

Ella puso sus manos en sus hombros; lo sujetó con firmeza sin apartarlo de su lado. Él no se había imaginado que ella fuera a animarse; ahora sabía que lo deseaba tanto como él. .

Saboreó el beso. Quería tocar todo su cuerpo, pero mantuvo una mano en su pelo y la otra en

su cintura.

Treat se sorprendió cuando ella le enredó las piernas en la cintura y lo atrajo hacia su cuerpo. Ambos carraspearon; él porque no esperaba que ella tomara semejante iniciativa. Supuso que se sorprendería al ver lo duro que estaba.

¿A ella le gustaba eso? Quería preguntárselo. No sabía qué tan atrevida era, si le gustaba jugar, y cuánto. Sabía que era sensual: no era posible hornear como ella lo hacía sin ser un tanto hedonista. Pero el sexo era otra cosa.

Deseaba tanto que sus manos lo recorrieran que se vio tentado a tomarlas y ponerlas sobre su cuerpo.

Ella se recargó, con la mirada perdida y los labios entreabiertos.

—Okey, eso es lo que querías primero, ¿y luego?

—Una cita —Sin dejar de mirarla directamente a los ojos, le dijo—: Quiero salir contigo, Eve.

—Yo encantada —asintió lentamente.

Una extraña sensación de triunfo brotó en su interior; extraña porque nunca la había sentido antes. Las mujeres le habían dicho que sí muchas veces, pero esto era distinto.

No era el momento para pensar en eso.

—¿El viernes, por la noche?

—Cierro a las siete. ¿A las siete y media?

—Siete y media. Ponte los zapatos que usas siempre.

—¿Los zapatos que siempre uso? ¿Cuáles? —Miró sus pies.

—Los que sean. —Él la besó de nuevo, sólo porque podía hacerlo.

—Treat, ¿tienes un fetiche con los pies?

—Es algo muy reciente. —Él le devolvió la sonrisa y se retiró antes de no poder contenerse, aventarla al mostrador y devorarla la besos. En todos lados.

Columpiando las piernas, Eve se llevó un dedo a la boca como si estuviera muy concentrada.

—Tengo muchos zapatos.

No sabía si enojarse o ponerse eufórico.

—No sabía que fueras tan cruel.

Ella saltó del mostrador y se acomodó la blusa.

—No me conoces.

—Aún no, pero muero por conocerte —le dijo con toda honestidad.

Ella parpadeó.

—¿De veras?

—Sí —Le acomodó el pelo detrás de la oreja—. De veras.

CAPÍTULO ONCE

EL VIERNES POR LA MAÑANA, exactamente a las 10:57, Eve se quitó el mandil y volteó a ver a Allison.

—¿Te encargo el café un ratito? Tengo algo que hacer.

Su barista asintió mirando el café para llevar que estaba en el mostrador.

—Tomando en cuenta el latte con Nutella que acabas de hacer, me imagino que te vas para prepararte para tu gran noche.

—No habrá gran noche —mintió, y se puso el suéter.

—Ajá —dijo Allison, despidiéndola—. Tárdate todo el tiempo que sea necesario. Yo me encargo de todo aquí.

—Gracias. —Sonriendo, tomó el vasito y se fue a la lencería de Olivia. Había un sostén que la estaba esperando.

Acentos Románticos estaba a una cuadra y media; midió el tiempo para llegar a las once, cuando Olivia estaría a punto de abrir su negocio.

Como suponía, Olivia estaba en la ventana, cambiando el letrero a *Abierto*. Sonrió y le abrió la puerta a Eve.

—Qué sorpresa.

—Te traigo un latte.

Olivia tomó el café con las dos manos.

—Eres una diosa. Eso lo supe desde que te conocí, pero ahora lo he confirmado.

—De hecho, soy una amiga que te necesita —Ante la mirada dudosa de su amiga, Eve dijo—: ¿Todavía tienes ese sostén que me dijiste?

La expresión de Olivia fue de malicia.

—¿Cómo se llama?

Sus mejillas se sonrojaron, como si Treat estuviera parado junto a ella.

—¿Qué tal si sólo lo quiero para lucirme frente al espejo?

—Hay dos tipos de mujeres —Olivia levantó un dedo y después otro—: Las que usan lencería para sentirse bonitas y las que usan zapatos. Tú eres de las que usan zapatos, amiga mía.

Ambas miraron los botines de Eve. Sus jeans entallados estaban fajados en las botas para presumir su diseño victoriano.

Olivia le dio un sorbo a su latte, con la ceja arqueada.

—Okey, sí, tengo una cita —Eve levantó una mano antes de que su amiga pudiera decir algo más—. Es la primera vez que salimos. No significa que me quitaré la ropa.

—Pero quieres estar preparada, por si acaso —Olivia asintió astutamente—. Él es importante, no importa quién sea.

—Sí.

—Atrás tengo uno de tu talla —Se dirigió a su bodega—. No me tardo.

Mientras esperaba, Eve revisó la tienda. Olivia había creado un excelente ambiente romántico. El rosa pálido y el marfil dominaban el espacio; las ventanas estaban cubiertas con terciopelo color crema. En una esquina había un sillón con cojines y un sofá peludo con una mesa enana cubierta de revistas, desde modas hasta viajes, y publicaciones especializadas en autos para los hombres que esperaban a sus mujeres.

Eve examinó un adornado ligero. Se imaginó con él puesto bajo su ropa, y a Treat desvestiéndola para descubrirlo. De pronto sintió una gran emoción.

Olivia regresó con las manos llenas de colorido encaje y satén.

—Tú *necesitas* este sostén. Se te verá increíble. El color combina con tus ojos. Pruébalo.

Eve la siguió a los vestidores y cerró la cortina. Además del sostén, había otro más, y el juego de pantaletas para ambos.

Se probó el primer sostén, de color violeta azulado. Olivia tenía un excelente gusto para la ropa íntima, y no se había equivocado con esta prenda. Era encantadora.

—¿Puedo ver? —Olivia preguntó al asomarse. Estudió el sostén con actitud crítica y luego asintió con la cabeza—. Se te ve fantástico.

—Lo sé —Eve estuvo de acuerdo, dándose la vuelta hacia el espejo.

—Tus ojos lucen profundos y misteriosos — afirmó su amiga con satisfacción—. Pruébate el otro —ordenó mientras se retiraba del vestidor.

La prenda estaba hecha con encaje y seda, en un tono azul cielo. Ajustar las hileras de ganchos que tenía en la espalda era todo un reto, pero los resultados valían la pena. Eve se vio en el espejo.

—Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia, asomándose de nuevo.

—Tengo busto.

—Sabía que se te iba a ver increíble, ¿y qué tan seguido encuentras un sostén azul cielo?

Ella no tenía idea. Lo único que sabía es que Treat se tragaría la lengua cuando la viera con esa prenda.

Cuando la viera... como si pudiera darlo por hecho. Acarició el encaje. Supuso que era inevitable.

—Quizás tenga problemas si uso esto cuando salga con él.

—Ése es el chiste —dijo Olivia con una sonrisa socarrona—. Toma tu tiempo para vestirse. Te esperaré afuera.

Eve observó su reflejo, se imaginó a Treat frente a ella, acariciando sus senos cubiertos de seda y encaje.

¿Qué estaba pensando? Meneando la cabeza, se desabrochó el sostén. Su padre se volvería loco si supiera que estaba probándose lencería en vez de atender el negocio.

Se vistió rápidamente y vio el precio en las etiquetas antes de volver a la tienda. Era una barbaridad. Arrugó la frente. Tal vez podría pagar si comiera atún el resto del mes.

Olivia debió notar su expresión porque le quitó todas las prendas y dijo:

—Yo sabía que debía quitarle las etiquetas. Te las quiero regalar.

—¿Qué? *No*. El puro sostén vale una fortuna, y no necesito otro.

—Los compro al mayoreo —Los puso sobre el mostrador y sacó papel de china—. Esos dos sostenes fueron hechos para ti. Se te ven estupendos.

—No puedo...

—Sí puedes —dijo Olivia con firmeza—. Tú me das lattes y cuernitos todo el tiempo, porque eso te hace feliz.

—Sí, pero un cuernito no cuesta 200 dólares.

—Ése no es el punto. Somos amigas, y tú has estado estresada, y quiero apoyarte de esta manera —Su amiga fijó la mirada—. Así que no me dirás que no.

—Gracias —suspiró Eve.

—De nada —dijo Olivia con modestia, mientras le entregaba una bolsa muy sofisticada con el logotipo de Acentos Románticos en la parte lateral—. Espero que me cuentes todo lo que pase con tu galán. Quiero detalles.

La lencería era tan cara que si le pedía que le entregara a su primogénito hubiera sido razonable.

—Definitivamente, pero no vamos a brindar esta vez.

Olivia se rio y la abrazó.

—Como tú digas.

De regreso al café, sonó el celular de Eve. Lo sacó del bolsillo. Al ver que era un número de Nueva York, contestó de inmediato.

—Habla Eve.

—Eve, soy Carmen McKnight.

Aguantó la respiración, tratando de no ilusionarse.

—¿En qué te puedo ayudar, Carmen?

—Iremos a San Francisco en dos semanas para ver los lugares que pueden recibir a Daniela. Estaremos en tu área el dieciocho de marzo. Espero que no tengas problema con la fecha.

No había la menor duda: le estaban diciendo que era el dieciocho o nunca.

—Por supuesto. El dieciocho es perfecto.

—Estaremos en el otro lugar a las... —Al otro lado de la línea se escuchó el golpeteo de dedos en un teclado— dos de la tarde. Podemos estar contigo a la una y media.

Frunciendo el ceño, Eve empujó la puerta del Café Sabio.

—¿Es suficiente con media hora? El tráfico de la ciudad es complicado y uno tarda mucho para llegar de un lado a otro.

—No habrá problema. El otro lugar está cruzando la calle.

Eve se quedó helada.

—¿Qué?

—Es un lugar llamado Bizcocho.

Dándose la vuelta, se asomó por la ventana y vio el salón de té que quedaba enfrente. Sin percatarse de la reacción de Eve, Carmen continuó inexpresivamente:

—Estaremos ahí el dieciocho. Daniela tiene mucho interés en esto. Me comunicaré antes para coordinarlo todo.

La llamada concluyó pero Eve no podía dejar de mirar el establecimiento de aquella mujer. Gruñendo, guardó su celular y se marchó al mostrador.

Los ojos de Allison se abrieron enormes.

—Ay, no. ¿Malas noticias?

—La publicista de Daniela Rossi acaba de hablar para ver el café.

—Eso es fantástico. ¿Pero por qué parece que vas a explotar?

—Porque también están considerando a la mujer que tiene el negocio de enfrente para organizar la presentación. —Eve puso la bolsa con la lencería en un anaquel debajo de la caja registradora.

Allison apretó los labios llena de confusión.

—¿A ella también le interesa el evento?

—Evidentemente. —Caminó de un lado a otro detrás de la barra.

—Quizás también es fan de Daniela Rossi —sugirió su barista—. Quizás no sabía que queríamos tener el evento aquí —Eve la miró sin parpadear—. ¿No me digas que crees que ella lo está haciendo a propósito?

—No lo hubiera pensado, pero le pidió a ese niño que repartiera volantes de su negocio a mis clientes. ¿Por qué no habría de querer ver mi negocio en quiebra?

—Nadie es tan maldita.

—Ella sí. Aunque me vea un poco paranoica, ¿qué tal si fue ella la que publicó las reseñas en Yelp?

—Entonces realmente es una desgraciada.

—Sí —Eve recordó la forma fría y distante en que la mujer la había tratado y se estremeció—. Tengo que hablar con ella.

—Sí, tienes que hacerlo —Allison vio el reloj—. Abre a las doce, ¿no? ¿Por qué no me quedo un poco más para que hables con ella?

—Gracias, Allison —Abrazó a su amiga—. ¿Qué haría sin ti?

—No imagines el apocalipsis —sonrió—. ¿Me vas a enseñar lo que compraste en la tienda de Olivia?

Para que no vieran los clientes, hizo que Allison se agachara detrás del mostrador y le mostró lo que había en la bolsa.

—Son increíbles —susurró.

—Supongo —musitó Eve también, tocando el satén.

—¿Cuál te pondrás hoy?

—No sé. Tal vez el corsé.

—Ese hombre se va a infartar cuando te lo vea puesto.

—No me lo verá esta noche —dijo ante la mirada atónita de Allison. Luego se corrigió—. Probablemente no.

—Síguete convenciendo —Su barista frunció el ceño—. ¿Por qué estamos cuchicheando?

—No queremos llamar la atención.

—Okey. Estar escondidas atrás del mostrador, susurrando, no llamará la atención de nadie.

Al mediodía, Eve, dudosa, cruzó la calle para confrontar a la reina de hielo que tenía el salón de té.

El local estaba abierto, así que Eve entró, por primera vez, dispuesta a revisar a su competencia de cabo a rabo. Había gente en unas cuantas mesas; todas mujeres, lo cual no era sorprendente. Muy pintoresco, pensó, considerando los mantelitos y los muebles victorianos. Perfecto para un salón de té, pero no para Daniela Rossi. No entendía por qué Carmen estaba considerando este lugar. Tenía un ambiente diferente al estilo moderno y casual de Daniela.

Sintió escalofríos en la nuca. Al darse la vuelta se topó con la dueña, Margaret, que iba directo hacia ella.

No se veía feliz.

Pero sí *muy* imponente. Era alta, pero además llevaba puestos unos tacones Ferragamo y un chongo que aumentaba su estatura. Lucía un traje tipo Chanel y jugaba con su lujoso collar de perlas.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó la mujer fríamente, con la nariz en alto.

Eve se preparó mentalmente y dibujó una sonrisa en su cara. Miel, no vinagre.

—Nos conocimos la semana pasada. Soy la dueña del Café Sabio.

La reina de hielo ni siquiera parpadeó. Eve carraspeó.

—Sé que quieres presentar el libro de Daniela Rossi aquí.

Margaret simplemente arqueó la ceja.

Eve se imaginó cómo sería una pelea entre esta mujer y su padre. Normalmente le apostaría a su papá, pero Margaret daba miedo.

—Tú sabes que yo también quiero ser anfitriona de esa presentación, ¿verdad?

—¿Y?

—Bueno, primero repartiste volantes casi en la puerta de mi café, y luego esto. Parece que aquí hay gato encerrado, y yo quiero aclarar las cosas y quizás llegar a un acuerdo.

La espalda de Margaret se irguió más y su expresión se volvió gélida.

—¿Me estás acusando de algo?

—¿Debería? Es mucha coincidencia, no sé por qué tendrías problemas conmigo. Nuestros negocios no son competencia.

Algo en el rostro de la mujer cambió.

—Es eso, ¿verdad?

Eve parpadeó sorprendida.

—Crees que el Café Sabio es tu competencia, pero no es así. Mi negocio es completamente distinto. Estoy segura de que hay suficiente clientela para las dos.

—Y también creo que la señorita Rossi escogerá el lugar más adecuado para su presentación —dijo Margaret fríamente, apretando su collar—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo.

—No he terminado —Eve meneó la cabeza.

—Yo sí —dijo Margaret. Luego se dio la vuelta y se retiró.

Eve se quedó ahí parada, con la boca abierta. ¿Qué había pasado ahí?

Una cosa era cierta, quizá lo había negado, pero Margaret traía algo entre manos. Eve podría apostar su café por eso. Pero, ¿por qué? Nada de lo que ella hacía ponía en riesgo el negocio de esta mujer.

Observó a Margaret detenerse en una mesa para saludar a unas clientas. Su sonrisa era distante. Al verla con atención, notó un poco de tristeza.

Eve meneó la cabeza y salió. No iba a sentir lástima por esa mujer. Esto era una declaración de guerra, y la batalla final sería la presentación con Daniela Rossi.

Con la frente en alto, regresó a su café haciendo ruido con los tacones a propósito. Ésta era una guerra que ella iba a ganar.

CAPÍTULO DOCE

EL TIMBRE de su puerta sonó a las siete y media.

Recogió su chal y bajó a encontrarse con él.

Sus ojos se iluminaron cuando la vio. Sin decir una palabra, levantó su mentón y le dio un beso.

—Te ves preciosa —sonrió.

—No sé si es demasiado para esta noche.

Ella le mostró el pie para que pudiera ver los tacones plateados.

—Bien es poco —Se acercó, la besó suavemente en los labios y luego la tomó del brazo—. Esos zapatos son de baile.

Era loca la forma en que él la alteraba. Diez segundos frente a sobre مَدِينَة مَدِينَة مَدِينَة مَدِينَة del día, Eragamo, on and picturing of situations. ,r minuto. que respetas, o que te inspiran. No olvides incluir aél y se había olvidado de la frustración del día que había provocado esa mujer horrible, la dueña del salón de té.

Él soltó una carcajada y se ajustó el cinturón.

—Sí. Unos minutos contigo y me pongo feliz, el día queda atrás.

—¿Tuviste un mal día?

contándote lo que me pasó.

—Siempre puedes platicar conmigo si algo te molesta.

Por lo general ella hablaba de estas cosas con Freya. Ella y Freya habían sido amigas toda la vida, desde que eran niñas, pero Freya ahora estaba muy ocupada con su familia. Lo cual no significaba que no la escucharía, pero Eve no estaba dispuesta a molestarla.

Treat apretó su mano.

—Cuéntame.

—Tengo problemas con una persona que tiene un negocio frente al mío —le dijo rápidamente—. Es una tontería. Ella lo niega, pero creo que quiere molestarme. Hace cosas para arruinar mi negocio.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó él frunciendo un poco el ceño.

—Repartió volantes de su negocio frente a mi café, y está tratando de conseguir que Daniela Rossi presente su libro en su local, en lugar del mío.

—¿Libro? —Su expresión se agudizó—. ¿Cómo se llama el lugar?

—Bizcocho. Es un salón de té que está cruzando la calle.

—Lo conozco. —Él guardó silencio, como si estuviera pensando.

—Tal vez sea un disparate, pero presiento que ella también es responsable de los comentarios que aparecieron en Yelp —Arrugó la nariz—. De seguro estoy exagerando.

—Tal vez —respondió él, viéndose muy afectado.

—Es que la dueña es una mujer imposible. Me saca de quicio.

—Ya somos dos —replicó entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Eve, sin comprender su respuesta.

—Nada —La miró—. Esta noche no pensarás en ella, ni en tu café. Sólo somos tú y yo.

En otras circunstancias, ella le hubiera dicho que eso era imposible. El Café Sabio era su bebé, y su bebé estaba en peligro. Pero esa noche estaba con él, y dejaría de pensar en todo. Asintiendo con la cabeza, se relajó en su asiento.

Treat manejó como todo un experto por la ciudad, de la calle Sacramento a la Fillmore. Eve vio cómo su vecindario se desvanecía cuando cruzaron la frontera invisible y salieron de Pacific Heights. Antes de que pudiera preguntar a dónde iban, él se estacionó y se bajó del auto.

Ella lo siguió, mirando a su alrededor.

—¿Vamos a ir a un karaoke?

—No —La tomó de la mano—. ¿Quieres ir?

—Pensé que a eso íbamos, porque este lugar está lleno de karaokes. O bien, vamos a conseguir drogas o a comprar café con tapioca.

Él se rio y el ruido que hizo la hizo sonreír.

—No tengo nada de eso planeado para esta noche.

—Tal vez a la próxima —dijo ella, enredándose en su chal para cubrirse de la fría brisa de San Francisco.

—Es por aquí. —La llevó al otro lado de la calle, a una puerta oscura iluminada por una luz roja. Él abrió para que ella entrara.

Eve se introdujo y de inmediato fue recibida al ritmo de un jazz cálido, blusero, y escuchó a la gente platicar y disfrutar el momento.

Treat puso su mano en el hueco de su espalda y señaló con la cabeza hacia el extremo de la barra.

—Nos sentaremos allá.

Aunque Eve estaba muy distraída con la sensación tibia de su mano, bien le pudo haber

sugerido él que bailaran sobre la barra y ella hubiera aceptado.

Eve se acomodó en un banco y colgó su chal en un gancho que estaba debajo de la barra. La música era agradable, y su pie seguía el ritmo.

—No sabía que este lugar estaba aquí.

—Es bastante nuevo.

—Treat Byrnes.

Un hombre alto y moreno con un traje de tres piezas se acercó; la sonrisa amplia iluminaba su rostro. Tocó a Treat en el hombro y luego lo abrazó por un par de segundos.

—Ha sido mucho tiempo. ¿A quién me has traído, Treat?

Treat sonrió y la tomó del brazo.

—No te la traje *a ti*, pero déjame presentarte a *mi* chica, Eve. Eve, este gañán es Carlton. Es el dueño del Speakeasy.

Eve extendió la mano.

—Eres el primer gañán que conozco.

—Me da gusto ser el primero —Carlton se llevó la mano a los labios y besó sus propios nudillos. Luego le brindó a Eve lo que ella supuso que era su sonrisa distintiva, antes de volver a tocar el hombro de Treat—. ¿Lo de siempre?

—Por supuesto.

El hombre le guiñó el ojo, se fue detrás de la barra y le hizo una señal al cantinero. Luego de una breve discusión, el cantinero asintió y Carlton le envió a Treat una señal de “okey”.

—¿Lo de siempre? —preguntó Eve, acomodándose en el banco.

—Suelo beber whisky, pero aquí tomo lo que Carlton decida servirme.

—¿Dónde lo conociste?

—Era amigo de mi papá. Era dueño de una discoteca en Oakland y mis padres ahí se veían; así sucedió hasta que él murió —La sonrisa de Treat se tornó triste—. Mi papá solía decir que mi mamá era una diosa, sobre todo cuando bailaba.

Ella puso su mano encima de la de él.

—Lo siento mucho.

Él meneó la cabeza.

—Mi papá vivió en grande. Él hubiera regañado al primero que lamentara su muerte. La tragedia es mi madre.

—¿Por qué?

Su expresión se nubló, como preparándose para que ella no pudiera leer su mirada.

—Ella era una mujer vibrante, salía y hacía cosas. Su risa era impresionante. No la he vuelto a oír desde que él murió. Te hubiera caído muy bien —le dijo con una mirada enigmática.

—Tu papá debió de ser fabuloso —le dijo con melancolía.

—Lo dices como si no te llevaras bien con el tuyo.

Ella hizo una mueca.

—Nos llevamos bien, siempre y cuando él tenga el control.

—No pareces ser el tipo de mujer que deja que alguien la controle.

—No lo soy, pero él no lo entiende.

Llegaron sus tragos: un coctel de champaña para ella y algo oscuro en un tarro para él. Treat levantó su vaso.

—Por nuestros padres. No puedes vivir con ellos, pero...

—Vives gracias a ellos —completó ella.

Él se rio y sus copas se encontraron.

Luego empezaron a servirles bocadillos, uno por uno, cada uno más delicioso que el anterior. O tal vez la compañía hacía más sabrosa la comida. Treat se inclinó hacia ella; le preguntó sobre su pasado como directora de mercadotecnia y le contó anécdotas de su empresa constructora.

Finalmente, Eve se rindió.

—Basta. Si como más me saldré del vestido.

Él parecía estar pensando justo en eso mientras devoraba su cuerpo con la mirada.

—Eso me preocupa.

—¿Por?

—Por un lado, me encantaría ver lo que hay debajo del vestido.

Ella asintió. Él se hubiera emocionado aún más si supiera del sostén.

—¿Y por el otro?

—Cuando sea el momento, yo quiero ser quien te quite la ropa. Muy lentamente.

Ella trató de recordar la última vez que había dejado que un hombre le quitara la ropa. Había pasado toda una vida. Antes de que abriera el café. Había estado tan ocupada construyendo su sueño que no había sentido la tentación de jugar.

Ahora sentía la tentación. Y la deseaba... la deseaba mucho.

—Ven. —Él se puso de pie y extendió su mano.

—¿A dónde vamos? —preguntó tomando aquella mano, deslizándose fuera del banco. Se imaginó que iban al baño para tener un encuentro, y se sonrojó. Nunca había hecho algo así.

Pero Treat la sorprendió llevándola a una diminuta pista de baile.

—A sacarle provecho a tus zapatos.

Él la encaró, y ella automáticamente acudió a sus brazos. Sonriendo, la atrajo hacia sí y la llevó al ritmo de una salsa blusera.

Él se movía bien, y eso la prendió. Su muslo se movía entre los suyos, frotándola en los lugares correctos. Ella nunca había bailado con un hombre que supiera lo que estaba haciendo. Treat definitivamente sabía.

Ella lo miró a los ojos. Su corazón latió más aprisa al ver que ella estaba encendida. Él la deseaba.

La música cambió, se volvió más lenta y él se acercó más. Inclinando su cabeza hacia su oído, susurró:

—Me estás embrujando, Eve.

Embelesada por los tragos, ella tomó una decisión rápida. Tomó su mano y le dijo:

—Ven conmigo.

Él obedeció, y ella sintió su mirada candente sobre su espalda todo el camino. Lo llevó a los baños, mirando hacia todos lados. Nadie los veía, pero su corazón latía muy fuerte nada más de pensar en la posibilidad de que los descubrieran.

Había dos baños. Entró al que estaba desocupado y lo jaló. Cerró la puerta con llave. Lo vio de frente, tenía el corazón en la garganta.

Él la miró entre excitado y divertido.

—Me sorprendes.

—Yo también me estoy sorprendiendo.

Él la cargó y la sentó a un lado del lavabo.

—No te lo voy a hacer en un baño. No en nuestra primera vez.

Ella tembló, arqueando su cuello para que él lo mordisqueara.

—¿Pero tal vez algún día?

—Pensé que eras una buena chica —rio calladamente.

—Lo soy —Ella enredó sus piernas en su cintura, sintiendo lo duro que se había puesto—. Soy muy buena.

—Ya lo creo. —Su mano entró como una flecha en su pelo, la abrazó fuerte y tomó su boca. Besó su barbilla. Bajó por su cuello. Besó su vestido.

Su mano siguió, dibujando su hombro, su clavícula, y recorrió su seno.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Estaba emocionada de ver la intensidad de su mirada, totalmente concentrada en ella.

Al ver cuánto la deseaba, se volvió más atrevida; ni todo el alcohol del mundo pudo haberla hecho sentirse así. Se chupó los labios.

—Tienes que asomarte debajo de mi vestido.

Sus manos se paseaban por todo su cuerpo.

—¿Me gustará?

—Eso espero.

Él la abrazó, sus dedos encontraron el cierre. Con una lentitud que la torturó, lo bajó hasta que el frente del vestido descendió a la cintura de Eve.

Hizo una pausa. Tragó saliva sonoramente.

—*Increíble.*

Ella sonrió, pero luego soltó un gemido en cuanto él empezó a recorrerla con las manos.

Exploró. Acarició sus copas de seda. Sintió el encaje. Sus dedos tocaron el espacio entre los senos. Bajó la cabeza y mordió el pezón cubierto de tela, lo suficientemente fuerte para que ella sintiera un piquete de placer a través de la seda.

Se arqueó, jadeando, muy consciente de la humedad que mojaba sus pantaletas.

—Eve. —De nuevo puso sus labios en los de ella, hambriento.

Alguien jaló la perilla, el sonido la sorprendió. Eve parpadeó, jadeando. Sus ojos estaban como a media luz, sexys, y lo deseaba tanto que se sintió viva.

Pero él le acomodó el vestido y subió el cierre. Luego la besó lentamente; la pasión estaba contenida, pero seguía ahí. Sin decir palabra, la ayudó a que se incorporara y la llevó de nuevo a la pista de baile.

Esta vez la acercó más a su cuerpo, bailando lentamente al compás de la música. Ella se acurrucó, sabiendo que él le estaba diciendo que así era como quería hacerle el amor.

Lo abrazó y se dejó llevar.

Bailaron hasta que le dolieron los pies y sus dedos se engarrotaron, pero Eve estaba disfrutando mucho el momento y no quería renunciar a ello.

Finalmente, la banda dejó de tocar. Él la besó otra vez antes de sacarla de la pista, salir al auto y llevarla a casa.

Se detuvo frente a su edificio y la llevó hasta la puerta.

Eve lo miró. ¿Lo invitaría a su casa? Quería hacerlo. Sentía la necesidad urgente de terminar lo que había comenzado.

Él le acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Te daré el beso de buenas noches y luego te dejaré dormir porque tienes que levantarte temprano. Sólo por esta vez.

—¿Entonces habrá una próxima vez?

Su respuesta fue un beso ardiente que sintió hasta en los dedos de los pies. Fue nocturno, humeante y seductor. Ella lo agarró de los hombros porque temía que se le zafaran las rodillas.

Él empezó a disipar el beso, luego le dio otro en la mejilla y después en la frente.

—Entra Eve, antes de que pierda mis buenas intenciones.

Asintió con la cabeza, confundida, entró y flotó hasta su departamento, olvidando lo adoloridos que estaban sus pies.

CAPÍTULO TRECE

TREAT LLEGÓ a casa de su mamá media hora antes de que saliera rumbo a

Bizcocho. Al llegar a la puerta, miró con desaprobación la casa eduardiana de tres pisos. Su papá había sido arquitecto y se especializaba en restaurar casas viejas. Esta casa había sido su tarjeta de presentación; la había remodelado para que fuera moderna, pero sin que perdiera su antiguo encanto.

Cuando Treat era niño, la casa era el punto de reunión para sus amigos, porque había un cuarto de juegos que abarcaba toda la planta alta. Sus padres también se reunían ahí con sus amigos. Recordó que la casa estaba siempre llena de gente y risas, el choque de las copas, la música. A su papá le encantaba la música.

No creía que Margaret hubiera estado con alguien en los últimos ocho años. Incluso, a él no lo invitaba a la casa a menos que hubiera una razón específica. Él entendía y a la vez no, por qué ella no vendía la casa y se mudaba a un espacio más pequeño. Un lugar que no estuviera tan falto de vida y habitado por fantasmas.

Se preocupaba por su madre, sobre todo después de lo que Eve le había dicho la noche anterior, cuando fue a recogerla. Además, la situación se complicaba, porque él planeaba acercarse más a Eve, y pronto. Tener a su madre en guerra abierta con la mujer con la que estaba saliendo, iba a causar algunos líos. Por decirlo suavemente.

Tocó el timbre y esperó.

La puerta se abrió, y su mamá frunció el ceño al verlo.

—¿Treat?

—Hola, mamá —Él también le frunció el ceño y luego le dio un beso en la mejilla—. Te ves diferente.

—Me estaba arreglando para ir al trabajo. —Sus mejillas se sonrojaron.

Él meneó la cabeza. Ella lucía más amable, de algún modo; no sabía cómo ni por qué.

—¿Te hiciste algo en el pelo?

—Te dije que me estaba vistiendo —Se hizo a un lado para dejarlo pasar y cerró la puerta—.

¿Me dijiste que ibas a venir hoy?

—No —Recordó por qué estaba ahí—. Hay algo que quiero hablar contigo.

—Vamos a la cocina —Ella se adelantó—. ¿Café?

—No, gracias —Él quería ir al café de Eve más tarde. Francamente, desde que había comenzado a ir ahí, en ninguna parte le sabía tan bueno el café. Ella lo había echado a perder. Al recordar cómo lo había besado la noche anterior, supo que su gusto por el café no era lo único que ella había cambiado.

Su mamá se sirvió una taza y cogió el salero.

—Ésa es sal —dijo él.

—Sí. Gracias. —Frunciendo el ceño, la puso en la mesa y tomó la azucarera.

—¿No te gustaba el café solo?

Su madre le lanzó tremenda mirada que él no logró interpretar, mientras ponía la azucarera en su lugar.

—A veces necesitas algo diferente.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahorita. —Ella tomó un sorbo de café, sin dejar de verlo, como si pudiera retarlo.

—¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien —rezongó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo estoy preocupado —dijo con cautela—. Estás cambiada.

—¿Cómo lo sabes si nunca me visitas? —preguntó fríamente.

—No te seguiré el juego —meneó la cabeza—. Estoy aquí para ver cómo estás.

—¿Cómo estoy? —preguntó ella tajante, golpeando su taza contra la mesa.

Él parpadeó sorprendido al ver que la taza no se había roto.

—Has estado nerviosa.

—Te dije que tengo mucho estrés, pero no parece importarte —Ella lo miró—. Te dije que puedo perder mi negocio, no me estás tomando en serio.

—Porque no creo que un café que ofrece libros sea un problema para ti.

—Lo es —gritoneó.

Respirando profundo, Treat suavizó su tono.

—El Café Sabio es totalmente distinto a Bizcocho.

—Y me encargaré de que así sea. —Alzó su taza y bebió todo el café de un trago, como si fuera alcohol.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué? —preguntó cautelosamente.

—¿Cómo lograrás tu propósito? —El mal presentimiento que había tenido toda la noche empeoró—. ¿Esto tiene que ver con Daniela Rossi?

Su silencio la acusaba. Agarró sus perlas con tanta fuerza que él se sorprendió de que no reventara el collar. Finalmente, ella preguntó:

—¿Qué sabes de Daniela Rossi?

—Sé que la dueña del Café Sabio también quiere tener ese evento.

La expresión de su madre se oscureció.

—¿Cómo lo supiste?

Decir la verdad era la mejor opción, pero no tenía por qué decirle toda la verdad.

—Me dijo la dueña.

—¿Cuándo?

—Ella y yo hablamos sobre hacer algunas remodelaciones.

Su mamá dejó caer la taza de golpe.

—Tú estás haciendo remodelaciones *para mí*.

—A mucha gente le hago remodelaciones, mamá.

—¿Qué clase de remodelaciones le estás haciendo a ella?

Treat se estremeció mentalmente al ver la manera en que su madre había dicho la palabra *ella*.

—Tiene un patio trasero sin un buen sistema pluvial. Llueve mucho, su negocio podría inundarse.

—Y tú lo vas a arreglar —acusó su madre.

—Todavía no lo sé —meneó la cabeza—, pero no vine por eso. Sé que has repartido volantes frente a su negocio, y sobre este asunto de Daniela Rossi, ¿qué es lo que tramas?

—Nada. —Lo miró con furia.

—Eso no lo creo —suspiró y se acercó para abrazarla suavemente—. Yo sé que crees que ella es tu competencia, pero no es así. No atacaste a Starbucks cuando abrieron una sucursal.

—Está a una cuadra y no enfrente, y no son una amenaza.

—Eve tampoco lo es.

—¿Eve? —Afiló la mirada—. ¿Quieres decirme *qué* está pasando aquí?

—Esto no se trata de mí —evadió. No quería contarle a su madre de sus amoríos, especialmente si su enemiga estaba involucrada. Al menos no hasta que ella pudiera entender que Eve no era su enemiga—. Estoy tratando de evitar que hagas una tontería.

—Yo no hago tonterías —Se hizo a un lado, y su mirada era acusatoria y llena de dolor—. Tú también me vas a abandonar.

Odiaba ser el causante de esa mirada en los ojos de su madre.

—Por supuesto que no, mamá.

—Te estás poniendo de parte de esa chica, igualito que mis clientes —Lo señaló con el dedo, alzando la voz—. Me quedaré sin nada, sola, en el olvido, seré una vieja arrugada.

—Mamá...

—¡No soy una anciana! —gritó—. No estoy lista para que me hagan a un lado y me entierren. Todavía no estoy muerta.

—No...

Ella tomó su taza y la alzó como si fuera a aventarla. Pero entonces hizo una pausa, y parpadeó como si acabara de despertar de una pesadilla.

Impresionado, la miró boquiabierto. Se tardó un momento en recuperarse. Dio un paso adelante y le quitó la taza en silencio. Ella la soltó sin decir palabra, y él la puso en la mesa sin hacer ruido.

Margaret abrió la boca un par de veces, como si quisiera decir algo, pero no podía. Luego se enderezó y con calma se retiró.

—Cierra la puerta cuando te vayas —le dijo por encima del hombro.

Treat la observó. ¿Qué le sucedía? ¿Se le estaba zafando un tornillo? ¿Él se estaba imaginando cosas? ¿Tal vez todo era una coincidencia?

No. ¿Cómo era posible? Su madre estaba obsesionada con Eve. Si tan sólo él pudiera saber por qué; y de paso, la manera de arreglar aquel lío.

CAPÍTULO CATORCE

MARGARET SE DETUVO en la puerta del mercado que estaba en la calle California y observó el caos que había en su interior. El mercado solía tener mucho ajetreo, pero durante las tardes, entre semana, era la locura. Ella lo sabía; lo había pensado antes de subirse al auto, pero a pesar de todo decidió ir.

Tenía que salirse de casa para dejar de pensar en la carta que había recibido, una carta del contador que había contratado Harry; o “asesor para la administración del patrimonio”, como rezaba su título. Aparentemente, los bonos en los que habían invertido habían perdido veinte por ciento de su valor.

Asesor para la administración del patrimonio al carajo. Ese hombre sin rostro estaba jugando con su vida.

La idea de perder el negocio ya era en sí terrible, pero perder la casa —el legado de Harry, lo que había remodelado para ella con tanto amor, con sus propias manos— la trastornó. Ver a la muchedumbre histérica comprando en el mercado luego de un arduo día de trabajo, era mejor que quedarse en casa a ver su fracaso.

Pero tampoco sabía qué hacer. Estaba perdiendo el control y nada la tranquilizaba. Sentía que estaba a punto de perder la razón.

Los demás pensaban lo mismo. Se había dado cuenta de la forma en que la gente la miraba, como si estuvieran esperando a verla reventar como una liga demasiado estirada.

De saber lo mal que había estado actuando, la habrían internado.

Encima de todo, casi le había aventado una taza a su hijo.

No podía creer que Treat la hubiera acusado de tantas cosas, aunque fueran ciertas. Él era su hijo. Se suponía que debía estar de su lado.

Ella también podría perderlo.

Alguien pasó a su lado, y Margaret se abrió paso a codazos a la tienda. Una mujer con un carrito de mandado, que sólo traía unas zanahorias, la vio con rabia.

Margaret sintió ganas de agarrar una bolsa de uvas y aventársela a la bruja. Controló su impulso y pidió disculpas entre dientes. Luego caminó apresuradamente por el pasillo viendo los productos que había en los estantes.

No tenía idea de lo que quería.

Sonrió despectivamente. ¿No era aquello la metáfora perfecta de su vida?

Recorrió los pasillos sin un objetivo y se detuvo en la sección de vinos. Tal vez debía comprar una botella de vino para disfrutarla en casa.

Vio todas las botellas y las etiquetas y no supo qué escoger. En la cena sólo pedía una copa de vino tinto, sin importar lo que el mesero le recomendara. Cuando Harry estaba vivo, bebían

martinis.

Sonrió como en un trance. Habían bebido cientos de martinis.

Trató de beber uno tras su muerte, pero no fue igual. Harry siempre los preparaba, y no importaba cómo los ordenara, nadie los hacía como él. Eso también había muerto junto con él.

La ira corrió por su pecho y subió a su garganta. Trató de tragársela, pero no lo logró.

Furiosa, vio las botellas de vino fijamente. No había razón para enfurecerse así, pero no podía evitarlo. El hecho de no poder escoger una botella la puso furiosa, y lo único que creyó que podría aliviar su ira sería tirar todas las botellas al piso.

—Por poco creí que eras un espejismo —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Se endureció, sintiéndose atrapada. Apretó los puños para mantener el control y se volteó.

Era el acosador del campo de golf, Grant; estaba parado detrás de ella. Muy cerca. Tan cerca que podía ver las rayas azules de sus ojos.

Margaret retrocedió y chocó con los vinos que estaban a sus espaldas. El repiqueteo de las botellas le pareció extrañamente satisfactorio.

—¿Qué haces aquí?

Él vio el vino, con la ceja arqueada.

—No sé si fue el destino el que me trajo hasta aquí.

—El destino no es tan... —Casi dijo *cruel*, pero eso es lo que era el destino.

—¿El destino no es tan...? —insistió él.

—Obsequioso.

—Eso no lo sé —Él se recargó en el estante y cruzó los brazos. Las mangas de su camisa estaban dobladas después de un día de trabajo, pero lucía planchada y bien fajada en su fino pantalón de lana—. Fui a la tienda de vinos donde siempre compro, pero estaba cerrada por inventario, así que vine aquí y te encontré. Nunca antes había creído en el destino, pero estoy dispuesto a creer si eso es lo que me llevará a ti.

Ella no supo qué responder.

Él debió notarlo porque sonrió, y las esquinas de sus ojos se arrugaron de una forma que decía que él reía mucho.

Ella sintió una manera distinta de estremecerse. Eso le daba miedo. Miró hacia atrás, preguntándose si debería irse.

Como si él leyera su mente, tomó su mano, suavemente pero con firmeza.

—Te has estado escondiendo de mí.

—No es cierto —dijo ella indignada, tratando de no fijarse en lo tibia que se sentía su mano. No había sentido ese calor en años.

—Has estado caminando a ciertas horas que no coinciden con mi golf —sonrió—. No lo niegues. No eres el tipo de mujer que deja de caminar de repente.

—He estado ocupada —respondió vagamente.

—Comprendo que nuestra presentación no fue nada convencional, así que te propongo que empecemos de nuevo —Él sostuvo su mano entre las suyas, viéndola a los ojos—. Hola, mi nombre es Grant Norquist.

Mirándolo también a los ojos, se sintió como cuando caminaba entre la niebla: desorientada y perdida. Desconectada del tiempo y sus alrededores. Flotando.

La parte enloquecida de ella quería abrazarlo, entregarse y gritar “¡Sí!”. Pero la parte que había estado congelada tanto tiempo se mantuvo inmóvil.

Grant se acercó y susurró en tono de película de detectives:

—Éste es el momento en el que tú me dices cómo te llamas.

—Margaret Byrnes —dijo ella, sorprendida de sí misma.

—Margaret Byrnes —repitió él como si fuera algo que pudiera saborear—. ¿Te gustan las aventuras, Margaret?

—No —dijo ella, asegurándose de que su tono de voz fuera frustrantemente definitivo.

—Excelente —contestó Grant, radiante—. Entonces tendremos una aventura.

Con un gesto de desaprobación, ella meneó la cabeza.

—¿No me escuchaste?

—Sí, pero estaba leyendo entre líneas. —Se aproximó.

Margaret se endureció. Por un segundo pensó que él la abrazaría, pero Grant tomó una botella de vino y se la mostró.

—Ésta es una botella fina, pero lo mejor es que tiene tapón. Eso significa que cuando te lleve a mi lugar favorito en la ciudad, no tendremos que preocuparnos por llevar sacacorchos.

—Jamás dije que saldría contigo.

—Porque no te he dado la oportunidad —Grant golpeó su propia cabeza—. Estoy aprendiendo.

—Tengo que volver a casa.

—¿Por qué?

Ella parpadeó. No esperaba aquella pregunta.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Lavar la ropa? —preguntó encantado—. No necesitas lavarte el pelo. Es hermoso. Te has hecho algo.

Su mano fue instintivamente a su cabeza. Sintió que sus mejillas subían de temperatura y comprendió que se estaba sonrojando.

Sonrojando.

—Tengo que irme. —Dio un paso atrás y retiró su mano.

—Estás huyendo —Él inclinó su cabeza, con solemnidad—. No pareces ser una mujer cobarde.

Ella se paró en seco y lo vio.

—No lo soy.

—Demuéstralo —Alzó la botella—. Toma un poco de vino conmigo.

La sensación temeraria surgió de nuevo, y sintió la obligación de hacer algo. Cualquier cosa.

Y ahí estaba Grant, parado frente a ella, como un viejo pirata, ofreciéndole algo que nunca había sentido antes. Todo su ser gritaba un rotundo sí. Tomar vino con un hombre guapo.

Conversación. Intimidad.

Ya no estaría sola.

Podría concentrarse en algo más que el dinero.

Vacilante, se acercó viendo cómo los ojos de Grant se llenaban de placer y esperanza.

Él se esfumaría cuando viera lo rota y muerta que estaba por dentro.

Marchitándose de repente, meneó la cabeza y se alejó.

—No, gracias.

Él la detuvo del brazo.

—Mereces ser feliz, Margaret.

Su palma irradiaba calor, el suficiente para que ella deseara derretirse ahí. Pero de nuevo sacudió la cabeza y liberó su brazo.

—No sabes nada de mí.

—Sé más de lo que crees. Y cuando estés lista para aceptar que mereces ser feliz, ahí estaré

esperándote —Sacó una tarjeta de su camisa y se la puso en la palma de la mano—. Llámame, Margaret. Aunque sea porque soy muy bueno para escuchar.

El le brindó una sonrisa triste y se retiró. Margaret se quedó ahí parada, con la tarjeta en una mano, y la otra en su collar. Sólo que sus perlas se sentían frías y poco amigables, y dejó caer la mano, perpleja.

CAPÍTULO QUINCE

—¿EVE Alexander?

Eve levantó la mirada desde su lugar, agachada atrás del mostrador, donde estaba acomodando vasos. El tono de la mujer era demasiado autoritario, a menos que fuera agente de ventas o recaudadora de impuestos.

Con base en su traje barato azul marino, la segunda opción era la más viable. La mujer parecía la muerte personificada con esa actitud de auditora. Su pelo rubio platinado con tinte barato estaba anudado en la base del cuello en forma de chongo, tan apretado que hacía que sus ojos parecieran rendijas. Hasta el maletín de piel negra que cargaba se veía amenazante.

Eve quiso decir "no" y volver a acomodar los vasos, pero decidió ponerse de pie.

—¿Sí?

—Mi nombre es Victoria Stromberg, y vengo del Departamento de Salud.

¿Departamento de Salud? Eve sintió un poco de preocupación; se preguntó si había olvidado renovar su permiso. Esto era lo que *menos* necesitaba en ese momento.

—¿En qué la puedo ayudar, señorita Stromberg?

La muerte personificada no tuvo piedad.

—Recibimos un reporte de violaciones al reglamento de salud, y me enviaron a investigar la denuncia.

—Eso es imposible —negó meneando la cabeza. La mujer sólo la miró—. Pues sí lo es —Eve señaló el café en general—. Lo tengo impecable.

—Las apariencias engañan —dijo la muerte personificada. Luego colocó su maletín en el mostrador, lo abrió, sacó un montón de documentos—. Tengo reportes de que hay cucarachas y baños sucios.

Esto era lo último que necesitaba, justo antes de que Daniela fuera a visitar el café. Frotó su sien, tratando de convencerse de que aún estaba en casa y que pronto despertaría de esta pesadilla.

—¿Estás bien? —preguntó Victoria, más incómoda que preocupada.

—Estoy bien —Eve respiró profundo—. Dime qué tengo que hacer para aclarar esto lo antes posible.

—Haré una evaluación completa y luego, según mis hallazgos, veremos qué procede.

—Entonces hay que hacerlo —Eve llevó a la muerte personificada a la parte trasera—. No tengo a nadie que me ayude, tengo que quedarme a atender.

La mujer canturreó sin poner atención, ya concentrada en su evaluación y anotando comentarios en sus formatos.

Eve recogió una taza vacía y regresó al frente para ponerse a dar vueltas de lado a lado.

Media hora después, entró Treat. Su sonrisa se convirtió en un gesto vago cuando se fijó en Eve.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

No se le ocurrió quedarse callada.

—Alguien me reportó al Departamento de Salud. Que tengo *cucarachas*. Yo no tengo cucarachas.

—Entonces todo va a salir bien, ¿verdad? —dijo acariciando su brazo.

—No lo sé —Ella se mordió el labio, muy mortificada—. Me arruinaría el negocio si esto llega a saberse. Y por supuesto que Daniela Rossi no va a querer presentar su libro aquí.

Treat vaciló, y luego preguntó con cuidado:

—¿No tienes idea de quién pudo haber hecho el reporte?

—No —frunció el ceño—. Pero si pudiera apostar, diría que fue la bruja de Bizcocho. Está obsesionada con llevarme a la ruina.

Antes de que él pudiera decir algo, la muerte personificada regresó.

—Tu cocina es la más limpia que he visto en mucho tiempo —dijo, evidentemente impresionada. Se quitó los guantes de hule que usaba y los tiró antes de colocar toda su documentación en el mostrador—. No encontré evidencia de cucarachas ni de nada fuera de lugar.

—¿Eso significa que terminaste? —Eve se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—No —dijo la mujer vagamente, mientras anotaba algo—. Volveré a hacer otra inspección en unos meses, y si pasas, entonces eliminaremos esta denuncia. Firma aquí.

Eve apenas vio el documento cuando escribió su nombre.

—¿Puedes decirme quién hizo la denuncia?

—Nuestras fuentes son confidenciales —La inspectora puso los documentos en su maletón y cerró los broches bruscamente—. Nos veremos en unos meses.

Eve asintió, apenas conteniéndose de decirle que no olvidara su guadaña.

—Buen día.

Ella y Treat vieron a la mujer retirarse.

—Al menos la muerte personificada dijo que no había visto una cocina tan limpia en mucho tiempo —dijo Eve, rompiendo el silencio.

—¿La muerte personificada?

—La mujer del Departamento de Salud —señaló la puerta con la cabeza.

—Ella sí que apestaba a mal presagio, ¿no? —sonrió Treat.

Eve tenía una mirada de preocupación.

—¿Crees que exagero al pensar que la mujer de Bizcocho es la responsable de todo esto?

—Si ella te ha estado molestando, es válido que lo supongas —dijo él sobriamente.

—Tengo que hablar con ella.

—Tal vez yo deba hablar con ella.

—Es mi problema —negó moviendo la cabeza—. Yo lo haré.

—Pero hay...

—Yo me encargo de esto.

Él frunció el ceño, como si no entendiera. Ella tocó suavemente su cara.

—Gracias por preocuparte por mí. Eso es muy valioso para mí.

Él besó su mano.

—¿Me dirás si puedo ayudarte en algo?

—Sí —Arrugó la nariz—. Puede que sea un trago y un abrazo.

—Eso tiene remedio —Besó su mano de nuevo—. Te ayudo con eso y más.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MARGARET ODIABA ESE CUARTO.

No era el suyo. Sí, ahí dormía. Lo hacía todas las noches desde que Harry la había dejado. Cuando lo decoró, primero para recibir invitados, pensó que era encantador. Una cama de acero, paredes rosadas, muebles antiguos.

Pero desde que empezó a dormir ahí, la cama la había hecho sentir que estaba tras las rejas. Odiaba las malditas cortinas de encaje. Parecían enormes tapetes.

Una prisión victoriana.

La ira habitual empezó a ahogarla de nuevo, por las cortinas que odiaba. El resentimiento y la rabia se acumularon dentro de ella como una ola siniestra. Se agarró de las cobijas para no dar un salto y desgarrar las cortinas.

Tal vez no sería tan terrible perder la casa.

Carraspeó y en seguida se arrepintió de ese pensamiento. Harry estaría muy dolido si la escuchara.

Pero Harry estaba muerto, se lo dijo esa voz oscura dentro de ella.

Margaret se sentó de golpe. Necesitaba...

No sabía qué necesitaba.

La noche le cayó encima, y luchó por respirar. Buscó la lámpara que estaba en su mesa de noche y logró prenderla.

La luz no ayudó en nada para dispersar su pánico. Buscó el teléfono y tomó la tarjeta de presentación que estaba al lado. Llamaría a Grant.

Pero no podía hacerlo. Era demasiado tarde, de muchas maneras. Guardó la tarjeta.

No podía llamar a Treat. Él había llamado el día anterior y le había dejado un mensaje donde le decía que necesitaba hablar con ella. Pero no le había regresado la llamada porque su tono de voz la había asustado. Y luego había visto su camioneta estacionada afuera del Café Sabio.

Él sospechaba.

Esa muchacha alegre, con sus cuernitos, la estaba despojando de todo.

Margaret se dio un masaje en la sien. Sólo quería que todo volviera a ser como cuando vivía Harry. Cuando todo era seguro.

Eso no volvería a suceder.

Un llanto rompió el silencio de la noche, y se desconcertó al ver que venía de su pecho. Sujetó sus perlas, luchando por recuperar el control, pero las sentía tan frías y distantes como todo lo demás.

Necesitaba hacer algo. Tenía que mudarse.

Hizo a un lado las cobijas, se levantó de la cama y se puso un suéter encima del pijama. Se

puso los tenis, salió a caminar en la noche.

No planeaba ir a ningún lugar específico, así que cuando se encontró en la calle Sacramento, a un par de cuadras de Bizcocho, casi se sorprendió.

Se detuvo. Tal vez había algo que podía hacer. No dejaría que esa chica le arrebatara todo; Treat había insistido que sellaría el café para evitar que se inundara, pero Margaret había visto un cambio en su mirada. Era la misma mirada que Harry tenía la primera vez que se vieron.

Daño por inundaciones

Se detuvo abruptamente. Un poco de daño causado por el agua distraería a la chica, y además Treat no hacía ese tipo de trabajo. Él tendría tiempo para remodelar Bizcocho, y Eve ya no podría presentar el libro de Daniela Rossi.

Su corazón latió muy fuerte. Eso era maldad.

Nadie lo sabría.

Ella lo sabría.

Tocó sus perlas. ¿Qué otro remedio tenía? ¿Sentarse y esperar a que esa chica le quitara todo?

¿Cómo iba a hacerlo? Era una idea imposible. No tenía acceso, y ¿cómo podría provocar una inundación?

Empezó a caminar, rumbo al Café Sabio. Sólo echaría un vistazo y luego volvería a casa. No se estaba comprometiendo a nada.

La fachada del local estaba a oscuras, excepto por una luz suave cerca de la caja registradora. Margaret se asomó. Incluso sin gente, el café se veía muy acogedor.

Su furia surgió de nuevo. Vio el cerrojo en la puerta. Tal vez debía investigar cómo abrirlo. El internet era algo maravilloso.

Dobló la esquina; después de todo, Treat le había dicho que tenía patio trasero.

Ahí estaba, sólo que lo protegía un cerco alto.

Vio el cerco y se acercó. Apenas podía alcanzar la parte alta. Hacía años que no había trepado nada.

¿Qué tan difícil podría ser? Se agarró de la parte alta del cerco y trepó. Sus pies lucharon, pero no lograba subir todo su cuerpo.

Se dejó caer, respirando agitada, y vio a su alrededor. A su izquierda había un arbusto.

Un arbusto le serviría. Se trasladó al punto exacto y volvió a sujetarse del cerco. Puso los pies sobre las ramas y se subió para alcanzar mejor el cerco. Una sensación de triunfo despertó su deseo de soltar una fuerte carcajada.

Hasta que comprendió que debía bajar al otro lado. Y no había nada que pudiera usar como escalón.

Se recuperó y se sujetó bien del cerco. Sintió una espina en la palma de su mano mientras buscaba la manera de bajar.

Ahí no había nada. Tenía que brincar.

Con el corazón latiéndole muy fuerte y las manos sudorosas, acomodó las piernas lentamente. Quería dejarse caer poco a poco, pero perdió el control y cayó al piso. El golpe fue duro.

Se quedó en el piso, viendo las nubes nocturnas. ¡Qué irónico sería que la encontraran ahí, fracturada, en la mañana! Después de recuperar el aliento, revisó sus heridas, pero comprendió que, a lo mucho, sabrá Dios cómo, apenas tenía unos cuantos rasguños y raspones.

Con cuidado se puso de pie y vio a su alrededor. No podía creer su buena suerte cuando vio la manguera, a un lado de la construcción.

Era como si el destino le hubiera puesto una manguera conectada a una toma de agua que funcionaba. Le dio vuelta y vio cómo salía el agua.

Podría apagarla e irse ahora, sin que nadie supiera nunca nada.

Y luego perdería su negocio y a su hijo. Y estaría completamente sola.

Margaret abrió más la llave para que el agua corriera. Luego puso la manguera en el suelo, frente a la puerta de vidrio que estaba en la parte trasera del café.

Pudo ver lo que Treat le había explicado: el agua hizo alberca inmediatamente. No podía esperarse para ver si se filtraba al interior del café, cómo él había teorizado. Debía encontrar la forma de salir de ahí.

Colocó un balde de plástico a un lado del cerco, trepó con más facilidad esta vez y usó el arbusto para bajar con mayor facilidad del otro lado.

Al llegar a la esquina, se sorprendió de ver a una mujer enloquecida que la observaba desde la ventana del café.

Era su propio reflejo. Languideció, en parte aliviada. Se acomodó el suéter y se dirigió apresuradamente hacia su casa.

CAPÍTULO DIECISIETE

CANTURREANDO, Eve abrió la puerta y se agachó para recoger los periódicos que le entregaban cada mañana. Empujó la puerta con la cadera y puso los periódicos en una mesa para poder cerrar la puerta.

Le encantaba llegar temprano, antes de la hora de abrir la tienda; así podía hornear más. Especialmente el lunes, porque había descansado el domingo. Este domingo había sido estupendo. Había pasado el día con Freya y su bebé. Y toda la noche hablando con Treat por teléfono. Hizo una pausa y suspiró, recordando lo deliciosa que había sido su voz por el auricular, como si hubiera estado en la cama con él.

Eso sucedería pronto.

Con la intención de ir a la cocina, dio la vuelta, pero resbaló.

Con un grito de desconcierto, hizo un montón de piruetas y acabó volando hacia enfrente. Un *tronido* fuerte hizo eco en el espacio vacío. El dolor subió por su brazo y su hombro al chocar con la pared.

—Auch. —Se enderezó y giró el brazo. No parecía estar fracturado. Frunció la frente. Había sonado como si algo se hubiera roto.

Luego vio hacia abajo y notó que el tacón de sus zapatos de diseñador Christian Louboutin estaba ahí, tirado en el piso de madera.

—No —gritó, arrodillándose. Era su par favorito; rojo con bolitas blancas y un moño. Sus dedos rozaron el piso cuando recogió el tacón...

Eve frunció el ceño al sentir humedad en la punta de sus dedos.

—¿Qué demonios?

Tocó el piso de madera. Estaba mojado. Frotó sus dedos y los olió. Era agua.

Se puso de pie y corrió con cuidado al mostrador para encender la luz. Se sacudió los zapatos con sendas patadas, volvió a caminar por todo el café y vio el piso.

Estaba cubierto de agua; era una capa delgada en la parte de enfrente que se hacía más profunda en la parte de atrás.

Contempló aquello estupefacta. No supo cuánto tiempo estuvo ahí hasta que el frío que sintió en los pies la hizo actuar.

—Maldición, maldición, maldición. —Se acomodó el pelo atrás y caminó al fondo del café. En la parte trasera el agua dejaba de ser una capa delgada y alcanzaba hasta una pulgada de profundidad.

Trató de convencerse de que no sería un gran lío, pero el pánico encharcaba su ánimo tanto como el agua inundaba el café. Se agachó y dobló la orilla de sus jeans un par de veces. Mientras el pan se horneaba, ella sacaría el agua. Todo estaría todo bien a la hora de abrir, y nadie se daría

cuenta de lo que pasó.

Pero en la cocina, el agua ya había subido al menos un par de pulgadas, y en la parte trasera el nivel todavía era mayor.

La ansiedad cruzó su pecho, pero se obligó a respirar y mantener la calma. La cosa no estaba tan mal.

Sí, sí estaba muy mal, admitió cuando vio que el agua había dañado las paredes. El agua había entrado, y cuando ella tocó la superficie del muro, ésta se desmoronó e hizo un agujero en el pasillo.

—Mierda —Corrió, con cuidado, de un lado a otro y vio las paredes. El daño no se veía en la parte de enfrente, pero en la parte trasera definitivamente se notaba.

Todas las implicaciones le cayeron encima al mismo tiempo. Daniela Rossi seguramente notaría los estragos y pensaría que el lugar no era el adecuado. Ella era chef, y los chefs buscan la perfección. Esto significaba que Eve tendría que arreglar todo.

Eso costaría... muchísimo dinero. A pesar de su falta de experiencia, sabía que el daño era extenso.

No tenía dinero.

Tendría que llamar a su padre.

Quejándose, queriendo llorar, metió la cabeza entre las manos.

Un momento. Levantó la cabeza, con la frente arrugada. No había llovido. ¿De dónde había salido tanta agua?

Caminó penosamente por el agua; llegó a la puerta trasera, donde parecía que el nivel era más alto. Abrió la puerta trasera y prendió la luz.

El agua seguía corriendo por la manguera y formaba un arroyo, desde donde Treat le había advertido que formaría un charco, debajo de la puerta, hasta el interior del local.

"¿Qué rayos?". Chapaleó hasta llegar a la llave y la cerró. El chorro se redujo a un gotero y luego se detuvo.

Eve observó la manguera. ¿Cómo se había abierto? *Ella* no lo había hecho.

Pero ahora debía atender el desastre que se había provocado. Se estremeció al imaginar cómo le diría a su padre, y se fue a la parte del frente a enfrentar los platos rotos.

DESASTRE.

Eve estaba viendo a su padre caminar de un lado a otro mientras pegaba de gritos en el teléfono. No sabía si reventar de coraje o poner la cabeza en el mostrador y llorar.

Una mano tocó su hombro. Se volvió y contempló a Allison que sostenía una taza de café.

—¿Es para mí?

—Lo necesitas para agarrar fuerzas —Su barista vio a Charles; su rostro, generalmente expresivo, estaba bien protegido—. ¿Está hablando con el agente de seguros?

—Sí —suspiró, tratando de no obsesionarse.

—Ellos pagarán los daños, ¿no? Fue vandalismo.

Eve frunció el ceño.

—Alguien no cerró la manguera. No puedo probar que fue vandalismo.

—Maldición —dijo Allison, ahorrando las palabras.

—Lo sé —Eve estaba perdiendo los ingresos del día y no tenía idea de cuánto costaría arreglar todo. Su padre le había dicho que él creía que el agua había penetrado el piso, lo cual significaba piso nuevo y paredes nuevas.

¿De dónde saldría el dinero para pagar todo eso?

Aunque el seguro lo cubriera, tendría que cerrar un par de días para hacer los arreglos, y aun así no había la certeza de que podría terminar antes de la visita de Daniela.

No tenía salida.

Paso a paso. Se tranquilizó dando un sorbo al café e hizo un esfuerzo por concentrarse en el momento.

—No tiene caso que te quedes, Allison. Vete a tu casa.

—¿Estás segura? —Ella vio a Charles de nuevo—. Tal vez necesites refuerzos.

—He lidiado con él mucho tiempo —le dijo con una sonrisa irónica—. Además, nada sirve para calmar su mal genio.

—Okey —aceptó Allison a regañadientes—. Pero puedo volver si me necesitas.

—Gracias. —La abrazó.

—Eve —ladró su padre, que ahora guardaba el teléfono.

—Buena suerte —murmuró su barista, y le dio un último apretón.

La iba a necesitar. Respiró profundo y fue a ver qué quería su papá.

—¿Hablaste con tu agente de seguros?

—Mandarán a alguien a evaluar los daños —Le echó una mirada como lanza—. Me costará mucho trabajo convencerlos de que esto fue vandalismo.

—¿Crees que yo dejé abierta la manguera? —Frunció el ceño.

Él la miró con esa mirada implacable con la que veía a sus empleados cuando hacían algo mal. Y no ayudaba en nada que ella estuviera descalza, con los jeans enrollados: se sentía como una niña que había tirado la leche.

—Lo siento mucho —interrumpió una voz profunda.

Con un breve carraspeo, volteó a ver a Treat que se dirigía hacia ellos.

Su primera reacción fue de placer y alivio. Pero luego recordó que Charles estaba ahí y se puso tensa. No quería que Treat oyera a su padre gritarle todos sus errores.

Probablemente notando su expresión de perplejidad, Treat explicó:

—Allison me dejó entrar. Me dijo lo que pasó.

—¿Y tú quién eres? —refunfuñó Charles, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Treat Byrnes —Extendió su mano y vio al padre de Eve a los ojos—. Soy amigo de su hija.

Su papá estrechó la mano, lo que por un momento Eve interpretó como una batalla. Pero luego se soltaron y pudo ver respeto mezclado con rencor en la mirada de su padre.

Treat la miró. Ella esperaba que él se mantuviera tranquilo ante los juegos de poder de su padre, pero él se veía más bien entre entretenido, aunque preocupado por ella.

—Allison me dijo que hubo daños por una inundación.

Eve asintió con la cabeza, de pronto queriendo llorar. Pestañeando fuertemente, mantuvo el control. No podía demostrar debilidad frente a Charles.

—Alguien dejó la llave abierta en el patio.

Su padre rio ante la palabra *alguien*. Ella lo ignoró.

—No fue el sábado; por lo que sé, debió suceder el domingo. No me di cuenta porque cierro el domingo, y esta mañana había agua en todos lados.

—¿Puedo revisar? —preguntó Treat gentilmente.

Ella asintió. Él sonrió para darle confianza y se dirigió a la parte trasera.

—¿Quién es? —preguntó su padre sin dejar de ver a Treat.

—Un amigo —Él no tenía por qué saber que pronto Treat sería su amante—. Es un

contratista.

Charles gruñó, mirando a Treat como si se fuera a robar el tesoro de la familia.

Treat volvió rápidamente, limpiando sus manos en sus jeans.

—No es tan terrible como parece. Necesitas emplastar las paredes y pintarlas en ciertas partes, pero los pisos estarán bien siempre y cuando los seques completamente.

Su padre la vio como si fuera su culpa.

—Eso te costará, Evangeline.

Ella trató de no alterarse.

—El seguro...

—¿Y si el seguro no lo cubre?

Estaría metida en un gran lío. Eve sorbió su café como si fuera un líquido vital.

—Si me permiten —dijo Treat dijo, encarándola—, tengo material para emplastar y puedo ofrecerte la pintura al costo. Si tu seguro no lo cubre, puedo hacerlo casi por nada.

Su padre volteó a ver a Treat.

—¿Por qué?

Treat lo vio fijamente.

—Porque Eve me cae bien.

Era una frase sencilla, una declaración y un reto a la vez. Ella se sintió emocionada y aprehensiva. Eve contempló a Treat y luego tomó a su padre del brazo y se lo llevó a la puerta de enfrente.

—Dijiste que tenías una junta. Yo hablaré al seguro y conseguiré el presupuesto, te enviaré un reporte, ¿okey?

—Está bien —Él miró su reloj y frunció el ceño—. Y llama a tu madre. Me ha estado preguntando por ti.

—Te quiero, papá. —Se paró de puntas para darle un beso en la mejilla.

Él gruñó y vio a Treat con una última mirada de advertencia antes de salir del café apresuradamente.

—Gracias a Dios —respiró con alivio cuando se cerró la puerta.

Treat se acercó y dejó sus dedos navegar por su pelo, dándole un masaje en el cuello.

—¿Así de terrible?

—Sus intenciones son buenas —ronroneó y recargó la cabeza en su pecho—. Qué bien se siente eso.

Se quedaron ahí parados en silencio mientras él liberaba su tensión. Finalmente el rompió el silencio y dijo:

—Siento que esto es mi culpa.

Ella lo miró.

—¿Tú dejaste la manguera abierta?

—No.

—Entonces no es tu culpa —dijo arrugando la frente—. Tampoco es mi culpa. Nunca he tocado esa manguera. Nunca.

Treat frunció el ceño.

—¿Crees que alguien hizo esto a propósito? —preguntó con cuidado.

Ella pensó en Margaret y su frente se arrugó todavía más.

—No se abrió sola. No puedo creer que alguien me odie tanto como para atreverse a hacer esto.

Él levantó su mentón y la besó tiernamente.

—Déjame arreglar esto.

—¿Harías algo así por mí? —parpadeó.

—Por supuesto. Si te afecta a ti, me afecta a mí.

—Pero el costo...

—Creo que puedo conseguir materiales baratos, y yo mismo haré el trabajo para que no gastes.

—¿Estás seguro?

—Sin duda. —La besó de nuevo.

—Gracias —Ella lo abrazó fuertemente, disfrutando su aroma, que era reconfortante y excitante—. ¿Te preparo un mocha para llevar?

—Sí, por favor. — Él la agarró de la mano y caminaron al mostrador.

Ella sonrió. No se imaginó que, al final del día, algo bueno saldría de todo esto. Contra todos los pronósticos, en este momento, hasta el futuro se antojaba brillante.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL OLOR a viejo bar sorprendió a Treat al entrar a la cervecería Dirty Nelly: malta y papas fritas. Se fue directo al final de la barra donde su amigo Rick ya disfrutaba una Guinness. Rick no dejó de ver la tele.

—Pensé que me dejarías plantado.

—Fue un largo día. —Treat levantó su mano y desde lejos le pidió una Guinness al cantinero.

—Dímelo a mí. Tengo un caso donde el esposo quiere pruebas de que su mujer lo engaña con su entrenador de Pilates. Seguí a esa mujer por toda la ciudad el día de hoy.

—¿Y la descubriste?

—No con el tipo del Pilates, pero tengo excelentes fotos de ella y su masajista, una rubia súper sexy.

El concepto de *rubia súper sexy* lo hizo pensar en Eve, y se preguntó qué estaría haciendo esa noche. Él meneó la cabeza.

—Muchos hombres matarían por tener tu trabajo.

—Definitivamente tiene su lado bueno —Rick alzó su cerveza—. ¿Cómo se llama?

—¿Perdón?

—La chica que te trae perdido. No te había visto así desde que Denise Michaels se desnudó frente a ti en la universidad. Ni siquiera con Phoebe te pusiste así.

Treat asintió con la cabeza para darle las gracias al cantinero cuando le llevó su vaso de cerveza.

—¿Cómo estaba yo con Phoebe?

—Indiferente. Cuando te casaste con ella y cuando te dejó —Rick se encogió de hombros—. No la querías. Eso fue obvio desde un principio.

—¿De veras, Freud? —dijo con una leve sonrisa.

—No, pero te sentías responsable por ella —Rick se recargó en la pared y lo observó—. Cuéntame quién es esta nueva dama.

—Con razón te va tan bien en tu profesión.

—Tengo sexto sentido. —Se encogió de hombros con modestia.

—Se llama Eve. Evangeline —recordó que así la había llamado su padre.

—Y es hermosa —añadió Rick sin una gota de pasión.

—Pero eso no es lo que me llama la atención. Es cómo vive la vida. Sabe lo que quiere. Es práctica pero soñadora al mismo tiempo —Treat pensó en sus zapatos y sonrió—. Apasionada. Divertida. Centrada.

—¿Y vulnerable? —preguntó Rick como si pudiera adivinarlo.

—Sí, pero no es lo que tú crees.

—¿No?

—No.

Rick arqueó las cejas incrédulo.

—Sabes que tienes un patrón, ¿verdad? Te gusta rescatar mujeres, lo cual estaría bien si no se tratara de mujeres tan exigentes.

—Eve no necesita que la rescaten. —Frunció el ceño y se acordó de la manguera en el patio.

—Tu expresión dice lo contrario —Rick agarró un puñado de nueces que había en la barra—. ¿Qué problema tiene?

Treat pensó otra vez en la manguera y arrugó el entrecejo.

—Creo que mi madre está sabotando el café de Eve.

Su amigo dejó de ver la tele y lo encaró.

—Creo haberte oído decir que Margaret está acabando con el negocio de tu novia.

Treat le contó a Rick sobre las reseñas, la presentación del libro, la visita del Departamento de Salud y el incidente de la manguera. Describió la conducta de su mamá tratando de ser lo más objetivo posible.

Rick lo escuchó como todo un detective privado.

—¿Lo puedes probar? —dijo su amigo finalmente.

—Te iba a preguntar eso —Tomó un gran sorbo de su cerveza—. Me siento culpable, porque creo que mi mamá le está ocasionado todos esos problemas a Eve, pero no sé cómo demostrarlo. ¿Tienes alguna idea?

—¿Hay cámaras de vigilancia en el café de Eve?

—No que yo sepa.

Rick meneó la cabeza.

—Qué mala suerte, a menos que tengas huellas o que ella confiese.

Treat negó con la cabeza. Eso no iba a suceder.

—Pero, ¿cómo iba tu mamá a saber que dejar la manguera abierta causaría tanto daño? —preguntó su amigo.

Treat se encogió de hombros.

—Creo que le dije que el local de Eve tenía riesgo de inundación si quedaba expuesto al agua en la parte trasera.

—Vaya —Rick meneó la cabeza de nuevo.

—Así es. —Treat alzó su cerveza.

—Puedo seguir a Margaret —sugirió Rick—, pero si la encuentro con su masajista, quizás tenga que sacarme los ojos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DESPUÉS DE TOMARSE cada uno otro tarro, Treat se despidió de Rick y se fue a casa. Al volver a su camioneta, se rindió al deseo de llamar a Eve.

—Oye, qué sorpresa. —Su voz se escuchaba como si estuviera exhausta. Al fondo se escuchaba música clásica, y él percibió el rumor de lo que parecía ser el vapor de una máquina de café expreso.

—¿Sigues en el trabajo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, pero ya casi termino —suspiró—. Tendré aquí una noche de solteros esta semana y son muchos los preparativos.

Él vio su reloj y se subió a la camioneta.

—Son las diez de la noche, Eve.

—Lo sé. Me tardé más de lo esperado.

—No te muevas de ahí. Llego en quince minutos. ¿Alcanzas a terminar?

—Sí, pero...

—Entonces ahorita te veo. —Colgó antes de que ella pudiera protestar... y antes de que él pudiera entrar en razón.

¿Qué estaba a punto de hacer? Se había prometido que no trataría de salvarla, y ahora iba en camino a su rescate, como todo un caballero, sólo porque ella se oía cansada.

No, pensó al tomar la calle Lincoln; ésa no era la razón por la que iba para allá a toda velocidad. Quería verla, tocarla. Acariciarla después de un arduo día de trabajo.

Eso no tenía nada de malo.

Siempre y cuando ése fuera su motivo, escuchó decir a Rick en su mente.

Lo era, pero estaba el asunto de Margaret. Tenía que decirle a Eve que su madre era su enemiga. Ya había ocultado esa información durante mucho tiempo. Tal vez cuando él confesara, podría ayudarla a lidiar con su mamá.

Cuando llegó al Café Sabio, Eve estaba parada frente a la ventana, esperándolo. Ella lo saludó, cerró la puerta y se subió a su auto.

—Sabes que hoy no seré una buena compañía. Lo más probable es que me quede dormida.

Ella tenía unas leves ojeras bajo sus ojos. Pero estaba más hermosa que nunca. Él tocó la comisura de su sonrisa cansada.

—Suenan bien. Luego de un baño.

—¿Baño? —Ella se animó.

—Espera —sonrió.

Llegaron a su casa diez minutos después, pero ya se había quedado dormida.

No era el momento de confesar nada. Esta noche obviamente no era la ocasión adecuada.

Tampoco era el momento correcto para hacerla suya, para hacerla llorar de placer, como él se había imaginado todo el día.

Treat la observó, con el pecho expandiéndose de tanto sentimiento. La verdad es que se sentía igual de feliz con la idea de tenerla entre sus brazos toda la noche mientras ella dormía.

Rick pudo haberle dicho que estaba derrotado, que le habían echado el anzuelo. A Treat eso no le importaba en lo más mínimo.

Eve se movió cuando él la cargó para sacarla del auto.

—Puedo caminar.

—Déjame cargarte. —Besó su frente y la llevó adentro, directo a su habitación.

Pero pasó de largo por la cama y la llevó al baño. La acomodó en una silla, preparó un baño caliente, le echó algunas sales y le dio una toalla.

Ella frunció el ceño al ver la habitación entre sueños.

—Esto es maravilloso. La vista es increíble.

Él sonrió. La vista del puente Golden Gate había sido una de las razones por las cuales compró la casa. Deliberadamente había reemplazado la pared junto al baño por ventanales, para poder disfrutarla.

Ahora cerraba las persianas a medias para darle privacidad a Eve.

—¿Te traigo algo más?

—¿No me acompañarás? —Ella arqueó las cejas.

Él se detuvo.

—¿Quieres que te acompañe?

Sus cejas se arquearon más.

—Estoy cansada, no muerta.

Y luego, para acentuar sus palabras, se encogió de hombros, se quitó el abrigo y se sacó la blusa.

Su sostén era una malla negra, con una diminuta rosa roja en medio. Los triángulos transparentes no ocultaban sus pezones, y él tragó saliva al ver cómo se endurecían ante su mirada.

Sin decir palabra, Eve se quitó el pantalón para revelar unas pantaletas que, reposando justo a la altura de sus caderas, hacían juego con el sostén. También eran transparentes, y tenían una rosa muy pequeña, pero colocada más estratégicamente.

—Me siento como niño en Navidad frente al mejor regalo de mi vida. —Se paró frente a ella y deslizó un dedo entre sus senos.

—Entonces ábreme —susurró ella con voz ronca.

CAPÍTULO VEINTE

ENTONCES ÁBREME.

Eve no tenía idea por qué había dicho eso. Nunca antes se había comportado como una sirena.

Treat soltó un gruñido, le dio unas nalgadas suaves y pegó su cuerpo al suyo. Ya lo tenía duro, y ella pudo sentir el calor que emanaba de sus jeans.

Sujetó sus caderas y arremetió contra su cuerpo, con la cara enterrada en su cuello. Eve gimió cuando él la mordisqueó justo ahí, y arqueó la espalda, ofreciéndosele.

Con una mano todavía sujetando su cadera, recorrió con la otra sus costillas y se detuvo en un seno; lo apretó, antes de concentrarse en el pezón.

—Creo que no alcanzaremos a bañarnos.

—Eso qué importa. —Aprisionando su pelo con ambos puños, ella hizo descender su boca hacia sus labios.

Si sus besos antes habían sido volátiles, no podían compararse con los de ahora. Ella pudo sentir su hambre, igual de desesperada que la suya, y era delicioso. Enganchó sus piernas con las de él y se frotó contra su miembro erguido.

Él agarró su trasero, un glúteo en cada mano, y lo apretó. Sus gruesos dedos se clavaron en la hendidura, cada vez más abajo, hasta que metió las manos debajo de las pantaletas y palpó su humedad.

Los dos gimieron adentro de la boca del otro.

Él alzó un poco la cabeza. Sus ojos eran intensos y ardientes.

—No podré detenerme. Esta primera vez será rápido, fuerte y con mucho sudor.

—Qué bien. —Ella aventó el sostén.

Él la cargó, la llevó a su cama y ahí la arrojó.

CAPÍTULO VEINTIUNO

TREAT VIO la cama y sabía que esto no podía ser real. Estaba viviendo una de sus fantasías más convincentes, donde Eve vestía ropa de malla negra y sensual y una expresión maligna en el rostro acorde a su ropa. Era una de sus mejores fantasías, porque ella estaba ahí, acostada frente a él, con una impaciencia apenas contenida y sus suaves piernas abiertas.

Pero él podía jurar que su olor era real. Y su sabor... Bueno, estaba seguro de que no lo había imaginado.

Lo cual significaba sólo una cosa: Eve *sí estaba* desnuda frente a él y apenas tenía encima un pedazo de tela transparente que cubría sus secretos. Ella realmente *sí lo deseaba* tanto como él la deseaba.

Eso lo encendió.

Él se quitó la camisa sin dejar de mirarla. Increíble. Era hermosa; más de lo que había imaginado, y él se había imaginado muchas cosas. Quería arrebatarle el pedazo de tela que ella llamaba ropa interior para poder verla de lleno.

Por Dios, eso es justo lo que quería.

Desabrochó los primeros botones de sus jeans y luego se hincó en la cama, entre sus piernas

—¿Toda tu ropa íntima es así? —Deslizó un dedo sobre la flor roja que estaba en la parte frontal de sus pantaletas.

Ella se estremeció. Sus piernas se abrieron un poco más, pero sus ojos no se despegaron de sus jeans, donde su pene luchaba por liberarse.

Su presión arterial se disparó cuando ella se chupó los labios.

—¿Y si digo que sí? —preguntó.

Su voz era puro sexo, y él aún no la tocaba. Él quería gemir y clavarse en ella, pero se contuvo.

Treat desabrochó un par de botones más de sus jeans.

—Eso parece un reto.

Con sus grandes ojos azules, ella lo vio directamente a los ojos.

—¿Aceptas el reto?

Él sonrió, nada inocentemente.

—Mi reina, estás jugando con fuego.

La oscura promesa debió encenderla, pero además la intrigó. Y la excitó. Ella le devolvió la sonrisa.

—Qué bien.

Con un gemido se lanzó sobre ella, atrapó sus dos manos entre las suyas y las levantó encima de su cabeza. La vio a los ojos por un segundo antes de que su mirada cayera sobre sus labios.

Rosados y brillosos, parecían de dulce. Mordió el superior, luego el inferior, y después la besó tan profundamente que temió ahogarse. Fue dulce y travieso, y lo llenó tanto que su cabeza comenzó a dar vueltas.

Ella se arqueó y frotó su pecho contra el otro.

Treat transfirió las manos de Eve a una de las suyas, y las mantuvo sobre su cabeza para poder verla. Sus pezones estaban igual de rosados que sus labios.

Se inclinó y tomó uno con su boca. Diablos, sí, era mejor de lo que había imaginado. Debió haberlo adivinado. Lo chupó una vez más antes de liberarlo con un tronido de su boca y concentró su atención en el otro.

Soltó los brazos de ella y la puso encima de su cuerpo. Sujetó sus caderas y se enterró en su monte cubierto con la delgada pantaleta.

Ella puso sus rodillas junto a sus caderas y se meció a su ritmo. Sus mejillas se ruborizaron; lucía poderosa encima de él. Sus ojos estaban llenos de deseo y no dejaban de verlo, su rubia cabellera caía sobre su rostro. Él tocó un pezón con su pulgar sólo para ver cómo su mirada se volvía más vaga.

—Ay, Treat. —Su gemido fue tan bajo que él lo sintió debajo de su cinturón. Ella mordió su labio y se frotó en su cuerpo.

—No duraré si sigues haciendo eso —gimió.

La sonrisa que curveó sus labios fue una tentación.

—En ese caso tendremos que empezar de nuevo.

Su mano entró a sus jeans y se sujetó a su cuerpo.

Él se congeló, sin poder respirar, agonizando. La vio abrir su pantalón aún más, sin poder defenderse, aunque levantó la cintura para que pudiera quitárselos. Ella lo apretó.

Él gritó y quiso detenerla, pero ella lo apretó de nuevo, y él no pudo hacer nada.

—Me las vas a pagar —logró decir.

—Puras promesas.

Él se movía en el hueco de aquella mano, sabiendo que ya no podía contenerse.

—¿Tienes condón? —preguntó ella.

—Gracias a Dios. —Sacó una caja grande del cajón y se lo puso.

Eve hizo sus pantaletas a un lado, se pudo de rodillas y lentamente descendió por el cuerpo de Treat.

Lo hizo arder. Era candente. Y húmeda. Él ni siquiera la había tocado, no en donde debía, y ya estaba escurriendo.

Cuando ella logró recorrerlo todo, se detuvo, jadeando, y lo miró a los ojos.

—Esto se siente rico.

Él abrazó sus caderas y levantó la cabeza para lamer sus senos, desde abajo de la curva hasta la punta de uno, y luego del otro.

—Esto es fantástico.

Y entró en ella de golpe.

Ella gritó, y él arremetió de nuevo antes de que ella alcanzara a respirar. En poco tiempo los dos estaban cabalgando, dando y tomando con la misma avaricia.

—Ya casi —murmuró ella. Su cabeza cayó hacia atrás, y sus manos tocaron su pecho—. Ahora, Treat. *Ahora.*

Eso fue suficiente para hacerlo explotar. Sus gritos se confundieron y él se hundió en un olvido electrizante.

ESTABA HECHA UN ATOLE.

Una vez, su avión se retrasó cuando volvía de un viaje de negocios en Nueva

York. Para matar el tiempo, había comprado un libro en la tienda del aeropuerto, una novela de romance, porque no podía soportar leer algo denso después de cuatro días de planeación estratégica. Sonrió cuando leyó la escena de amor entre la heroína y su amante. Después de todo, ¿quién no perdía el piso luego de haber sido amada por un hombre bien dotado?

Ahora, acostada sobre el succulento cuerpo de Treat, comprendió que ese tipo de amoríos sí ocurrían. Y era glorioso.

En cuanto a sus dotes de hombría... bueno, estaba bastante impresionada. En realidad estaba fascinada.

Suspiró.

La mano de Treat sobre su trasero se apretó. Sus manos eran tan deliciosas como ella pensaba que serían. Le encantaba la sensación callosa que tenían. Aquellas manos recorrieron su espalda y de ahí se metieron entre sus piernas; la frotó tan suavemente con la punta de un dedo, hacia delante, hacia atrás, que apenas lo sentía.

Eve se estremeció; primero trató de liberarse, luego cambió de opinión y quiso acercarse más.

Lo cual debió sentirse bien, porque ella notó cómo él daba vueltas adentro de ella.

De nuevo se contoneó.

Él le dio una nalgada suave antes de deslizarla debajo de él, de tal modo que quedó bocabajo en la cama. Él se sentó, se levantó y fue al baño. Eve escuchó que jalaba el inodoro antes de volver a la cama y acostarse junto a ella, con la cabeza recargada en la palma de su mano.

Sus ojos entreabiertos la miraban con tanto candor que ella sintió ruborizarse.

Su mano recorrió su columna hasta abajo. Treat empezó a jugar con el pequeño pedazo de tela de su tanga, jalándolo para que ella pudiera sentir cómo frotaba su zona genital.

—¿Por eso nunca se te nota la ropa interior?

—¿Siempre te fijas a ver si traigo ropa interior? —sonrió.

—Me he fijado que nunca traes. —La acostó boca arriba y la contempló de pies a cabeza. Se agachó y se llevó un pezón a la boca. Lo soltó y lo vio con tanto deseo que ella sintió que se hinchaba aún más.

Treat repitió el acto, una y otra vez, cubriendo sus senos con las manos, hasta que ella empezó a jadear.

La montó y fue mordiendo un camino hacia su garganta y su barbilla, y de ahí a sus labios.

Nunca había sido besada así. Era un proceso cabal y lo sentía en todos lados, hasta en los dedos de los pies. Su cabeza daba vueltas violentamente y se agarró el pelo para poder controlarse.

Ella lo sentía crecer y ponerse duro sobre su estómago. Arqueó su cuerpo buscando obtener fricción, sin lograrlo. Gimió de frustración.

Él sonrió para demostrar que era un chico travieso, se puso de rodillas entre sus piernas y bajó su pantaleta. Sin perder el tiempo, se agachó y lamió, lentamente.

Gimiendo, ella lo observó. Sus ojos se cruzaron y la lamió de nuevo, aún más lentamente, como si la saboreara.

No era suficiente. Ella se chupó los labios.

—Más.

Su sonrisa lenta era muy masculina. De nuevo la lamió, incluso más despacio, sólo que esta vez se detuvo en su clítoris. Frotó su lengua alrededor del punto más sensible.

Eve gritó y arqueó la espalda, encima de la cama. Puso sus manos en la cabeza de Treat y se vino violentamente y sin advertencia.

La marejada se estaba desvaneciendo cuando de pronto él movió la lengua y le provocó otro clímax. Más poderoso que el anterior. Ella gritó y se aferró a su pelo como si estuviera a punto de morir.

Todavía estaba gozando cuando Treat se detuvo para buscar un condón. Se lo colocó rápidamente y la penetró con un solo movimiento suave.

Ella jadeó.

Treat enganchó su pierna en el hueco del brazo y empezó a entrar y salir de ella febrilmente.

Eve bajó la cabeza y replicó este movimiento con la lengua adentro de la boca de él. Él gritó y aceleró el ritmo. A lo lejos, Eve escuchó gemidos y se sorprendió cuando se dio cuenta de que provenían de ella.

Sintió el cambio dentro de él conforme se preparaba para explotar. Los músculos de sus hombros se tensionaron bajo sus manos y, dentro de ella, creció aún más, si es que eso era posible.

Ella tiró de su pelo para levantar su cabeza y verlo.

—Sí —gimió Eve, sintiendo que ardía de nuevo al ver que los ojos de él se cerraban. Treat lanzó la cabeza hacia atrás y rugió; ella lo siguió sin poder resistirse.

Se colapsó sobre ella. Eve sintió su corazón latir rápidamente sobre el suyo y lo abrazó.

Él gimió despacio y se volteó, acarreándola para que quedara encima de él. Presionó su muslo sobre su cadera, con la otra mano enterrada en su pelo.

Ella se anidó en su cuerpo y le mordió levemente el hombro.

Él hizo su cabeza hacia atrás y la besó.

Algo dentro de ella se derritió. Si sus besos antes habían sido explosivos, éste fue suave, reposado y dulce. Sintió que su corazón se expandía y pudo haber sentido hasta pánico si él no hubiera terminado ese beso.

—¿Quieres darte un baño? ¿O tienes hambre? —Su voz era un murmullo sensual, y ella sentía que se refería a algo más que comida.

—Quiero todo.

Él acarició su rostro y le dio otro beso tierno en la boca.

—Yo también.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EVE no se resistió cuando Treat le dijo que se diera un baño mientras él preparaba algo de comer. Se fue muy complacida a su extraordinario baño, llenó la tina y se hundió en el agua caliente.

—Qué rico —murmuró, con los ojos cerrados. Se remojó hasta que se sintió como una muñeca de goma. Por primera vez desde que abrió el café y lo vio inundado, dejó de sentirse ahogada y sofocada.

Era lo más bueno que alguien había hecho por ella.

Se secó y volvió a ponerse su ropa íntima; se cubrió con una camisa abotonada que encontró en el armario y fue a buscar a Treat.

Por curiosidad, se asomó a los cuartos mientras recorría el pasillo. Había una habitación para invitados que era tan lujosa como su recámara, y tenía otro baño fabuloso. En todos lados había un piso pálido de madera.

Su sala era enorme. Tenía una chimenea grande, con un tapete rechoncho en el piso, enfrente, y los sillones eran grandes y mullidos.

Pero su cocina fue lo que más la impresionó. Ahí corrían el aire y la luz; una pared tenía puertas anchas de vidrio que se abrían hacia una terraza. Había una mesa larga con una banca a un lado y sillas en el otro.

El espacio en sí mismo era el sueño de un chef: una estufa con parrillas profesionales, una gran isla, mucho espacio para una barra resplandeciente y varias alacenas. Se preguntó si a Treat le gustaba cocinar. No estaba segura si eso la sorprendería, pero así fue. Él no parecía ser ese tipo de hombre que se toma el tiempo para preparar algo más que una comida congelada.

Él estaba viendo para otro lado. Ella lo observó antes de carraspear para hacerle saber que ahí estaba; admiraba los músculos de su espalda, que se movían al ritmo de su cuerpo. Vestido lucía fuerte, pero desnudo era increíble. Eran músculos bien definidos sobre músculos mejor definidos. A ella nunca le habían gustado los hombres musculosos, pero presentía que eso estaba a punto de cambiar.

Cuando volteó y sonrió, su corazón latió fuerte y se ruborizó.

—Oye, ven aquí. —Él extendió su mano. Se había puesto los jeans, pero no se los había abrochado. La línea de su vello surcaba su firme estómago y desembocaba en un pelambre que no estaba del todo oculto... y ella sabía qué había más allá.

Eve se emplastó sobre él, dividida entre su timidez y sus ganas de explorar otra vez lo que ocultaban aquellos pantalones.

Él la tomó de la mano y la jaló hacia su cuerpo. Con los ojos abiertos la besó. Le acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Pensé en hacer bistec y ensalada —Ella asintió, preguntándose qué tendría qué hacer a cambio de un beso más—. Siéntate mientras cocino.

Ella miró la mesa. Parecía tan lejana.

Antes de que pudiera decir algo, él la cargo y la colocó sobre la fría barra.

—Quédate ahí. Iré por una botella de vino.

Eve lo vio desaparecer y regresar con una botella oscura y polvorienta. Con gran experiencia, él descorchó la botella y sirvió una copa para cada uno.

—¿Por qué brindaremos? —Ella podía pensar en varias cosas candentes y sensuales que estaban a la cabeza de la lista.

—Por el inicio. —Él chocó su copa con la de ella y bebió, y vio cómo Eve hacía lo mismo. Luego se puso entre sus piernas y la besó. Fue un beso profundo, oscuro y rico, igual que el vino.

Un último roce suave de sus labios, y dejó su copa para cortar la verdura.

Eve vio lo experto que era con el cuchillo, y eso la impresionó.

—Eres bueno para esto.

—Mi mamá insistió. No quería que una pobre mujer me atendiera —dijo, mientras limpiaba un pimiento rojo.

Eve sonrió suavemente al imaginarlo de niño, parado frente a la barra. Probablemente había tenido pelo oscuro y despeinado y grandes ojos que brillaban traviosos.

—Tú mamá entonces debe de estar orgullosa. —Él frunció el ceño.

—Mi mamá está pasando por una etapa difícil —dijo finalmente con tacto.

—Lo lamento.

—Ella se perdió cuando mi padre murió hace ocho años —Con un guante abrió el horno y volteó la carne. Luego se volvió hacia ella, con una mirada frustrada y llena de preocupación—. Ojalá la hubieras conocido antes. Era tan vital. Hoy es apenas la sombra de lo que fue.

—Debe de ser muy difícil perder a tu esposo de toda la vida.

—Sí —meneó la cabeza—. Pero eso no significa que tengas que echarte por la borda.

—¿Y ella ya se echó por la borda?

Por un segundo Eve creyó que no le respondería. Pero él admitió:

—Ya no es la misma y no sé qué hacer. Cuando traté de hablar con ella, negó todo.

—¿Vive aquí en la ciudad?

—Sí. De hecho vive cerca de ti —Él la enfrentó—. Eve...

En eso sonó el timbre del horno.

—Maldita sea —murmuró al apagarlo.

—¿Me encargo de esto? —Eve miró el horno ansiosa—. Huele delicioso.

Treat sacó la carne. Colocó un par de platos sobre la mesa y sirvió porciones generosas de ensalada; luego acomodó un gran trozo de carne en cada uno.

El estómago de Eve gruñó impaciente, como si hubiera inhalado el aroma. Se bajó de la barra y lo siguió a la mesa con el vino.

—Se ve fantástico.

Sin mayor preámbulo, ella empezó a devorar. Luego de un par de bocados, alzó la mirada y vio que él la estaba contemplando mientras bebía su vino.

—Tengo hambre y está delicioso. —Eve se encogió de hombros.

—Gracias.

—Estábamos hablando de tu mamá —dijo ella.

—Sí. Sobre mi mamá. —Él se puso tenso.

—¿Ella no trata de controlarte la vida? —Eve pensó en su padre y arrugó la nariz—. A veces

eso es lo que quieren los padres.

—Hace unos años estuve casado por quince minutos, y mi mamá apenas se dio cuenta. Aunque no quería a Phoebe. Eve, mi mamá...

—¿Estuviste casado? —Eve parpadeó, con el tenedor todavía dentro de su boca.

—No por mucho tiempo. Un par de años después, ella huyó con su dentista.

—No debí preguntar —dijo Eve, aunque quería hacer más preguntas.

—Yo no la amaba, Eve. Ella me necesitaba, y eso me gustaba, pero al final no fue suficiente —Él se encogió de hombros—. Todo terminó como debía terminar. Ella es feliz ahora.

Eve asintió con la cabeza, y siguió comiendo distraída mientras digería lo que él le acababa de decir.

—¿Ya terminaste? —preguntó Treat cuando dejó de comer.

—Sí.

—Ven. —Puso la botella bajo su brazo, colocó ambas copas entre sus dedos, y la llevó de la mano hacia la sala.

Eve se acomodó en el sillón, sobre sus piernas dobladas, y lo observó prender la chimenea. Cuando la leña formó una llama, Treat se sentó junto a ella y la acurrucó sobre su regazo.

Con un dedo bajo su barbilla, levantó su cabeza.

—Debo decirte que jamás había sentido por alguien lo que siento por ti.

—¿Y cómo te sientes?

—Emocionado. Esperanzado —Su mano recorrió su pelo, dándole un masaje en el cráneo—.

Yo voy en serio, Eve.

Ella pasó saliva.

—Yo también voy en serio.

—Qué bien —Él la abrazó, y sus dedos jugaron con la orilla de su pantaleta—. Debo decirte algo.

—Dímelo después —contestó ella susurrando, con la boca junto a sus labios.

Él gruñó.

—Rayos, Eve, es increíble cuánto te deseo.

—Entonces tómame.

Él se rio, su respiración le hizo cosquillas.

—Y yo que pensaba que eras una chica buena.

—Soy una chica buena —Metió las manos en sus pantalones—. Muy buena.

—Sí lo eres. —Él acomodó su cabeza y encontró su boca, y metió su dedo debajo del triángulo de su pantaleta.

Ellos gimieron dentro de la boca opuesta. Eve lo tomó del pelo y lo jaló hacia su cuerpo. No distinguía quién acariciaba a quién. Se encendieron en cuanto sus labios se tocaron.

—Estás tan mojada —murmuró, deslizando su dedo dentro de ella.

Ella jaló su cabeza, usando su pelo para acomodarlo.

—En la alfombra.

—¿En la alfombra qué? —Frunció el ceño.

—Si vas a hacer el amor frente a la chimenea, debe ser ahí —dijo Eve mirando la alfombra—. Qué mal que no es una alfombra de oso.

Treat la cargó y la llevó a la chimenea.

—Te compraré una.

—Eres muy bueno conmigo.

—Y seré aún más bueno —le dijo, la acomodó en la alfombra y fue sobre ella.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

EVE SE DESPERTÓ de la mejor noche en vela de su vida y vio el reloj.

Las cuatro y media. En una hora tenía que estar en el café, lista para comenzar el día. Sabía que Treat insistiría en llevarla, lo que significaba que sólo tenía media hora para darse un baño y arreglarse.

Pero por lo pronto... Se acurrucó en él. Automáticamente, Treat la sujetó más fuerte de la cintura y presionó sus caderas contra su cuerpo.

Él estaba erecto. De nuevo.

Impresionante.

Treat se movió un poco y con su mano acarició un seno. Eve suspiró de nuevo cuando sus dedos empezaron a hacer cosas deliciosas a su pezón.

—¿Estás despierto? —preguntó en un susurro.

Su respuesta fue la respiración acompasada de Treat y su peso muerto recargado contra su cuerpo.

Se libró de su abrazo lentamente para no despertarlo y se metió en las cobijas, hasta que su boca llegó a su ingle.

Deslizó un dedo de la punta hasta la base. Treat se movió dormido y las cobijas se agitaron. Quedó más cerca de la mano de ella.

Eve se acercó, trazó un camino con la lengua y lamió unas cuantas veces la punta.

Él gimió, e inconscientemente se empezó a mover cerca de sus labios. Ella abrió la boca, lo recibió y chupó.

Él gimió más fuerte. Metió las manos, sujetó la cabeza de Eve y comenzó a moverla de arriba hacia abajo mientras se sumergía en su boca.

Eve se sonrojó, excitada. Dar era tan excitante como recibir. Con esto se había encendido igual que cuando él la tocaba.

—Eve —suspiró. Hizo a un lado las cobijas y ella sintió sus dedos que se metían de nuevo entre su pelo.

Volteó hacia arriba. Él la veía con mirada dormida. Su boca estaba apretada, y su pelo caía desordenadamente sobre el rostro.

Eve se dio cuenta, por el modo en que sus caderas se despegaban de la cama, que estaba a punto de eyacular. Antes de que pudiera hacer más, él la jaló hacia arriba y le dio un gran beso.

—Buenos días —le dijo Eve cuando la dejó respirar.

—Buenos días, mi reina. —Rodó y quedó encima de ella. Puso sus manos a un lado y se agachó para poner un pezón en su boca.

Ella gimió y arqueó su cuerpo.

Él frotó su nariz contra la montaña de su seno y luego mordió su estómago, y de ahí hacia abajo. La estimuló antes de penetrarla dura y ardientemente, una y otra vez, hasta que ambos gritaron al momento de la liberación.

—De hoy en adelante, tú me despertarás —susurró cerca de su cuello.

Ella lo abrazó fuerte.

—Trato hecho.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

MARGARET ESTABA CONVERSANDO SONRIENTE con uno de sus clientes cuando sonó el teléfono. Vio el identificador de llamadas. Reconoció el número y dejó que la contestadora tomara la llamada. Treat había estado llamándola sin cesar los últimos dos días, pero no podía enfrentarlo.

Él ya sabía.

Eso era ridículo. Agarró su collar y sintió las perlas suaves y frías. Lo único que él sabía era que ella detestaba a esa muchacha. Pero comportarse de esa manera era completamente anormal para ella.

Estaba muy cambiada.

Se puso la mano en la frente. Sentía fiebre por dentro, pero por fuera no había evidencia alguna. Si se veía en el espejo, su cara luciría blanca como siempre. Sus mejillas estarían pálidas y su mirada muerta.

Pero por dentro estaba que hervía.

Se sentía salvaje. Liberada.

Tan liberada que pensó en llamar de nuevo a Grant. Le pediría que la acompañara a dar un paseo, o tal vez le permitiría que la invitara a comer.

Pero no podía hacer eso, por muchos motivos.

—Margaret.

Miró por encima de su hombro. Tanya, la mesera que había contratado, estaba cerca y tenía el rostro lleno de mortificación.

—¿Qué pasa?

—Ah. Nada —Tanya meneó la cabeza—. Al menos no en Bizcocho. Pero no sé cómo está usted.

Ella tuvo ganas de soltar la risa histérica.

—¿Por qué la pregunta?

—La veo un poco rara, como si no fuera la misma persona. O sea, no es que se vea mal. Se ve encantadora, como siempre —exhaló con frustración, mientras jugueteaba con su mandil de encaje—. Pero a la vez se ve como alterada. Nada más quería asegurarme de que está bien.

—Estoy bien —mintió, extrañamente conmovida. Incluso trató de sonreír.

Tanya frunció más el ceño y dio unos pasos hacia atrás, consciente de su papel.

—Bueno, tengo que servir té en la mesa ocho. Este... si necesita hablar o cualquier cosa, aquí estaré.

—Gracias —dijo Margaret en voz baja, y vio a la chica continuar su trabajo.

No necesitaba nada. Excepto tal vez una copa de vino. O que alguien la tomara de la mano.

El rostro de Grant brotó en su mente. Visualizó los hoyitos de sus mejillas cuando sonreía y las arrugas en los extremos de sus ojos. Alguien no le había dicho que debía usar gafas para el sol.

Pensó en qué otras cosas le harían falta a Grant en su vida, y desde cuándo nadie le decía nada. ¿Acaso él era como ella?

Él no era así. Ella podía afirmar eso con toda certeza. Cualquiera que fuera su camino, cualquier cosa que el destino le arrojara, él siempre iba a salir ganando. Él era un triunfador.

Ella ni siquiera había tratado de ganar. Ante la primera señal de adversidad, se hacía bolas y se quedaba ahí por años.

Sacó su tarjeta del bolsillo. Margaret la llevaba consigo como si fuera una colegiala, desde aquella noche en que se lo había encontrado en el mercado.

No debía llamarlo.

Levantó la bocina del teléfono y sintió la fiebre correr por su cuerpo. Por alguna razón, él la quería. Ella no sabía cuál era esa razón. Había tantas mujeres que serían mejor para él. Él era guapo, tenía buen cuerpo, era inteligente y aparentemente exitoso. Debía de haber hordas de señoras de su edad que serían mejor compañía que una mujer marchita.

Estaba *cansada* de sentirse muerta por dentro.

Vio la tarjeta.

Con el corazón latiendo muy fuerte, marcó el número que estaba impreso. Al primer timbrado, colgó.

Unos minutos después el teléfono sonó, y el número en el identificador era el mismo que ella había marcado.

Grant.

Lo vio sin poder respirar.

—¿Hola? —respondió con cautela.

El sonido del viento llenó su oído y luego una voz profunda.

—Margaret, ¿eres tú? ¿Me llamaste?

Ella agarró sus perlas.

—No, no te llamé.

—Pero alguien me marcó de este número —Él parecía divertido—. ¿Quién más pudo haber sido?

—No fui yo. —Colgó y se alejó del teléfono como si el aparato pudiera cobrar vida e ir tras de ella.

Media hora después, apenas había recuperado el equilibrio cuando se abrió la puerta de enfrente. La figura de un hombre hizo una sombra en el umbral de la puerta.

No tuvo que ver dos veces para darse cuenta de quién era. Con la mano en su garganta, jugueteando con las perlas, vio que Grant caminaba hacia ella. Su pecho tuvo dificultad para respirar, y empezó a sentir que el sudor se acumulaba en su frente.

—Margaret —sonrió y tomó sus manos—. Gracias por llamar.

Tragó saliva un par de veces y finalmente recuperó el habla.

—¿Cómo me encontraste?

—Rastreé la llamada —Vio su mirada asustada pero luego sonrió—. No, sólo marqué *69 y le pregunté a la operadora cuál era la dirección del negocio.

—Ah —parpadeó. Debería sentirse invadida o algo parecido. Al menos enojada, pero sólo sentía alivio de verlo ahí. Esperó a sentir la culpa, pero sólo encontró paz. Sacudió las pestañas sorprendida de recordar esa sensación.

Grant se le acercó.

—Invítame a sentarme —susurró con fuerza.

—Sí —asintió bruscamente y, todavía con la mano entre la suyas, lo llevó a una mesa lejos de los clientes. Sintió la mirada interrogante de Tanya, pero la ignoró. Ella era la patrona. No tenía que explicarle por qué iba de la mano de un extraño.

Se sentía tan bien. Fuerte. Segura.

Le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Qué te sirvo? ¿Tienes hambre?

—Dudo mucho que lo que quiero esté en el menú, pero me encantaría un té —La miró implorando—. ¿Me acompañas?

Odiaba el té, y no se sentaba con sus clientes, pero esta vez asintió con la cabeza. Sin decir palabra, fue a la cocina.

Su cocinero y la lavaplatos se quedaron helados.

Ignoró sus miradas atónitas, sacó una tetera de porcelana de la alacena y empezó a preparar té. Porque sabía los hombres siempre tienen hambre, tomó varios mini-sándwiches que su cocinero había preparado con anticipación; de carne con rábano picante y jamón serrano con pesto.

Sintió a sus espaldas el peso de la curiosidad de sus empleados, pero no les puso atención. Era la dueña, después de todo. Podría preparar el té si así lo deseaba.

Acomodó todo en una charola y se la llevó a Grant.

Él se animó visiblemente cuando la vio. Y se iluminó más al ver la comida.

—Eres un ángel. ¿Cómo supiste que tenía hambre?

Por su experiencia, los hombres siempre tienen hambre. Aunque había pasado mucho tiempo desde que le sirviera de comer a un varón.

Se sentó y sirvió el té para ambos; bebió despacio el suyo mientras él gozaba con los sándwiches.

—Son deliciosos —sonrió.

Ella también sonrió levemente, sintiendo su cara tiesa al reflejar una expresión tan poco habitual.

Él tomó su taza, que se veía ridícula en su mano tan varonil, y le dijo:

—¿Desde cuándo eres dueña de este negocio?

—¿Crees que el negocio es mío?

—Por supuesto que es tuyo. Tiene todo tu estilo —señaló la mantelería—. Es elegante, refinado, clásico. Antiguo pero con clase. Delicioso.

Ella no estaba acostumbrada a sonrojarse. Sorbió el té para distraerse, pero lo dejó inmediatamente. Odiaba el té.

—Eso sí que no lo sé.

—Yo sí lo sé —Tomó otro sándwich—. ¿Por qué me llamaste?

—¿Qué quieres decir? —parpadeó ante el cambio de conversación.

—Tú me llamaste. No pensé que lo harías, pero estoy verdaderamente agradecido contigo y emocionado porque lo hiciste —La miró con sus ojos grises e intensos—. ¿Esto significa que aceptarás cenar conmigo?

—Yo... —Ella no lo había pensado. En realidad no creyó que él todavía estuviera interesado en comer con ella, después de cómo lo había tratado.

Él tomó su mano y la acercó a su boca. Besó sus dedos. La respiración en su piel la hizo estremecer.

—Conozco un restaurantito en Noe Valley que es tan bello como un viaje a Italia. ¿Conoces Italia?

—No —Ella siempre había querido ir a Italia, igual que Harry, que era arquitecto, pero nunca alcanzó a hacerlo. La sangre le ardió y se acercó a Grant, deseando que la llevara a donde él quisiera.

Él sabía que la tenía; su mirada se lo decía. Se acercó a ella, mirando sus labios.

—Vamos juntos.

Una sombra cubrió la mesa. Estaba a punto de indicarle a Tanya que se retirara cuando escucho decir a Treat:

—Mamá.

Zafó su mano de la de Grant y miró hacia arriba, superando la culpa y la vergüenza para sonreírle a su hijo.

—Treat, ¿qué haces aquí? —preguntó, poniéndose de pie.

Su mirada se concentró en Grant.

—He tratado de comunicarme contigo. No me contestas el teléfono.

—Ah. Sí —Tomó su brazo y trató de alejarlo de la mesa—. Tal vez podamos...

Grant se paró y extendió su mano.

—Grant Norquist.

—Treat Byrnes —Volteó a ver a su madre antes de regresar su mirada a Grant—. Tú eres...

—Acabamos de conocernos —atajó ella al mismo tiempo que Grant decía: —Somos amigos.

—¿Amigos que acaban de conocerse? —Treat arqueó la ceja.

—Treat —dijo ella con un tono maternal que no surtió efecto porque sintió que su niño acababa de descubrirla con un hombre.

Grant puso una mano en su espalda.

—Está preocupado por ti, Margaret. Tiene derecho a preguntar quién soy.

—¿Entonces quién eres? —Su hijo se cruzó de brazos.

—Alguien que está muy interesado en invitar a tu madre a cenar.

Ella se ruborizó y miró a Treat. ¿Pensaría que ella estaba siendo infiel? La mirada de su hijo era confusa, y no podía adivinar qué estaba pensando.

—Pero por ahora veo que tienen cosas que discutir —dijo Grant y dejó su servilleta en la mesa—. Gracias por el té, Margaret.

—De nada —respondió automáticamente.

—Te llamaré. Contesta el teléfono. —Él alzó su mentón y le dio un beso en la mejilla.

El punto donde la besó ardía. Era incómodo y excitante a la vez. Se tocó ese punto, tratando de limpiarse la mejilla, pero en lugar de eso lo acarició para conservar el sentimiento.

—Treat —Grant inclinó con la cabeza para despedirse del muchacho—. Espero verte en el futuro.

Treat asintió y miró al hombre salir del salón de té. Luego se dirigió a su madre.

—Vaya sorpresa.

—No significa nada.

—Él quiere que signifique algo.

No podía contarle a su hijo lo de Grant. No sabía qué decirle.

—Qué bueno que estás aquí. Tengo que reorganizar el local para el evento...

—Mamá, alguien dejó la manguera abierta en el Café Sabio. ¿Sabes tú algo de eso?

Ella se quedó helada, su corazón se paró. Luego empezó a latir salvajemente.

—¿Por qué tengo que saber acerca de eso? —preguntó disimuladamente.

Él se encogió de hombros, sin ingenuidad.

—No lo sé. Porque estás en contra del negocio de Eve, y yo recuerdo haberte dicho que su local corría el riesgo de inundarse, sobre todo por las condiciones del patio trasero.

Consciente de que sus clientes observaban la escena, lo tomó del brazo y lo alejó del público para eliminar cualquier posibilidad de chisme.

—¿Me estás acusando de algo?

—No te estoy acusando, te estoy preguntando —La miró sin pestañear—. Has estado rara, y tan obsesionada con Eve.

—No estoy obsesionada —Miró con frialdad a su hijo—. Pero no puedo decir lo mismo de ti.

Él vio hacia arriba, como si estuviera exasperado.

—Madre...

La puerta principal se abrió y el tema de su conversación hizo su entrada. Eve frunció el ceño cuando vio a Treat.

—¿Qué haces aquí?

Antes de que uno de los dos pudiera contestar, Eve se acercó y puso la mano en el brazo de Treat. Le dijo en lo que sólo puede describirse como la voz de una enamorada:

—Te dije que yo arreglaría este asunto. No tenías que venir aquí.

Margaret miró a los dos. El lenguaje corporal de ambos sugería intimidación, pero fue la forma cómo se vieron lo que la hizo carraspear. Estaban enamorados.

Se concentró en Treat. Nunca lo había visto mirar así a una mujer, ni siquiera a su ex, a quien Margaret no había querido desde un principio. Su corazón de madre sentía un mar de emociones, desde felicidad hasta celos, y tantas cosas más.

Él tocó el pelo de Eve.

—Tengo que decirte algo, y no te gustará.

Margaret comprendió de pronto que la chica no sabía que ella era la madre de Treat. Miró a su hijo, que le lanzó tremenda mirada. El dolor atravesó su cuerpo lentamente, como si fuera bilis.

Eve meneó la cabeza.

—Sé que estás aquí porque quieres hablar con ella. Te gusta cuidar a los demás. Pero yo me encargo de esto.

—Tú no...

—De verdad —Luego Eve se dirigió a ella—: Le dije a Treat que creo que tú eres la responsable de todo lo que le ha estado sucediendo a mi negocio, incluyendo la inundación.

—No tienes pruebas —Margaret alzó los hombros.

—No, no tengo —admitió—, pero presiento que fuiste tú, y he venido a decirte basta. También quiero saber cómo te enteraste de que mi café tenía riesgo de inundación.

—Yo le comenté —dijo Treat.

Las dos voltearon a verlo.

Pero él sólo quería ver a Eve. Tomó su cara entre sus manos.

—Margaret es mi madre. Creo que debí decírtelo antes...

—¿Crees? —exclamó Eve, con el rostro pálido. Dio un paso atrás, con una expresión de horror—. ¿Tú fuiste parte de esto?

—Por supuesto que no —aclaró—. Jamás podría lastimarte.

—Pero sí decirme mentiras.

—Eve...

Ella alzó la mano.

—Ya no sigas.

—Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo, pero no quise lastimarte ni que mi madre interfiriera en lo nuestro.

—Pero tú le dijiste cómo arruinar mi negocio —reclamó ella.

—Por supuesto que no —La apuntó con el dedo—. Y lo sabes bien. Tú me conoces.

—Creí que te conocía —Vio a uno y a otro y meneó la cabeza—. No quiero volverte a ver en el Café Sabio. Busca a otra a quién arruinarle el negocio.

Con la cabeza en alto, salió de Bizcocho. Margaret vio que su hijo la seguía con la mirada hasta perderla de vista.

Y entonces se dirigió a ella.

—¿Tú fuiste, mamá?

Margaret pasó saliva, tratando de disimular el torbellino de emociones que sentía en el pecho. ¿Cómo podría hacerlo entender?

—Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

Ella respingó al escuchar la ira en su voz.

—Miedo de perder lo poco que me queda, Bizcocho. Pero sobre todo, no quiero perderte a ti.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto, mamá? Al comportarte así, eso es precisamente lo que has conseguido. Me estás alejando de ti. —Meneando la cabeza, salió del salón de té; el suave sonido de la puerta al cerrarse sonó como una despedida.

Se llenó de pánico. En vez de sentirse vacía, se sintió rebosante de toda clase de emociones; ninguna buena.

¿Qué había hecho?

Notó que estaba apretando el maldito collar de perlas, como si fuera el hilo que la mantuviera unida con Harry, como si de alguna forma él pudiera mágicamente arreglar todo este asunto.

Pero Harry no volvería más, el desgraciado.

CAPÍTULO VEINTICINCO

EVE GIRÓ a la posición de *Cerrado* el letrero que estaba en la ventana y suspiró profundamente. Normalmente pasaba una hora limpiando y preparándose para el día siguiente, pero esa tarde lo único que deseaba era un baño caliente. Limpiaría el piso en la mañana.

Estaba apagando las luces cuando alguien tocó el vidrio de la puerta. Se dio la vuelta, lista para decir *No* a quien fuera, porque no estaba dispuesta a preparar un

Capuchino más, cuando vio que Olivia la saludaba a través de la ventana.

Abrió la puerta y la dejó pasar.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Vengo a invitarte a tomar una copa de vino. Ve por tu abrigo. Mi carruaje nos espera.

Eve frunció el ceño.

—¿Y la tienda?

—Cerré temprano hoy —Se encogió de hombros—. Me di cuenta que te sucede algo y pensé que necesitabas una amiga en quien confiar.

—¿Tan mal me veo?

—Como si se hubiera muerto tu mascota —Olivia sonrió—. Ven. Hay un bar que está perfecto. Trae tu bufanda. Te espero afuera.

Eve no entendía por qué necesitaría una bufanda hasta que vio a Olivia sentada en su auto, un viejo convertible plateado sin capote. La mujer parecía estrella de cine de la era dorada de Hollywood, con su cabeza cubierta con una mascada y sus guantes para manejar.

—Me siento tan glamorosa —dijo Eve al subirse al auto.

—Me encanta este auto. —Sonriendo, Olivia arrancó.

Eve se olvidó de todo, concentrada en la forma como el viento alborotaba su pelo, hasta que comprendió que se estaban estacionando.

—Como si fuéramos estrellas de rock —dijo Olivia mientras aplicaba el freno. Agarró su bolsa e indicó a la derecha.

—Iremos a Néctar.

Era una vinoteca con una iluminación romántica y acogedora.

—Debo advertirte que no soy una de esas chicas que cede a la primera cita —dijo al bajarse del auto.

—A ver si cambias de opinión después de unas cuantas copas —rio Olivia.

—No es fin de semana.

—Eso nunca nos ha detenido. —Olivia alzó la mano y le abrió la puerta.

Un hombre alto y rubio cenizo se puso de pie cuando entraron; la sonrisa le iluminó el rostro al ver a Olivia. Salió de la barra con los brazos extendidos.

—Olivia, qué gusto me da verte.

Su amiga puso la mejilla para recibir el beso.

—A mí también, Chris. Ésta es mi amiga Eve.

Él trasladó hacia ella su sonrisa de bienvenida y la saludó cariñosamente con ambas manos.

—Siéntense, les llevará el menú.

—Mejor aún, sólo tráenos un par de copas de tinto —Olivia miró a Eve—. Algo que nos ayude porque estamos a punto de tener una larga plática.

—Muy bien. —Las llevó a una mesa con dos sillas bajas y luego fue a servir las copas.

—No tienes idea de cómo me fue hoy —suspiró Eve y se hundió en su silla.

—Pero me lo vas a contar todo.

—Treat es hijo de Margaret.

Olivia frunció el ceño mientras se quitaba su bufanda.

—¿Y tú sabías?

—No —Quiso decírselo todo con una mirada—. Y no lo supe hasta después de que me acosté con él.

—Uy —Olivia arrugó la frente.

El mesero les llevó las copas y guardaron silencio. Se dieron un momento para dar el visto bueno al vino y bebieron sin decir palabra. Luego Olivia se acercó.

—Okey, cuéntame cómo te enteraste.

—Fui a enfrentar a Margaret por lo de la inundación en mi tienda.

—¿En serio? —Olivia abrió más los ojos.

—Pues, sí. No le iba a permitir que siguiera arruinándose —Eve arrugó la frente—. Cuando llegué al salón de té, Treat estaba ahí. Y pensé que me estaba defendiendo, pero resulta que ella es su mamá.

Olivia la observó un buen rato; su pierna estaba cruzada, pateando en el aire. Luego meneó la cabeza.

—No sabes si te estaba defendiendo o no.

—Él me mintió —dijo Eve decidida.

—Y qué mal, pero si tuviera malas intenciones, no te habría ayudado con todo. ¿Acaso no se ofreció a reparar los daños casi sin que te costara un centavo?

Ella se recargó en su asiento e hizo un puchero.

—Probablemente se sentía culpable.

—Mira, yo estoy de tu lado, y estoy de acuerdo en que mentirte no fue nada bueno, pero aquí hay algo más. Le gustas.

—Eso no lo sabemos. —Pero incluso al decirlo, una ligera duda la obligó a detenerse.

—He visto cómo te mira. Podemos decir que sí sabemos —dijo Olivia arqueando una ceja.

—¿Y cómo me ve?

—Como si fueras un latte de Nutella y un cuernito de chocolate a la vez.

—Entonces no entiendo por qué me dijo mentiras —suspiró.

—¿Habrías salido con él sabiendo que Margaret era su madre?

Ella frunció el entrecejo.

—Exacto —Olivia la estudió a través del filo de su copa—. No estoy diciendo que no se equivocó, sólo que no lo descartes así nomás. Es muy difícil encontrar a alguien con quien te sientas bien, alguien a quien amar.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Sí —Olivia adoptó por un momento una expresión triste y lejana, antes de recobrar el

ánimo. Miró a Eve levantando las cejas—. No puedes negar que estás enamorada de él.

—No sé cómo me siento —mintió.

Olivia no le creyó, pero no se lo dijo.

—Nada más piénsalo.

—No tengo tiempo para pensar en eso. Daniela Rossi visitará mi negocio en un par de días, y tengo miles de cosas que hacer para recibirla, gracias a la madre de Treat.

—¿Necesitas ayuda?

Eve sonrió, de manera genuina por primera vez en todo el día.

—Puedo sola. Me hace mucha falta este evento. ¿Te dije que Margaret también quiere ser la anfitriona de la presentación?

—Sipi —Olivia sacudió la cabeza—. En cuanto Daniela te conozca, no tendrás rival. Sólo sé tú misma. Eres irresistible.

—Lo dices porque eres mi amiga.

Olivia negó con la cabeza.

—No, te diría que no sirves para nada.

Eve se rio y alzó su copa.

—Por tu honestidad.

—Por nuestra amistad —Olivia chocó las copas.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

MARGARET OBSERVÓ el espacio de Bizcocho con ganas de arrancar los manteles de las mesas. No recordaba por qué le había dedicado tanto a ese lugar. Lo odiaba.

Caminaba de un lado a otro, de la cocina a la puerta principal, consciente de las miradas del personal, que a su vez se miraban entre sí. Que la vieran. Le importaba un comino.

Sentía que se estaba liberando.

Treat no le dirigía la palabra. Jugó con sus perlas y recordó cómo la había visto su hijo cuando la bombardeó con sus acusaciones. Él también tenía algo que esconder: ella había visto su camioneta estacionada frente al Café Sabio, al otro extremo de la cuadra.

Eso le dolía.

Se lo tenía bien merecido, después de haberlo empujado a tal extremo.

Se asomó por la ventana. Nunca quiso que las cosas llegaran a esto. Sólo quería molestar a Eve con los volantes, las reseñas, las cucarachas imaginarias... No tenía excusa por el asunto de la manguera. Había sufrido un estado de locura que nunca había tenido antes.

Ahora no se sentía mejor. Juraba que los muros se le estaban viniendo encima.

El teléfono del local sonó y se apresuró a contestarlo.

—Bizcocho.

—Come conmigo, Margaret.

Se quedó inmóvil al reconocer la voz de Grant. Debió estar experimentando aún locura temporal, porque dijo:

—Okey.

—Creo que te oí decir okey.

—Eso dije —Si no salía de aquel lugar por un rato, iba a gritar—. ¿Dónde nos vemos?

Él le dio el nombre de un restaurante entre Divisadero y California, y le dijo que la vería ahí en quince minutos. Sin perder el tiempo, Margaret le dijo a una Tanya incrédula que iba a salir un rato y salió apresuradamente del salón de té.

Grant ya estaba ahí cuando ella llegó. Se puso de pie, sonriendo, contento de verla.

Ella no merecía que alguien la viera así. Frunció el ceño.

—Margaret, te ves tan guapa como siempre. —Besó su mejilla y le sacó una silla.

—Gracias —murmuró. Su corazón brincó por alguna razón. Se puso la mano en su pecho preguntándose si estaba a punto de sufrir un infarto.

—¿Estás bien? —preguntó Grant, un poco preocupado—. Te pusiste roja.

—Sólo me siento un poco acalorada —Jaló su collar. Sentía que las perlas la estaban estrangulando. Consciente de la manera en que él la estaba viendo, tomó el menú—. ¿Qué vas a pedir?

Ordenaron y Margaret logró iniciar una charla intrascendente. Pero en cuanto la mesera tomó la orden y se fue, Grant se recargó en la silla y la estudió.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con un movimiento tenso del cuerpo.

Él meneó la cabeza. La forma como la miraba la hizo sentirse incómoda, como si pudiera verla por dentro y por fuera, incluso hasta detectar eso que traía adentro y que la impulsaba a hacer cosas malas en beneficio propio. Margaret se movió en su asiento, tratando de ocultarse.

—¿Me lo vas a decir? —le preguntó suavemente.

Ella se tensionó más y se manifestó la rabia que no sabía que todavía cargaba.

—¿Y qué te hace pensar que quiero contarte algo? —Él ni siquiera parpadeó. Sólo la vio con amabilidad, esperando—. No me conoces —dijo lacónicamente, sorprendiéndose a sí misma.

—Pero me gustaría conocerte.

Ella apretó el tenedor.

—No sé por qué. No soy una buena persona.

—¿Por qué no me dejas averiguarlo por mí mismo?

Gruñendo, dejó caer el tenedor en el plato.

—Eso es muy razonable, pero no sabes nada. Tú no tienes idea de quién soy.

—Creo que tengo una idea —Ella se rio incrédula—. Margaret, eres una mujer noble y encantadora.

—No lo soy. —Cruzó los brazos. Una mujer noble no le echaría a perder la vida a una chica inocente sólo para salirse con la suya.

—Le das de comer a ese vagabundo todos los días.

Se quedó helada.

—¿Tú lo sabes?

Grant asintió con la cabeza.

—Durante semanas te he visto dejarle comida. ¿Sabes cuánta gente pasa a su lado sin verlo? Sólo una persona especial hace eso. Una persona noble y compasiva.

—He hecho cosas malas —dijo bruscamente en voz baja.

—Sé cómo es la gente, e intuyo que lo que tú has hecho no es tan malo como crees.

—Qué tonterías dices —gritó.

La gente sentada en las otras mesas volteó a verlos con incomodidad.

Lo raro es que, por primera vez a ella no le importó. Se inclinó hacia adelante, sintiendo una erupción que no podía controlar.

—He perjudicado a mi hijo y a la mujer que él quiere. Soy fría y no me importan los demás, soy tenebrosa.

Grant parecía digerir las palabras. Luego meneó la cabeza con seguridad.

—Una mujer tenebrosa no se molestaría en ayudar a un hombre en apuros.

La amabilidad de sus ojos casi la partió en dos. Tiró la silla al ponerse de pie para retirarse.

—Sí, *yo sí hago esas cosas*. Tú deberías alejarte ahora que estás a tiempo, antes de que también arruine tu vida.

—Margaret, no me iré a ningún lado. —Tomó su mano y la detuvo.

Ella miró su mano y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entonces eres un tonto.

—Un tonto que está dispuesto a arriesgarse —sonrió tiernamente—. Pero presiento que el riesgo vale la pena.

—Eso demuestra que eres un tonto. —Ella liberó su mano y salió corriendo del restaurante, perseguida por el miedo, el arrepentimiento y los deseos que no tenía derecho a sentir.

CAPÍTULO VEINTISIETE

TREAT MIRÓ DISTRAÍDAMENTE los planos que se suponía que debía analizar con Don, su maestro de obra. Sabía que tenía que concentrarse, pero sólo podía pensar en una cosa. Estaba enamorado de Eve.

No supo cuándo sucedió. No supo cómo. Pero en algún punto entre sentirse embrujado por sus zapatos y besarla, había perdido la cabeza.

Y se sentía bien por dentro.

Y también sintió pánico.

—Oiga, jefe —Don se acercó a la mesa y asintió con la cabeza ante los planos—. ¿Está listo?

—Dame un segundo —Treat sacudió la cabeza.

Don metió un cigarro sin encender en su boca y frotó su mentón pensativamente.

—¿Problemas con mujeres?

—¿Es tan obvio? —Treat sonrió divertido.

—¿Se siente como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza? ¿Se le olvidan las cosas? ¿Mirada perdida en el infinito? —El viejo asintió con la cabeza—. Definitivamente es por una mujer. Quizás deba revisar los planos yo mismo antes de que construyamos una iglesia en vez de una guardería.

Treat enrolló el plano.

—Todo tuyo.

Don se sacó el cigarro para apuntar a Treat con él.

—¿Tiene cosas qué hacer? Porque yo me puedo hacer cargo. Además, así no nos sirve de gran cosa.

—¿Así de mal estoy? —rio Treat.

—A todos nos pasa —Su trabajador se encogió de hombros—. La última vez que me peleé con mi esposa, me quedé tan mal que perdí la cartera. ¿Sabe dónde la dejé?

—¿Dónde?

—En el congelador, junto a mi vodka.

—No pensé que bebieras vodka.

—El whisky es lo mío, pero en tiempos difíciles... —dijo y alzó el puño.

Treat golpeó el puño de Don.

—Amén.

Su maestro de obra se despidió agitando la mano.

—Vaya y échele la red.

—¿Echarle la red? —Treat arqueó la ceja.

—Sí —Don lo vio como si fuera una obra inconclusa—. Por la cara que trae, puedo deducir

que esta mujer es importante. Usted debe echarle el lazo, específicamente si la hizo enojar; y déjeme decirle —Se acercó—: no importa lo que haya sucedido, *usted* tiene la culpa, ya sabe cómo son las mujeres.

El detalle es que *sí era él* quien se había equivocado.

—Entonces le echaré el lazo.

—Bien —Se acomodó otra vez el cigarro en la boca y dijo—: Conquistela, como todo un hombre.

Le dio una palmada en la espalda a Don y volvió a la camioneta. Hasta que estuvo cerca de Laurel Heights se dio cuenta de que no tenía ningún plan. Eve no se dejaría atrapar, no después de haberla engañado.

¿Qué podía hacer?

Mientras se estacionaba, decidió que improvisaría.

Su celular sonó cuando caminaba por la acera. Sólo porque era Rick, contestó.

—¿Sabes cómo echarle la red a una mujer?

—Claro, le compras unas cervezas y le pides que se quite la ropa, ¿no?

Treat meneó la cabeza.

—Con razón sigues siendo soltero.

—También es la historia de tu vida, amigo.

—No por mucho tiempo, si es que todavía puedo hacer algo.

Hubo un silencio de sorpresa al otro lado del teléfono.

—Me lleva... —dijo Rick.

—El problema es que eché todo a perder.

—Por supuesto, eres hombre, como dice siempre mi hermana. ¿La vas a ver ahora?

—Tengo que convencerla de que me dé otra oportunidad.

—¿En dónde estás?

—¿Por? —preguntó suspicazmente.

—Vas a necesitar ayuda. Alguien que te eche la mano, para que ella esté segura de que no eres siempre un imbécil. Por cierto, ¿qué le hiciste?

—Te contaré después —Vio el café—. Pero si quieres apoyarme, ven rápido.

—Estaré ahí en cinco minutos —dijo Rick luego de conseguir la dirección.

Treat asintió con la cabeza, colgó y metió el celular en el bolsillo. Al acercarse lo suficiente para asomarse por la ventana del Café Sabio, la encontró sonriendo con su amiga Olivia. Pero incluso a esa distancia, notó que su luz interior estaba opacada.

Él había permitido que eso sucediera.

Nunca más.

Empujó la puerta y entró.

El ambiente gélido se sintió de inmediato, sobre todo de parte de Eve. Olivia sólo lo vio con lástima.

—Te prohíbo entrar a este café —dijo Eve casi gruñendo cuando él se acercó a la caja registradora.

Se dijo a sí mismo que verla tan enojada era algo positivo. Significaba que a ella aún le importaba, y el grado de su ira se lo confirmó. Le importaba mucho.

—Sólo quiero decir una cosa.

Ella cruzó los brazos, como protegiéndose de él.

—No pienso escucharte.

—Pero yo sí —dijo Olivia animosa, frente a él.

—Estás disfrutando demasiado todo esto. —Treat sacudió la cabeza.

—Alguien tiene que hacerlo.

Treat se dirigió a Eve. Las palabras se le atoraron en la garganta. Se veía tan hermosa; sólo deseaba tomarla entre sus brazos y besarla y decirle que él se encargaría de todo. En otro momento se hubiera enojado consigo mismo por ser así: alguien que necesitaba cuidar a otra persona de esa forma. Pero con Eve era distinto. Sabía que ella no necesitaba que la cuidaran. A ella le iba bien sola. Cuidarla era un privilegio.

—Te estoy esperando —taconeó.

Agradeció el hecho de no poder ver sus pies porque sus zapatos seguramente lo hubieran distraído.

—Yo...

La puerta principal se abrió y Rick entró de prisa, agitado.

—¿De qué me perdí?

—Nada todavía —respondió Olivia—. Llegaste justo a tiempo.

El rostro de Rick se iluminó al verla y fue directo a su lado.

—Hola, hermosa.

—Hola —sonrió y ladeó la cabeza—. ¿Vienes a ver la pelea?

—Oí que es la revancha —dijo y tomó su mano—. Por cierto, ¿dónde habías estado toda mi vida?

Treat le dio un puñetazo en el brazo a su amigo.

—Deja de coquetear y concéntrate.

Rick no despegó la vista de Olivia.

—¿Todavía no le sacas el sí?

—No —dijeron él y Eve al mismo tiempo. Eve miró a Treat y agregó—: Y no lo va a conseguir.

Olivia le dio a Rick un empujón con el hombro.

—Ándale. Déjalos solos y tú me puedas contar sobre ti.

—Excelente —respondió su mejor amigo—. Es mi tema favorito.

Treat aprovechó el momento para ir detrás del mostrador.

—¿Qué haces? —preguntó Eve, con pánico en la voz, retrocediendo.

Bien. Al menos él no era el único que lo sentía.

—Tengo algo que decirte, y me vas a escuchar.

—Estoy trabajando —dijo ella bruscamente y en voz baja.

—Deja de pelear y escúchame —La acorraló, la tomó de la cintura y la puso en la barra para verse a los ojos. La cercó con su cuerpo para conseguir toda su atención—. Sólo tengo una cosa que decir.

—Dilo pues —contestó con más tristeza que agresividad.

Le acomodó el pelo detrás de la oreja y tomó su cara.

—Lo siento.

Ella lo observó, con la mirada perdida. Él quería abrazarla, besarla y convencerla de que se arriesgara con él. Por *ellos*.

Finalmente, ella dijo:

—¿Es todo?

—Es lo que llevo en el fondo de mi corazón. Sólo quise protegerte. Mejor debí confiar en ti.

—Acarició su mejilla una vez más, la soltó y dio un paso atrás.

Échale la red, escuchó decir a Don.

Respirando profundo, se sinceró.

—La verdad es que lo que tengo en el fondo de mi corazón eres tú, Eve. Te amo —Ella lo miró boquiabierta; sus hermosos ojos abiertos como platos por la sorpresa—. Es verdad. Tú sabes en el fondo que no te mentaría. No debí ocultarte nada. Lo sé. Pero tú sabes que esto que te digo es cierto —Treat luchó con todas sus fuerzas para no tomarla ahí mismo y obligarla a perdonarlo—. Yo te esperaré Eve. El tiempo que sea.

Para no perder el control, metió las manos en los bolsillos y salió del café.

Rick lo siguió, hasta alcanzarlo afuera.

—Vamos. Te invito un trago.

—Hecho —dijo Treat sombríamente. Ahora sólo tenía que esperar y ver si resultaba su apuesta.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

MARGARET ACOMODÓ por última vez las flores del recibidor que estaba adentro de Bizcocho. Dio un paso atrás y las miró desganada. Lucían perfectas. Colores intensos. Vibrantes y atractivos.

Nada de eso le importaba; ni las flores ni el hecho de que Daniela Rossi llegaría en quince minutos.

Lo único que le importaba era su redención, su propia paz interior.

No había podido dormir la noche anterior, pensando en cómo se había comportado con Treat, con Eve y con Grant. ¿Por qué lo había hecho? Aun en la oscuridad, no había podido verse a la cara. Se había convertido en algo feo.

Margaret tocó su collar, recordando la expresión de su hijo cuando Eve lo acusó de haberle mentado. Eso era culpa suya. Se estremeció, pensando en la mirada perdida en su rostro. Había visto esta expresión en el espejo cuando Harry murió.

Perder a Harry la había llenado de miedo. Jaló las perlas sintiendo que la estrangulaban, y miró por todo el interior de Bizcocho, viéndolo con otros ojos. Eso no era lo que ella quería. Qué irónico. Al tratar de protegerlo, había perdido todo lo que quería.

Como su relación con Treat. Y con Grant.

Su corazón se aceleró con anticipación y miedo, pero ya no quería que sus emociones la gobernaran.

Hoy era un nuevo día.

Antes de que pudiera arreglar las cosas con Treat y Grant, tenía que estar bien. Lo que significaba que debía atender sus finanzas y remediar las cosas con Eve.

Pero Margaret tenía un plan. En ambos frentes.

Se abrió la puerta principal y entró un pequeño grupo de mujeres. Una morena vestida de negro y altísimos tacones lideraba el grupo, seguida por una mujer nerviosa y pequeña que cargaba una libreta, una pluma y un celular. Al fondo venía una mujer delegada con rizos castaños y suaves y el rostro de un ángel renacentista: Daniela Rossi. Margaret la reconoció por las fotos que había visto en la página web del Food Network.

Esforzándose por sonreír, fue a recibirlas.

—Bienvenidas a Bizcocho. Soy Margaret Byrnes, la dueña.

—Carmen McKnight —dijo bruscamente la líder, extendiendo su mano—. Daniela Rossi y su asistente Marley.

La mujer nerviosa sonrió con timidez. Daniela asintió con la cabeza pero siguió viendo todo el interior del local.

—¿Puedo ver la cocina?

—No tienes que ver la cocina, Daniela —Carmen endureció la mandíbula; parecía habérselo dicho cien veces ya—. Vas a hablar, no a cocinar.

La única respuesta de Daniela fue un apretón leve de los labios. Cruzó sus brazos y se dirigió a la sala principal, tocando de vez en cuando la porcelana o acomodando las servilletas.

Carmen alzó la mirada y suspiró dramáticamente. Se acomodó la enorme bolsa marca Coach que colgaba de su hombro.

—Hemos visto muchos lugares el día de hoy —dijo, como tratando de explicar el comportamiento de la repostera.

—¿Ya fue usted al Café Sabio, que queda enfrente? —preguntó.

—Sí —Carmen arrugó la nariz—. Es prometedor.

—Es un lugar hermoso. Le ha ido bien a la dueña —Margaret pensó en la mirada emocionada de Eve y la pasión con la cual atendía el negocio—. Ella es una estupenda repostera. ¿Probó sus cuernitos?

—Deliciosos —dijo Daniela con entusiasmo y se aproximó—. Sus bizcochos también. Como mi nana solía hacerlos.

—Eve hace todo con pasión —Margaret estiró la mano hacia su nuca y se desabrochó el collar—. El Café Sabio es el sitio perfecto para su presentación.

—¿Perdón? —Carmen frunció el ceño.

Dejó las perlas en el recibidor. Eso se sintió bien. Harry hubiera estado de acuerdo. Él hubiera sido el primero en decirle que necesitaba dejar de tenerse lástima. ¿Por qué se había tardado tanto?

Sintiéndose fuerte por primera vez en mucho tiempo, Margaret asintió con la cabeza.

—Eve es una repostera muy hábil y vende libros en su local. Además siempre tiene gente.

—Me gustó el Café Sabio —dijo Daniela con los brazos cruzados como escudo, como si estuviera lista para enfrentar a su publicista.

—Daniela —comenzó a hablar Carmen como si tratara a una niña de cinco años—, dijimos que aunque el lugar es bonito, está muy desarreglado, y no es lo que queremos.

—Eve fue víctima de vandalismo recientemente —Margaret sintió un poco de culpa—. Pero el café va a estar listo para el fin de semana. Definitivamente para el evento.

—Y sus postres estaban succulentos —asintió Daniela.

—Sí, pero...

—Yo quiero el Café Sabio —se aferró Daniela como retando a la otra mujer.

—Tengo mis dudas, pero si eso quieres, está bien —Carmen levantó las manos—. Allá tú si las cosas no salen bien ahí.

—Eve se encargará de todo y lucirá hermoso —le aseguró Margaret a Daniela.

La chef sonrió por primera vez. Se relajó visiblemente, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Lo presiento.

—Gracias por tomarme en cuenta —Margaret extendió su mano.

El saludo de Daniela era sorprendentemente fuerte.

—No entiendo por qué tanto entusiasmo por el Café Sabio, cuando tú compites con ese negocio.

—Eve y yo no somos competencia —dijo como si fuera el eco de las palabras de Treat—. Y francamente, Eve es mucho mejor para ti. Eso lo supe en cuanto te conocí.

—Gracias por tu honestidad —Daniela asintió con la cabeza.

—Entonces me comunicaré con ella —suspiró Carmen, rendida—. Espero que no te estés

equivocando.

Daniela no dijo nada, pero Margaret presentía que estaba en lo correcto. Acompañó a las mujeres a la salida, cerró el negocio y sacó su celular.

La primera llamada que hizo fue a una oficina de bienes raíces que estaba en la esquina. Debía vender la casa y rentar Bizcocho. El dinero de la casa le serviría como respaldo y la renta le brindaría su ingreso mensual.

La idea de que no tendría que ver otro mantelito, nunca, extrañamente era un alivio.

La siguiente llamada fue más difícil.

Treat respondió al tercer timbrazo.

—Estoy en el trabajo, mamá.

Se estremeció al notar la frialdad en su voz. *Ella* la había provocado. Ahora tenía que arreglarlo.

—Treat, lo siento, no sólo por cómo me he comportado últimamente; debo admitirlo que parecía una loca, pero también quiero que me disculpes por estos últimos ocho años.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás bien, mamá? Porque me asustas.

Ella dejó escapar una mezcla de risa con llanto.

—Por primera vez en mucho tiempo, sí, estoy bien.

—No te estás muriendo, ¿verdad?

—Todos moriremos tarde o temprano, pero no pienso irme en mucho tiempo —pasó saliva

—. Quiero verte feliz, Treat. Perdóname por haberme entrometido.

—Soy responsable de mis acciones —suspiró él—. Tú no tienes la culpa de todo.

No, pero ella era la más culpable, y aunque su hijo era muy noble, no le permitiría absolverla tan fácilmente.

—Te dejo trabajar. Te quiero mucho, Treat.

—Yo también, mamá.

Colgó y salió de Bizcocho, y se dirigió al Café Sabio. Al acercarse, automáticamente buscó sus perlas. Su mano sintió la piel desnuda en su cuello y se acordó de que se las había quitado.

Todo bien. Se enderezó. No necesitaba el collar.

Respiró profundo, empujó la puerta y entró al café.

Eve alzó la mirada y su sonrisa se congeló.

Margaret iba directo hacia ella.

—Me porté muy mal contigo, quiero pedirte disculpas. Por supuesto que yo pagaré los daños.

—No es necesario —Eve meneó la cabeza con frialdad.

—Sí, lo es —Margaret levantó el mentón—. No te ofrezco excusas ni explicaciones. No voy a desnudar mi alma aquí. Pero te diré que siento mucho haber afectado a Treat con mis acciones. No debes culpar a mi hijo por lo que yo hice.

La joven no dijo nada.

—No espero que me recibas con los brazos abiertos sólo porque acabo de pedirte disculpas —continuó Margaret moviendo la cabeza—, pero espero que un día puedas perdonarme y me permitas conocerte. A Treat le importas mucho, y a mí me importa Treat —Pensó en la posibilidad de ser excluida de la vida de Treat y los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó rápidamente para disimularlas—. Sólo piénsalo. Es todo lo que te pido.

Se dio vuelta para retirarse, pero se detuvo.

—Le dije a Daniela Rossi que eras la mejor persona para el evento —añadió por encima de su hombro—. No lo hice porque quiera manipularte. Lo dije porque es la verdad. Tu café es

encantador y tu repostería es divina —dijo con sinceridad—. Pero sobre todo, realmente le echas ganas. Daniela merece eso. Debes tener lo que mereces.

Eve la observó.

Margaret asintió con la cabeza, sonrió y se marchó. Tenía un asunto más que atender. Sacó su celular y regresó a Bizcocho. Marcó con el corazón en la mano.

—¿Margaret? —La voz grave de Grant sonó a duda.

—Quería saber si podías cenar conmigo esta noche —dijo segura de sí misma, pero con un poco de miedo agitando su vientre. ¿Qué tal si era demasiado tarde? Él tenía todo el derecho a no querer verla, después de lo rara que había actuado la última vez.

—Ya tengo planes para esta noche —dijo él.

Su corazón dio un vuelco.

—Ah.

—Pero por la mujer correcta estoy dispuesto a cambiarlos.

—Yo soy la mujer correcta —dijo ella, confiada.

—Eso es lo que te he estado diciendo —replicó él, suavemente.

Ella sonrió, con el corazón burbujeando de esperanza.

—Finalmente te escuché.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EVE ESTABA en el café con la mirada perdida cuando entró Olivia.

—Estás muy pensativa —dijo su amiga al dirigirse al mostrador.

—Estoy pensando.

—Ya veo. —Olivia cruzó los brazos y esperó.

—La madre de Treat vino a verme hoy —suspiró.

Olivia se enderezó, con postura militar.

—¿Y?

—Se disculpó. Me dijo que le sugirió a Daniela Rossi que escogiera mi café para su evento.

—¿Y tú le crees?

—Media hora después Daniela me llamó para darme la noticia.

—Eso es una gran noticia —sonrió Olivia animada.

—Sí.

—No te ves muy entusiasmada a pesar de que acabas de salvar tu negocio.

Frunciendo el ceño, se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—¿Crees que me precipité con Treat?

Olivia puso cara de entender por fin.

—No importa lo que yo piense. Tú eres la que estás enamorada de él.

—Sí lo estoy. —Su corazón saltó al decirlo en voz alta.

—¿Entonces qué vas a hacer?

Sacó una caja de cartón y comenzó a llenarla de pastelillos.

—Voy a hacer que regrese.

—Es lo que te he estado diciendo —sonrió Olivia—. Ve antes a mi tienda. Tengo un nuevo juego de ropa interior que no va a poder resistir.

—¿Crees que me va a rechazar?

—Para nada. Ese hombre te quiere para siempre. Se nota por la forma como te mira.

Eve se derritió.

—¿Sí?

—Pues claro —Olivia torció los ojos—. Hasta empalaga.

—Si eres tan práctica en cuestiones del amor y el sexo ¿cómo es que acabaste vendiendo cosas románticas? —rió Eve.

—Quién sabe —Se dirigió a la puerta—. Vuelvo en unos minutos. ¿Me preparas un latte?

—¿A dónde vas? —preguntó Eve, confundida.

Olivia sonrió traviesa, por encima de su hombro.

—Por tu arma secreta.

ARMADA CON NUEVA ropa íntima de encaje proporcionada por Olivia, Eve se paró frente a la puerta de Treat. Estaba oscuro, pero se dijo a sí misma que eso no significaba nada. Ella tampoco hubiera prendido la luz del porche a menos que esperara a alguien, y sabía que él no esperaba verla nunca más.

Frunció el ceño. ¿En qué había estado pensando?

Respiró profundo y tocó el timbre.

Esperó.

Y esperó.

Se acercó y pegó la oreja a la puerta. No se oía nada.

La puerta se abrió y entró... cayó justo en los brazos de Treat.

Vio aquellas amadas facciones y dijo:

—Hola.

Él frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí, Eve?

Rayos: no estaba solo. Tal vez era una mujer. Dio un paso atrás, con el corazón dolido.

—Debí llamarte antes de venir. Mejor me voy.

—No —Sujetó su brazo y la jaló, mirando afuera antes de cerrar la puerta—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Olivia me trajo —Tenía la esperanza de que no tuviera que irse—. Vine a decirte que tu mamá aclaró todo.

—Me comentó —asintió con la cabeza, mirándola impasible.

—Fue muy valiente.

—Era lo que tenía que hacer.

—Aun así —Ella le frunció el ceño—. Ya la perdonaste, ¿verdad?

—No la perdonaré si me cuesta la relación con la mujer de la que estoy enamorado.

Toda la tensión desapareció de sus hombros.

—¿Realmente me quieres?

Él arrugó la frente.

—Por supuesto. Eso nunca cambiará, aunque me alejes de ti.

Ella asintió con la cabeza tranquilamente, aunque su corazón estaba a punto de estallar.

—Okey.

—¿Okey qué? —Treat preguntó con cautela.

—Por mí no hay problema.

Él levantó su mentón para verla directo a los ojos.

—*Esto* es para siempre. Es pasar toda tu vida conmigo, aunque mi madre aparentemente esté loca y quién sabe qué hará después. Es compartir un hogar y dormir juntos todas las noches. Es algún día tener hijos. Es confiar mutuamente.

Ella apretó los labios, como pensando en la propuesta, cuando en realidad por dentro se sentía llena de felicidad. Luego asintió con la cabeza de nuevo.

—Okey, con una condición.

—¿Cuál?

—¿Te gusta comer postres en la cama? —Luchando por no sonreír como una colegiala, sacó la caja que había preparado en el café.

Apenas tuvo tiempo de sentir regocijo cuando sus labios la tocaron, con firmeza y posesivamente.

Él dio un paso atrás. La tomó en sus brazos, la llevó a la recámara, la acomodó en la cama y se puso arriba de ella.

—¡Oye! —rio Eve, haciendo la caja a un lado—. Vas a aplastar los pastelillos.

—Lo único que quiero ahorita eres tú —Su mano izquierda recorrió su pelo, haciendo su cabeza hacia atrás. La miró a los ojos, con su dedo frotando la base de su nuca—. Te amo, Eve.

Su corazón saltó dentro de su pecho.

—Entonces no tendrás ningún problema si como galletas en la cama.

—Creo que podré soportarlo. —La besó de nuevo.

El corazón de Eve se expandió de amor, tanto que sintió que iba a estallar.

—Te amo, Treat —murmuró en su boca.

—Sólo hay un problema —susurró.

—¿Qué?

—¿Por qué tienes tanta ropa?

Se rio y lo jaló y rápidamente para quitarle la chamarra y la camisa. Silbando, él estiró la mano para trazar la orilla del sostén blanco de encaje que Olivia le había llevado. Treat pasó la mano por su garganta, hacia el pecho. Cubrió su corazón con su palma.

—Sabías a lo que venías.

—Y eso que no has visto lo que tengo debajo del pantalón.

Él contempló sus caderas y sus piernas.

—¿Lamentaré haberme tardado tanto en quitártelo?

—Definitivamente.

Pero no se apresuró. En lugar de eso, la besó de nuevo y pellizcó sus pezones cubiertos con el sostén, hasta que ella sintió que el calor llegaba hasta sus huesos. Eve jaló toda su ropa y logró quitarle la camisa antes de que él la distrajera con mordidas en el cuello.

Ella arqueó la espalda, ofreciéndole todo.

—Por favor.

Él sabía lo que estaba pidiendo. Se desabrochó el pantalón y se lo quitó. Y se quedó inmóvil.

Jadeando, ella lo miró. Pero la atención de Treat se concentró en el ligero que enmarcaba la entrepierna descubierta de Eve.

—No traes pantaletas —dijo simplemente, paseando un dedo entre los muslos endurecidos que Olivia le había garantizado le fascinarían.

—No.

—Creo que me tragué la lengua —le dijo al quitarse los jeans.

—No lo creo porque todavía puedes hablar.

—Qué mal si lo hubiera hecho, porque entonces no podría hacerte esto. —Se agachó y la lamió profundamente.

Gimiendo, agarró su pelo y abrió más las piernas.

—Ahora yo me tragué *mi* lengua.

Él se deslizó por su cuerpo y besó su boca. Estiró la mano para alcanzar la mesa de noche y meneó la cabeza.

—Tu lengua también está a salvo —le dijo, se cubrió con un condón y fue hacia ella.

—¿Treat? —suspiró Eve.

—¿Sí?

—Ámame.

—Eso es lo que estoy haciendo —dijo solemnemente. Y entonces le demostró qué tanto lo hacía.

EPÍLOGO

ÉL SE VEÍA delicioso y ella estaba hambrienta.

Quería despeinar su cabellera impecablemente anudada en una cola de caballo. Quería sacarle la camisa de los jeans y acariciar toda su piel. Quería mordisquearlo hasta tenerlo dentro de su cuerpo.

Eve suspiró y limpió el mostrador.

Treat debió sentir su mirada, porque volteó desde su mesa habitual y sonrió, con ese gesto a medias que hacía que su corazón latiera rápidamente.

—No sé qué es peor —dijo Allison, mientras ponía una charola de panecillos recién horneados frente a ella—, ver cómo babeabas al ver Treat antes de ser su pareja o verte ahora perdida todo el tiempo.

—Estás celosa —sonrió Eve.

—No lo niego —Allison miró a Treat—. Si quieres estar con él un ratito allá atrás, yo me puedo hacer cargo del café.

—¡Allison! —De hecho, no era mala idea.

Su barista canturreó y acomodó la charola en la vitrina.

—No me digas que no lo habías pensando.

Dado a que Allison tenía todo bajo control, Eve fue a limpiar una mesa mientras vigilaba las galletas en el horno. Rumbo a la cocina, un brazo atrapó su cintura y la jaló.

Se fundió con el abrazo de su prometido, sonriendo.

Treat mordió su cuello.

—Eres muy cruel, moviéndote de un lado a otro frente a mí como si no supiera lo que traes debajo de ese vestido —respiró en su oído—. Creo que tú y Olivia tienen un complot.

La necesidad evidenciada en su voz la hizo estremecer. Sus pezones se endurecieron, adoloridos.

—No te entiendo.

—Nena, no me tientes ahorita.

Ella lo sentía detrás de su cuerpo, duro y más duro cada vez.

—Eres insaciable. ¿No te llenaste esta mañana?

—Nunca me llenaré de ti. —La apretó.

Eve se volteó y le dio un beso breve y fuerte en la boca.

—Yo te amo muchísimo.

—Yo también.

Sabía que jamás se cansaría de oírlo decir eso. Las palabras sonaban fervientes y llenas de significado cuando él las decía.

Y Treat le decía frases así a menudo, de mañana, día y noche. Se mudó con él después del evento de Daniela. Él quería casarse de inmediato, pero decidieron esperar hasta el otoño, cuando ambos tuvieran menos trabajo.

Se moría de ganas de que viera la ropa que Olivia le había dado para la noche de bodas. Lo bueno es que él tenía un corazón muy fuerte.

Margaret también les había dado un regalo de bodas: dos semanas en la Toscana, donde ella y Grant se hallaban actualmente. Eve se reservaba su opinión respecto a su futura suegra, pero debía admitir que la mujer estaba haciendo un gran esfuerzo por enmendar la relación.

Treat la jaló a su lado. Su mano descansó en el hueco de su espalda y sus dedos trazaron la orilla de sus pantaletas, debajo de su vestido.

—¿Quieres tomar un receso? Podemos ir a la cocina si quieres.

Ella se rio y lo empujó.

—Ya no tenemos más condones, usamos los últimos la vez pasada.

—Muy mal —La besó con esa lentitud que tanto le gustaba a ella. La hizo sentir como si fuera su postre favorito—. Tal vez se nos ocurrirá algo.

Eve se sonrojó. Él era muy ocurrente. Y ella llevaba *vestido*...

Su mano se enredó atrás en su pelo; hizo su cabeza para atrás.

—Cuando me ves así, no me puedo controlar. —Frotó su miembro contra su cuerpo.

—Cuidado —Eve sonrió y lo miró a los ojos—. Si te acercas más nos arrestarán por faltas a la moral.

—Me encanta estar cerca de ti.

Eve suspiró. La vida no podía ser más dulce.

VOLVER A TI

CAPÍTULO UNO

—¿QUE quieres que yo haga qué...?

Everett Parker hubiera sonreído si él fuera de esa clase de persona. Pero no era, así que miró y esperó pacientemente. Era bueno para esperar, y sobre todo para conseguir lo que quería.

—Es broma, ¿verdad? —El joven dejó correr su mano por su pelo—. Pues no me divierte en absoluto.

Parker se recargó en su silla de piel y dio un sorbo a su whisky antes de responder, consciente de la tensión que había creado.

—No es broma, Michael. Me oíste bien la primera vez. Quiero que el rodaje de la película sea en Mill Valley.

—Mierda. —El director peinó su pelo otra vez con la mano y comenzó a caminar de un lado a otro.

Parker disfrutó su trago y lo observó con calma. Una vez que Michael dejara de hacer su berrinche, haría lo que le había indicado. Después de todo, la oferta sería irresistible.

Él se encargaría de eso.

Casi lamentaba haber tenido que hacer esto. Él admiraba al joven. De toda la gente que tenía a su alrededor, Michael Wallace era el único que lo enfrentaba. El resto se acobardaba en las esquinas, y se orinaban del miedo cuando él pasaba.

A éste no lo manipulaban fácilmente, algo que a Parker le gustaba mucho hacer. Aunque en este momento lo irritaba. Requería la cooperación de Michael, pero jamás daría su consentimiento voluntariamente... lo que significaba que Parker tendría que obligarlo. No sería fácil, pero ciertamente tampoco imposible. Sólo tenía que encontrar una forma de negociar.

—Siéntate.

Con mirada afilada, Michael se dejó caer en la silla al otro lado del gigantesco escritorio. Al menos permaneció en silencio, eso había que reconocérselo, aunque su mirada incandescente decía que ya no soportaba más.

Buen chico, pensó Parker, sintiendo orgullo paternal, aunque Michael sólo estaba relacionado con él por los negocios.

Y eso es lo que quería remediar.

—Eres el director del momento. No ha de sorprenderte el hecho de que yo quiera que dirijas Amor Desatado.

La comisura de la boca de Michael tembló.

—Eso no fue lo que me sorprendió, y tú lo sabes. Deja de jugar, Parker.

Alguna vez, el muchacho lo había llamado Everett.

Otra cosa que tendría que corregir.

Parker hizo a un lado la nostalgia, tan atípica en él, y volvió a hacerse cargo del asunto.

—Mill Valley no es sólo el entorno perfecto para la película, es el más barato. Así de sencillo.

—Hay muchos pueblitos en California que también serían adecuados.

—Quiero que la película se filme en Mill Valley.

Michael se acercó, rebosante de intensidad reprimida.

—¿Por qué? ¿Qué tiene Mill Valley que no haya en otro lugar?

Mi hija.

—Mill Valley es el pueblito más encantador de California.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo remodelaron por completo hace dos años.

—Mill Valley necesita más que una arregladita. Tienen que hacerle cirugía mayor.

—Basta —dijo Parker en voz baja. La mayoría de la gente se paralizaba de miedo cuando escuchaba su tono grave y amenazante.

Michael era la excepción.

—No, no es suficiente; quiero saber por qué es indispensable filmar ahí.

—Porque yo digo.

—Entonces consigue otro director. ¿Por qué no llamas a Blasdel? Él necesita un empujón.

—Quiero que tú dirijas.

—¿Y si me niego?

Parker arqueó la ceja con un dejo de asombro burlón.

—¿Y qué haremos con el contrato que tienes con Parker Pictures?

—Lo romperé.

—Si lo rompes jamás volverás a trabajar en el cine.

—Mira, Parker, mejor dime a qué estás jugando.

—Esto no es ningún juego. —Con el instinto de un depredador colmilludo, Parker se preparó para rematar a su presa—. Quiero que tú dirijas esta cinta. Haré todo lo que sea necesario y seguirás mis órdenes, como dice el contrato. A cambio, cuando termines esta película, te dejaré libre.

—¿Qué? —Michael alzó la mirada intensa.

Todo el mundo tiene una debilidad. Si la encuentras, esa persona es tuya.

—Ya me oíste.

—Lo quiero por escrito.

—Esperaba que dijeras eso.

El joven lo miró fijamente con los ojos entreabiertos, golpeteando rítmicamente su muslo.

—¿Por qué supongo que esto no será fácil?

—Será fácil. —Parker le dio un trago a su escocés y esperó.

—¿No es muy temprano para beber? —preguntó Michael de la nada.

—Nunca es muy temprano para un escocés que lleva añejado cincuenta años.

Recargó los codos en las rodillas y el mentón en sus manos endurecidas.

—Santo cielo, Parker. ¿Ella sabe?

—No. —Parker no fingió nada.

—Mierda.

—¿Hay alguna diferencia? —La respuesta era crucial.

—Por supuesto que sí. No la he visto en once años.

—Eso no debe influir. Once años es mucho tiempo. Tú ya hiciste tu vida y ella también...

—¿Qué? —Michael levantó la cabeza. Parker casi sonrió al ver la expresión de aquel rostro —. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad creías que ella pondría un paréntesis a su vida para esperarte?

—No me jodas, Parker. —Saltó de la silla y la hizo caer al piso con un estruendo—. Si sabes algo, ya dilo.

Esto iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—No sé nada. Tú sabes bien que no tengo contacto con ella. Tú estabas ahí cuando me dijo que desapareciera de su vida. —Aún podía escuchar sus palabras exactas, y éstas tenían todavía la fuerza para desgarrarlo por dentro.

Michael puso las manos en el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Estás tratando de hacer las paces otra vez? Pues déjame decirte una cosa, es una mala idea. Ella es tu hija y no dará marcha atrás.

Parker nunca le quitó los ojos encima a Michael, pero apretó el vaso con los dedos. Vaya que sabía lo terca que era ella. Pero la convencería. Tenía que hacerlo.

—Tenemos que filmar en la mejor locación. En este caso, esa locación es Mill Valley. —Terminó su trago—. No creo que te topes con ella. Estarás demasiado ocupado para socializar.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Michael se dio la vuelta y salió, y dio un portazo tan fuerte que estremeció las ventanas.

Parker puso su vaso vacío en el escritorio y sonrió sin alegría. Ah, claro que sabía lo que estaba haciendo.

El plan estaba en marcha. En una semana estaría en el norte de California y Michael iría justo después. No sabía cómo los recibirían.

Pero eso no importaba.

Se dio la vuelta y abrió el último cajón del escritorio. Del fondo sacó dos fotos enmarcadas y las puso frente a él.

La mujer sonriente de la primera imagen estaba llena de luz. El sol iluminaba desde atrás su larga cabellera rubia, y la hacía lucir angelical y resplandeciente. Sonreía directamente hacia él, y el amor destellaba en sus ojos oscuros.

Ignoró el dolor que solía sentir en el pecho, puso la foto con la imagen hacia abajo y tomó la otra foto.

La niña que aparecía ahí estaba corriendo entre flores silvestres, y miraba hacia atrás por encima del hombro. Su pelo oscuro estaba en animación suspendida y sus ojos, tan similares a los de su madre, reían con regocijo infantil.

Trazó las líneas de su rostro, y se preguntó si sus ojos todavía brillarían igual.

Empujó la silla hacia adelante para alcanzar el botón del teléfono que lo conectaría directamente con su asistente.

—Elaine, vamos a viajar. Saldremos para Mill Valley el próximo lunes.

La voz grave y fría de la mujer en la bocina era inconfundible.

—¿A Mill Valley, señor?

—Queda cerquita de San Francisco. Ahí filmaremos nuestra siguiente película.

—¿Para cuántos días reservo el hotel?

—Sólo encárgate del traslado.

—Pero, ¿y el alojamiento señor?

—Tenemos dónde quedarnos. —Colgó y se enderezó, y al darle la vuelta a su sillón cruzó las

piernas para mirar a través de la pared de vidrio que tenía a sus espaldas.

Parker observó la foto que todavía tenía en la mano. Michael tenía razón: era igualita a él. No le iba a dar gusto verlo. Al menos eso le diría.

Él ya lo sabía. Incluso después de todo este tiempo. Aunque ella le hubiera dicho que no quería verlo nunca más.

—Aunque nadie lo haya invocado, el dios acudirá —murmuró y acarició el frío cristal que cubría la foto.

CAPÍTULO DOS

—¿Que quieres que yo haga qué...?

Everett Parker hubiera sonreído si él fuera de esa clase de persona. Pero no era, así que miró y esperó pacientemente. Era bueno para esperar, y sobre todo para conseguir lo que quería.

—Es broma, ¿verdad? —El joven dejó correr su mano por su pelo—. Pues no me divierte en absoluto.

Parker se recargó en su silla de piel y dio un sorbo a su whisky antes de responder, consciente de la tensión que había creado.

—No es broma, Michael. Me oíste bien la primera vez. Quiero que el rodaje de la película sea en Mill Valley.

—Mierda. —El director peinó su pelo otra vez con la mano y comenzó a caminar de un lado a otro.

Parker disfrutó su trago y lo observó con calma. Una vez que Michael dejara de hacer su berrinche, haría lo que le había indicado. Después de todo, la oferta sería irresistible.

Él se encargaría de eso.

Casi lamentaba haber tenido que hacer esto. Él admiraba al joven. De toda la gente que tenía a su alrededor, Michael Wallace era el único que lo enfrentaba. El resto se acobardaba en las esquinas, y se orinaban del miedo cuando él pasaba.

A éste no lo manipulaban fácilmente, algo que a Parker le gustaba mucho hacer. Aunque en este momento lo irritaba. Requería la cooperación de Michael, pero jamás daría su consentimiento voluntariamente... lo que significaba que Parker tendría que obligarlo. No sería fácil, pero ciertamente tampoco imposible. Sólo tenía que encontrar una forma de negociar.

—Siéntate.

Con mirada afilada, Michael se dejó caer en la silla al otro lado del gigantesco escritorio. Al menos permaneció en silencio, eso había que reconocérselo, aunque su mirada incandescente decía que ya no soportaba más.

Buen chico, pensó Parker, sintiendo orgullo paternal, aunque Michael sólo estaba relacionado con él por los negocios.

Y eso es lo que quería remediar.

—Eres el director del momento. No ha de sorprenderte el hecho de que yo quiera que dirijas Amor Desatado.

La comisura de la boca de Michael tembló.

—Eso no fue lo que me sorprendió, y tú lo sabes. Deja de jugar, Parker.

Alguna vez, el muchacho lo había llamado Everett.

Otra cosa que tendría que corregir.

Parker hizo a un lado la nostalgia, tan atípica en él, y volvió a hacerse cargo del asunto.

—Mill Valley no es sólo el entorno perfecto para la película, es el más barato. Así de

sencillo.

—Hay muchos pueblitos en California que también serían adecuados.

—Quiero que la película se filme en Mill Valley.

Michael se acercó, rebosante de intensidad reprimida.

—¿Por qué? ¿Qué tiene Mill Valley que no haya en otro lugar?

Mi hija.

—Mill Valley es el pueblito más encantador de California.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo remodelaron por completo hace dos años.

—Mill Valley necesita más que una arregladita. Tienen que hacerle cirugía mayor.

—Basta —dijo Parker en voz baja. La mayoría de la gente se paralizaba de miedo cuando escuchaba su tono grave y amenazante.

Michael era la excepción.

—No, no es suficiente; quiero saber por qué es indispensable filmar ahí.

—Porque yo digo.

—Entonces consigue otro director. ¿Por qué no llamas a Blasdel? Él necesita un empujón.

—Quiero que tú dirijas.

—¿Y si me niego?

Parker arqueó la ceja con un dejo de asombro burlón.

—¿Y qué haremos con el contrato que tienes con Parker Pictures?

—Lo romperé.

—Si lo rompes jamás volverás a trabajar en el cine.

—Mira, Parker, mejor dime a qué estás jugando.

—Esto no es ningún juego. —Con el instinto de un depredador colmilludo, Parker se preparó para rematar a su presa—. Quiero que tú dirijas esta cinta. Haré todo lo que sea necesario y seguirás mis órdenes, como dice el contrato. A cambio, cuando termines esta película, te dejaré libre.

—¿Qué? —Michael alzó la mirada intensa.

Todo el mundo tiene una debilidad. Si la encuentras, esa persona es tuya.

—Ya me oíste.

—Lo quiero por escrito.

—Esperaba que dijeras eso.

El joven lo miró fijamente con los ojos entreabiertos, golpeteando rítmicamente su muslo.

—¿Por qué supongo que esto no será fácil?

—Será fácil. —Parker le dio un trago a su escocés y esperó.

—¿No es muy temprano para beber? —preguntó Michael de la nada.

—Nunca es muy temprano para un escocés que lleva añejado cincuenta años.

Recargó los codos en las rodillas y el mentón en sus manos endurecidas.

—Santo cielo, Parker. ¿Ella sabe?

—No. —Parker no fingió nada.

—Mierda.

—¿Hay alguna diferencia? —La respuesta era crucial.

—Por supuesto que sí. No la he visto en once años.

—Eso no debe influir. Once años es mucho tiempo. Tú ya hiciste tu vida y ella también...

—¿Qué? —Michael levantó la cabeza. Parker casi sonrió al ver la expresión de aquel rostro —. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad creías que ella pondría un paréntesis a su vida para esperarte?

—No me jodas, Parker. —Saltó de la silla y la hizo caer al piso con un estruendo—. Si sabes algo, ya dilo.

Esto iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—No sé nada. Tú sabes bien que no tengo contacto con ella. Tú estabas ahí cuando me dijo que desapareciera de su vida. —Aún podía escuchar sus palabras exactas, y éstas tenían todavía la fuerza para desgarrarlo por dentro.

Michael puso las manos en el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Estás tratando de hacer las paces otra vez? Pues déjame decirte una cosa, es una mala idea. Ella es tu hija y no dará marcha atrás.

Parker nunca le quitó los ojos encima a Michael, pero apretó el vaso con los dedos. Vaya que sabía lo terca que era ella. Pero la convencería. Tenía que hacerlo.

—Tenemos que filmar en la mejor locación. En este caso, esa locación es Mill Valley. —Terminó su trago—. No creo que te topes con ella. Estarás demasiado ocupado para socializar.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Michael se dio la vuelta y salió, y dio un portazo tan fuerte que estremeció las ventanas.

Parker puso su vaso vacío en el escritorio y sonrió sin alegría. Ah, claro que sabía lo que estaba haciendo.

El plan estaba en marcha. En una semana estaría en el norte de California y Michael iría justo después. No sabía cómo los recibirían.

Pero eso no importaba.

Se dio la vuelta y abrió el último cajón del escritorio. Del fondo sacó dos fotos enmarcadas y las puso frente a él.

La mujer sonriente de la primera imagen estaba llena de luz. El sol iluminaba desde atrás su larga cabellera rubia, y la hacía lucir angelical y resplandeciente. Sonreía directamente hacia él, y el amor destellaba en sus ojos oscuros.

Ignoró el dolor que solía sentir en el pecho, puso la foto con la imagen hacia abajo y tomó la otra foto.

La niña que aparecía ahí estaba corriendo entre flores silvestres, y miraba hacia atrás por encima del hombro. Su pelo oscuro estaba en animación suspendida y sus ojos, tan similares a los de su madre, reían con regocijo infantil.

Trazó las líneas de su rostro, y se preguntó si sus ojos todavía brillarían igual.

Empujó la silla hacia adelante para alcanzar el botón del teléfono que lo conectaría directamente con su asistente.

—Elaine, vamos a viajar. Saldremos para Mill Valley el próximo lunes.

La voz grave y fría de la mujer en la bocina era inconfundible.

—¿A Mill Valley, señor?

—Queda cerquita de San Francisco. Ahí filmaremos nuestra siguiente película.

—¿Para cuántos días reservo el hotel?

—Sólo encárgate del traslado.

—Pero, ¿y el alojamiento señor?

—Tenemos dónde quedarnos. —Colgó y se enderezó, y al darle la vuelta a su sillón cruzó las piernas para mirar a través de la pared de vidrio que tenía a sus espaldas.

Parker observó la foto que todavía tenía en la mano. Michael tenía razón: era igualita a él. No le iba a dar gusto verlo. Al menos eso le diría.

Él ya lo sabía. Incluso después de todo este tiempo. Aunque ella le hubiera dicho que no

quería verlo nunca más.

—Aunque nadie lo haya invocado, el dios acudirá —murmuró y acarició el frío cristal que cubría la foto.

[Quieres más?](#)

VOLVER A TI

Una novela de Laurel Heights

Libro 3



El infeliz de Michael Wallace regresó.

La última persona que Olivia Parker espera encontrar en su tienda de lencería es a su amor de adolescente. Ella ya lo superó. Casi. Excepto que está más guapo que nunca y aún la conoce mejor que ella misma. ¿Pero cómo puede poner su corazón en riesgo cuando sabe que otra vez la abandonará?

El plan es sencillo: volver a casa, filmar la película, y romper el contrato que firmó once años antes. Pero el plan de Michael se viene abajo en el instante en que ve a Olivia de nuevo. Inteligente, sexy y exitosa, Olivia es una distracción personificada. Lo que es todavía peor—Michael teme que Olivia sea su alma gemela y el motor de su corazón...

[VOLVER A TI](#)

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

THE DESTROYER OF KINGS

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

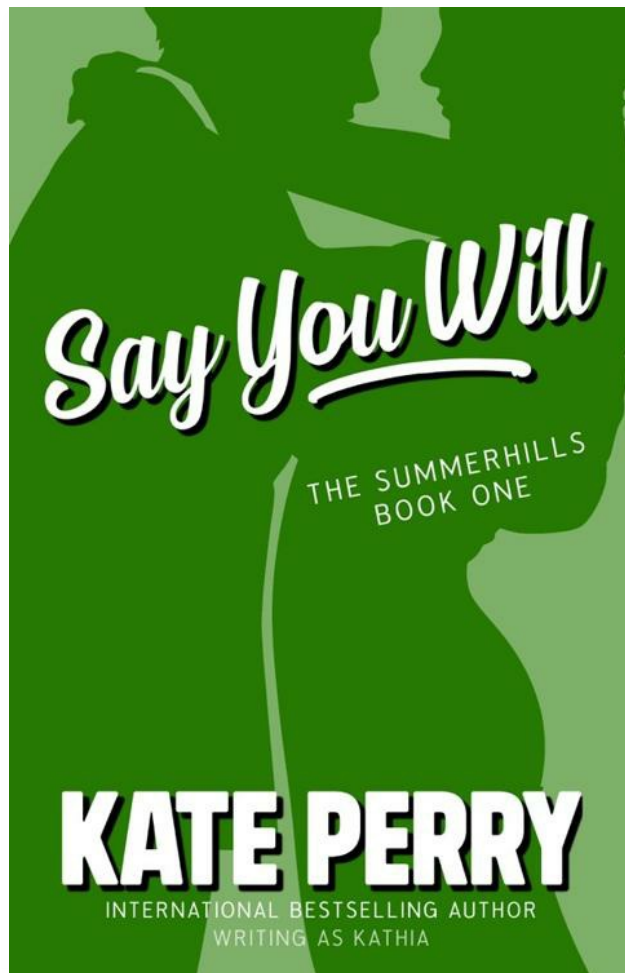
[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

LOOKING FOR A SERIES TO BINGE?



If you're looking for...

instalove;
a girl squad;
a hero with an accent;
best friend siblings;

*a secret baby (who's all grown up);
a swoony beach romance...*

You've found the perfect book.
Proceed with abandon.

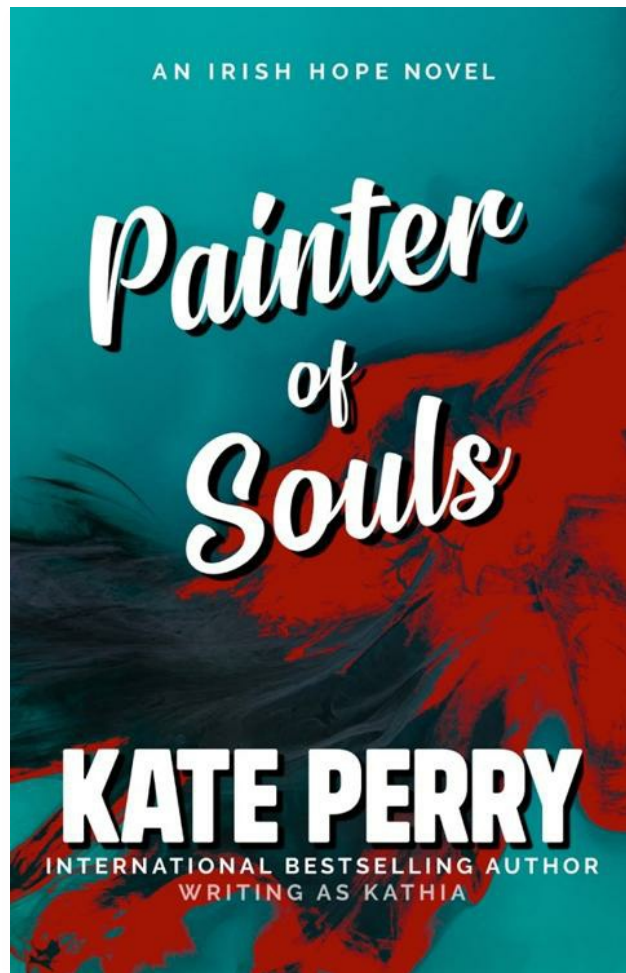
"I find the Summerhill books filled with mirth, love, lust, passion, happiness and joy. I smile the whole time I read them."

GOODREADS

Jump right into [SAY YOU WILL!](#)

Available wherever books are sold.

SOMETHING MYSTICAL TO GO WITH YOUR
ROMANCE?



An act of love that backfires.
A desperate quest that sends her to Ireland.
A hope for healing when everything looks impossible...

From readers like you...

"Highly recommend delving into this magical Irish story!"

"Although this isn't the type of book I usually read I was sucked in."

"Loved this book. Perfect amount of everything."

Take a magical trip to Ireland with [PAINTER OF SOULS](#).
You won't be disappointed.

LOOKING FOR SOMETHING NEW?

BINGE READ ONE OF KATHIA'S FAVORITE SERIES, THE MERRIAMS, THE
INTERNATIONAL BESTSELLING SERIES BY AVA MILES.

International travel, a matchmaking duo, and everlasting love...

Meet the Merriams.

You'll want to spend your holidays with this family.

[WILD IRISH ROSE](#)

[LOVE AMONG LAVENDER](#)

[VALLEY OF STARS](#)

[SUNFLOWER ALLEY](#)

[A FOREVER OF ORANGE BLOSSOMS](#)

[A BREATH OF JASMINE](#)

Ava has more books, and they're all fab. Be sure to check out [her entire booklist](#).

ABOUT KATHIA



With over 6 million books sold (and counting), Kathia's novels have been #1 bestsellers around the world. They've received starred reviews from Booklist, have consistently earned Editor's Picks for Best Romance, and have been featured by publications like *O*, *The Oprah Magazine* and *Entertainment Weekly*.

Kathia (as Kate Perry) has written over 50 books so far, some translated into several languages, all about hope and dreams and the bonds of friendship and family. She's also written a couple screenplays and various poems (her ode to the color orange is particularly moving).

For more, check out...

www.kathiaherself.com

You can also find Kathia in all the usual places...



DON'T FORGET TO SIGN UP FOR THE NEWSLETTER!

Get news and other stuff.

"Like what other stuff?" you ask, curious.

Like snippets from life, stories, and other sundries, a couple times a month.

[Do it. It's a piece of cake.](#)